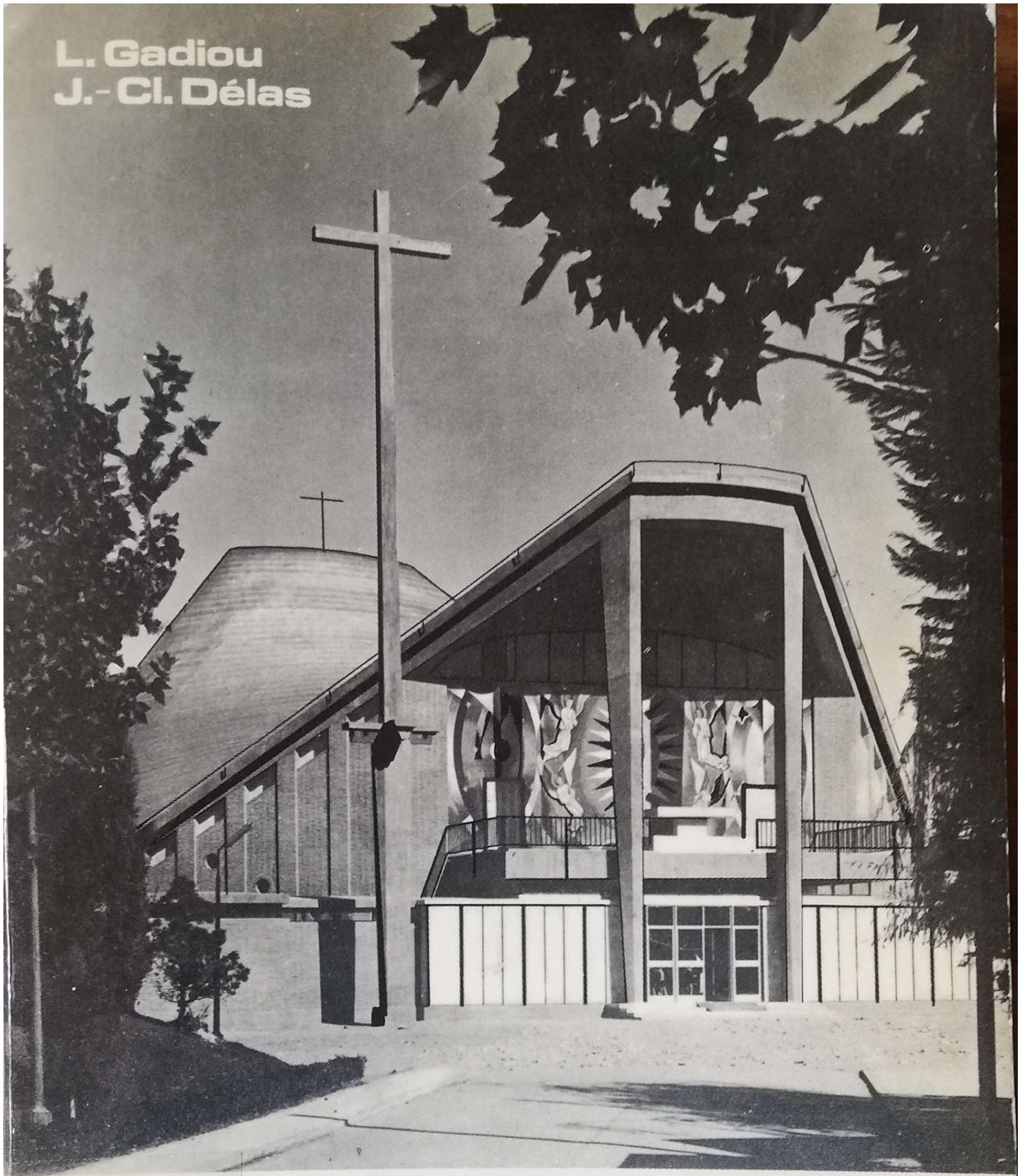


L. Gadiou
J.-Cl. Délas



MARIANISTAS
EN MISION PERMANENTE

Libro: Marianistas en Misión Permanente
Autor: Jean – Claude Délas
Traduce: José Maeztu
pp. : 182 - Madrid

**MARIANISTAS
EN MISIÓN PERMANENTE**

**JEAN-CLAUDE DÉLAS
TRADUCE : JOSÉ MAEZTU**

EDICIONES S.M. – MADRID

PRÓLOGO

Esta presentación de los Marianistas y de su historia es en gran parte la puesta al día de un libro del Padre Gadiou (1959), publicado en 1920: La compañía de María, en la colección "Las Ordenes Religiosas".

Se corrigen algunos puntos en los que el conocimiento histórico ha progresado; sobre todo la completa describiendo el desarrollo considerable de las obras marianistas a través del mundo en estos cincuenta últimos años.

La primera parte está constituida por una panorámica histórica. La segunda parte, titulada "ATENCIÓN A UNA ESPIRITUALIDAD", ofrece una selección de textos del pensamiento del P. Chaminade y de sus discípulos. Esta espiritualidad es a la vez el principio y la expresión de la misión confiada al Fundador y que los Marianistas intentan realizar en la Iglesia.

En fin, el libro lleva una serie de ilustraciones, algunas inéditas, que representan los lugares donde el P. Chaminade nació, creció y cumplió su misión de "MISIONERO APOSTOLICO" y Fundador de una Orden totalmente consagrada a María, Madre de la Iglesia.

Me he extendido de un modo más particular en la historia del P. Chaminade y de la Compañía de María. La información sobre las religiosas marianistas, su Fundadora y el desarrollo de sus obras es, pues, bastante reducida. Hay que señalar que un libro análogo a éste se ofrecerá pronto a todos los amigos de las Hijas de María Inmaculada. Creo poder decir que mientras esperamos la publicación de esta obra al menos se encontrará en la presente el espíritu propio de las Hermanas marianistas, ya que es común a su Instituto y a la Compañía de María. Por otro lado, el P. Chaminade no concebía su misión sino realizada a través de todos los grupos que constituyen la FAMILIA MARIANISTA. Las dos ramas, masculina y femenina, de la Orden que él fundó, como las otras ramas que nosotros llamamos hoy día Institutos seculares, Afiliados, Fraternidades. Es una característica de nuestra época haber comprendido mejor esta intención del Fundador, permitiendo así a hombres y mujeres de todo origen y

condición inspirarse en el P. Chaminade y vivir en la Iglesia una misión permanente.

J .-CL. DÉLAS.

PREFACIO

A veces nos parecen difíciles los tiempos que vivimos, y no acertamos a ver en ellos el tiempo saludable, la oportunidad de salvación que Dios nos ofrece.

La época a través de la cual se desarrolló el itinerario humano y cristiano del P. Chaminade no fue tampoco del todo tranquila.

Su vida revela la acción de Dios en esos tiempos que llamamos épocas de crisis; a nosotros toca saber discernir esa acción en nuestros días y aceptarla.

A veces nos impacientamos ante la lentitud del trabajo apostólico y renunciamos demasiado precipitadamente a la obra que habíamos emprendido.

La vida del P. Chaminade nos recuerda que la acción de Dios en el corazón del hombre es fruto de una preparación larga y de una disponibilidad constante. Nuestras miras son de miopes, y hemos de aprender a mirar al modo de Dios.

A veces desmayamos ante los obstáculos que encontramos en nuestra acción temporal y en nuestra acción apostólica. Tales obstáculos nos desconciertan, mucho más cuando aparecen como colocados en nuestro camino por aquellos mismos de quienes esperábamos una ayuda fraternal.

La vida del P. Chaminade nos recuerda la función de la contradicción para la madurez de un alma y de una obra.

Estas son las grandes reflexiones que me ha sugerido la lectura de estas páginas que tengo el gozo de presentar a todos los lectores, quienes, a su vez, buscarán en ellas su alimento espiritual.

Puedo asegurarles que encontrarán en ellas ese alimento tonificante que necesitan hoy para desempeñar cumplidamente su misión cristiana, ya se trate de sacerdotes, ya de religiosos, de religiosas o de laicos.

Los comportamientos del P. Chaminade serán para ellos luz y fuerza para aceptar las exigencias de esa misión cristiana: fina sensibilidad de una misión recibida de Dios, en actitud de ininterrumpida vigilia; disponibilidad confiada y total, para llevar a cabo la obra emprendida; esperanza a toda prueba, de la que dimanará una fidelidad ejemplar.

Los riesgos espirituales que hoy debemos desafiar por la salvación del mundo necesitan claramente de estos puntos de apoyo.

Mirando a las necesidades de la Iglesia de su época, a las que el P. Chaminade se esforzó en poner remedio, ¿cómo no subrayar hoy, finales del siglo XX, su actualidad todavía mayor?

La acogida de los jóvenes, por ejemplo, es un agudo problema de civilización. La educación de la fe de los jóvenes figura entre las más importantes tareas pastorales. Plantea a la Iglesia y a todos los educadores cristianos problemas difíciles, porque hemos de preparar cristianos para vivir en un mundo profundamente signado por la incredulidad. Creer ya no es lo natural. Para un joven creer es aceptar libremente a Jesucristo y reconocer en Él al Dios que ama y que salva.

Su fe será tanto más sólida cuanto más personal, es decir, cuanto más consciente y más libre sea su encaminamiento hacia Cristo y su correspondencia a la gracia previniente de Dios.

A las comunidades de creyentes les toca el suscitar en los jóvenes el deseo de encontrar a Cristo en su camino y de hacer posible este encuentro. Los jóvenes exigen hoy más testimonios que enseñanzas; prefieren encontrar más testigos que instructores.

¿Cómo no desear entonces que los hijos del P. Chaminade se mantengan más fieles que nunca a la intuición de su Fundador?

Pero la fidelidad no es nunca una mera reposición. En el amor por los jóvenes encontrarán el secreto de una renovada atención a las necesidades de éstos; a sus llamadas de auxilio para que les ayuden a descubrir su vocación cristiana en medio de este mundo, que será el suyo, y en el que muy pronto habrán de tomar sus responsabilidades de adultos. Más que nunca, los Marianistas deben ser los animadores de verdaderas comunidades cristianas, que constituyan para los jóvenes lugares de un auténtico reencuentro con Jesucristo.

El secreto de esta fidelidad a la obra emprendida lo hallarán, como el P. Chaminade, en el corazón de María.

En estos tiempos, en los que la contestación se anticipa y obstaculiza a la adhesión, encontraremos de nuevo en María el camino de una sincera acogida a Jesucristo y a nuestros hermanos. Nuestro tiempo, oscurecido por el escepticismo, enfriado por nuestras divisiones y luchas y por nuestra dureza de corazón, necesita de esa presencia maternal, hontanar de fe, de dulzura, de delicadeza.

Por medio de Ella quiso Dios encontrar al hombre en Jesús. No podríamos hallar otro camino mejor para reencontrar a Dios en Jesús.

M. MAZIERS,
Arzobispo de Burdeos

1

¡Eso es lo que yo estaba esperando desde hace tiempo!

El día primero de mayo de 1817, el P. Chaminade, misionero apostólico, residente en Burdeos, veía entrar en su modesto apartamento de la calle Lalande al joven abate Lalanne, profesor de Humanidades en la Institución Estebenet.

Venía el abate a comunicar que, tras madura reflexión sobre su porvenir, deseaba, impulsado por Dios, ponerse enteramente a disposición de su Padre espiritual, es decir, del propio P. Chaminade. Ante esta confidencia, el P. Chaminade, que era la serenidad misma, dejó transparentar una viva emoción: "¡Esto es lo que yo esperaba desde hace mucho tiempo! ¡Dios sea bendito! Su voluntad se manifiesta; ha llegado el momento de poner en ejecución el proyecto que vengo preparando desde hace veinte años, en que Él me lo inspiró! "

Luego, explanando su pensamiento, añadió: "La vida religiosa es al cristianismo lo que el cristianismo es a la humanidad. La vida religiosa es imperecedera en la Iglesia, como la Iglesia es imperecedera en el mundo. Sin los religiosos no tendría el Evangelio plena aplicación en parte alguna de la sociedad humana. Es vana la pretensión de restaurar el cristianismo, si se prescinde de las instituciones que permiten a ciertos hombres la práctica de los consejos evangélicos. Ahora bien, sería difícil, hoy sería inoportuno, pretender resucitar esas instituciones bajo formas idénticas a las anteriores a la Revolución. Pero ninguna forma es esencial a la vida religiosa. Se puede ser religioso bajo apariencias de seglar; los malos recelarán menos y tendrán más dificultades para oponerle obstáculos; al contrario, la gente y la Iglesia quedarán con ello más edificados. Formemos, pues, una asociación, religiosa por la profesión de los tres votos de religión; pero sin nombre y sin hábito de tal, y, en la medida en que se pueda, sin existencia civil. Nova bella elegit Dominus. Y pongamos todo bajo la protección de María Inmaculada, a quien su Hijo ha reservado las últimas victorias sobre el infierno: *Et ipsa*

conteret caput tuum. Seamos, hijo mío, en nuestra humildad el talón de la mujer."

De esta conversación extraordinaria, cuyos términos todos han sido conservados por el abate Lalanne, nació la Compañía de María; Compañía a cuyos hijos, sacerdotes o laicos, se les designa comúnmente con el nombre de Marianistas.

La "inspiración" del P. Chaminade merece ser mejor conocida, por más de una razón.

En el momento en que acepta la empresa –ardua por tantos conceptos- de una fundación religiosa va a cumplir los sesenta años.

La dignidad de que le ha investido la confianza de su arzobispo, sus múltiples trabajos durante el terror y posteriormente –¿no se le llama el Vicente Paúl bordelés?-, le aconsejaban descansar, pensar en una honrosa jubilación.

Cualquiera otro hubiera pensado así; pero se puede afirmar que tal idea ni siquiera se presentó al espíritu de este apóstol.

Vamos, en efecto, a verle renovar un pacto con la vida; desplegar durante treinta años una actividad joven, que le obliga a viajar, ya anciano de años, desde Burdeos -al sudeste- hasta el Franco Condado y Alsacia, a través de toda Francia; siempre y en todas partes debatiéndose entre dificultades inauditas, arrastrado a luchas de todo género, que no acabarán sino en su agonía cuando está a punto de cumplir sus noventa años. Un ejemplo de esta envergadura no se encuentra en todas las páginas de la historia, y nos permite augurar desde este momento que la obra emprendida en tales condiciones llevaba la marca de Dios. Los lectores podrán buscar la prueba de ello en las páginas que siguen.

A lo largo de esta breve historia de las Congregaciones fundadas por el P. Chaminade, se reconocen, sin duda, los rasgos comunes a toda obra apostólica: elemento de Dios y elemento humano; triunfo de Dios, por -y a veces a pesar de-- los hombres.

Pero, sobre todo, querríamos enfocar las luces sobre la calidad y la importancia del mensaje que Dios confió al Fundador de los Marianistas, a quien Benedicto XV proclama "visiblemente suscitado por Dios para el bien de la santa Iglesia", y a quien Pío XI llamaba, en

su audiencia solemne concedida a los alumnos de los Marianistas de Roma, "su grande y santo Fundador".

Al P. Chaminade lo llamó Dios para dar a María, Reina de los Apóstoles, numerosos discípulos, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, capaces de vivir a Jesucristo y de comunicarlo al mundo.

Conservando lo que constituye la esencia de la vida consagrada y, al propio tiempo, adaptando las formas, fundó dos Congregaciones religiosas: una para hombres, otra para mujeres, y suscitó numerosos grupos que viven de su inspiración.

Desde su fundación, religiosos, religiosas y seglares marianistas se han extendido por todas partes del mundo. Después de Europa, fueron a América y Asia, poco más tarde a Africa y Oceanía. Es de creer que el Fundador hablaría hoy de su obra como lo hacía al final de su larga carrera. Al comprobar las enormes dificultades de la tarea, muy lejos de amilanarse, proclamaba ante sus hijos: "Nuestra obra es grande, es magnífica; si se ha hecho universal es porque somos los misioneros de María que nos ha dicho: "HACED TODO CUANTO EL OS DIGA".

2

No rehusar nada a Dios

GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE.

Sus primeros años: 1761-1780.

Dios lo hizo nacer en Périgueux, el miércoles 8 de abril de 1761; era el treceavo y último hijo, en una familia de comerciantes en tejidos. Su modesta tienda estaba situada en la calle Taillefer, presidida por la torre de la antigua basílica de Saint-Front.

Era Périgueux una ciudad mariana: hasta siete capillas había en Saint-Front, dedicadas a la Virgen, y en la ciudad, el número de santuarios erigidos por las diversas comunidades en honor de María

casi era igual al número de calles. A las puertas mismas de la ciudad se levantaba una estatua de Nuestra Señora de la Guarda. A dos leguas hacia el sur, el santuario de Nuestra Señora de Sanilhac recibía cada año la peregrinación de regidores y habitantes de la próspera ciudad.

Claro está que el P. Chaminade beberá en otras fuentes su devoción a la Madre de Dios. Pero es grato comprobar tal ambiente mariano en los marcos de su vida de familia.

Le pusieron en el bautismo el nombre de Guillermo; más tarde, el día de su confirmación, él escogerá el de José. El primer don que el niño recibió, junto con la vida, fue el de un hogar ideal: un honesto pasar y cierta cultura literaria. El libro *De officiis*, de Cicerón, figuraba, con otros, entre los que manejaba el comerciante en paños. Entre los comerciantes de Périgueux que llevaban el título de burgueses y dependían directamente de la Corona, se daba, además, un puntillo de dignidad aristocrática que distinguía a la clase.

Pero antes que nada, recibía el niño en herencia un gran espíritu de fe, tal como entonces lo poseían los de la clase media de las viejas provincias de Francia. Cuatro, de los seis hijos que sobrevivieron, debían entrar, con el tiempo, en el seminario o en algún noviciado. El mayor, Juan Bautista, educado con los Jesuitas, entró en la Compañía; su hermano Blas prefirió la Orden de los Recoletos. Luis y Guillermo fueron sacerdotes.

Con ocasión de estas determinaciones, descubrimos un rasgo de familia que nos muestra la energía con la que se educaba en el hogar Chaminade. El padre había consentido, sin demasiada oposición, en la vocación de su hijo mayor. Pero, ante la manifestación de los deseos del segundo, se negó en redondo, pues lo destinaba al mostrador de la tienda.

Blas se declaró en huelga de hambre. Al cabo de dos días se imponía tomar una decisión. "¡Que se vaya, gritó el padre; pero que yo no lo vuelva a ver!"

El joven obedeció inmediatamente y jamás volvió.

También en el Fundador de los Marianistas se reconocerá más tarde "una voluntad de hierro": le venía de familia.

Otro ejemplo por el estilo le dio su hermano mayor. Guillermo José no llegó a conocerlo de jesuita. Comprendido, como todos sus hermanos en San Ignacio, en el Breve, de 1773, Juan Bautista se incorporó al clero diocesano, pero guardando una profunda fidelidad a las obligaciones de su profesión anterior. En él, Guillermo José tuvo ante sus propios ojos la viva imagen de la vida religiosa, perseguida y, sin embargo, fiel y fecunda.

Tal vez habría que señalar aquí el primer germen de esa concepción atrevida y valiente que más tarde tratará de realizar: la vida religiosa más exigente bajo apariencias aseglaradas.

El P. Juan Bautista Chaminade se había hecho profesor en el colegio-seminario de Mussidan. Sin dificultad obtuvo de sus padres que le enviasen a sus dos hermanos menores, Luis y Guillermo-José. Este apenas tenía diez años. Helo, pues, sacado de la dulce atmósfera familiar para introducirlo en otra, no menos cálida, pero de cultura más avanzada.

Pocas cosas ha contado de sí mismo el P. Chaminade. Únicamente preocupado por "la multiplicación de los cristianos", sólo por sorpresa nos ha descubierto algo de sí mismo. De su primera educación, solamente sabemos que fue obra, principalmente, de su madre.

El colegio de Mussidan se parecía mucho a un convento *Antiguo-Régimen*; pero a un convento en pleno fervor, a una verdadera escuela de santidad. Los sacerdotes que lo dirigían formaban una Congregación llamada de San Carlos y seguían una Regla. Su fundación se remontaba a unos treinta años antes (1744) y seguía el modelo de la "Misión" de Périgueux, una de las innumerables filiales de las fundaciones de Monsieur Vincent: comunidades de sacerdotes diocesanos, dedicados a la predicación en el campo y encargados de la formación de los seminaristas.

En el seminario de Mussidan, siguiendo a San Pablo, se practicaba el combate espiritual. La calidad de este esfuerzo ascético se descubre por la lista de libros, prescritos por la Regla para la lectura espiritual y la meditación: son, además de la *Vida de San Vicente de Paúl*, la *Imitación de Cristo*, el *Combate Espiritual*, los *Ejercicios de San Ignacio*, las obras del P. Lallemant y las del P. Surin, "los más

espirituales y los más interiores de la Compañía” según el testimonio de H. Brémond, y el Cristiano interior, de Juan de Bernières...

Todas las mañanas, los maestros de Mussidan hacen una hora de oración y la Regla tiene buen cuidado de añadir: “Distribuyen del mejor modo su tiempo, de suerte que, puedan dedicar a la oración mental más de una hora”; y en otro sitio: “Aprovechen con santa avidez algunos momentos libres para hacer oración”. La consigna es “NO REHUSAR NADA A DIOS”.

Frecuentes exámenes de conciencia, lecturas espirituales, visitas al Santísimo Sacramento, mantienen el alma en la presencia de Dios.

Por fin, los sacerdotes de la Congregación de San Carlos practican la pobreza y la obediencia en toda su extensión, con “la aspiración de poder emitir el voto de pobreza y el voto solemne de obediencia”.

En un medio así, el alma adolescente de Guillermo José Chaminade se desarrolla con notable precocidad. En él aprende de una vez por todas a no negar nada a Dios. En él practica, desde muy pronto, la oración y en ella se complace hasta tal punto que, según un testigo de la época -Monseñor de Chamon, futuro Obispo de Saint Claude-, pasa en la capilla el tiempo que le dejan libre los estudios.

En el aspecto mariano, Mussidan no va a la zaga de Périgueux. Allí se venera a Nuestra Señora du Roc. En el colegio mismo la devoción a la Inmaculada es muy ardiente. Se recita cada día el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción.

Y como si este grado de devoción mariana no colmara las aspiraciones de nuestro joven seminarista, un favor de tipo personal va a ligarlo para siempre a la Virgen Dispensadora de las Gracias.

Un accidente durante una excursión: un pie herido por un trozo de roca que se desprende en una cantera; el pie que no acaba de curar; voto hecho a Nuestra Señora de Verdels; a seguido, curación rápida y total; es la omnipotencia de la Madre de los hombres que se revela así a su corazón de niño como una bondad, que al propio tiempo que vela sobre el cuerpo, debe preocuparse también por las almas.

Ya está dedicado a María, ya no puede rehusarle nada, como tampoco quiere rehusar nada a Dios. Tiene, justo, quince años, cuando emite los tres votos religión. Es una profesión privada; en lo sucesivo, Guillermo-José se considera como un religioso que vive en el mundo.

Se ha dado de una vez: jamás se volverá atrás.

De ahí que, en cualquier momento de su vida en que se le sorprenda, siempre aparecerá idéntico a sí mismo. Es un carácter que sigue su línea, sin desviarse jamás.

Se lo figura uno, a los quince años, de gravedad prematura, dotado de esa fisonomía serena, de mirada profunda, tal como se le ve en todos los retratos de su edad madura.

Nadie se extrañó en Mussidan cuando una buena mañana Guillermo-José apareció revestido de sotana, como sus maestros.

Sólo tenía dieciséis años y ya se le consideraba digno de enseñar a sus condiscípulos. Más tarde ocurrirá lo mismo. Cuando se trata de designar un penitenciario, para la delicada función de reconciliar a los sacerdotes juramentados, la autoridad diocesana de Burdeos nombrará al joven sacerdote Chaminade.

¿Diremos por eso que jamás fue verdaderamente joven; que pasó, casi sin transición, de la infancia a la austera vida del seminario, sin un destello, sin un impulso, sin un desvío siquiera, sin nada de lo que hace tan simpático al adolescente entre los trece y los veinte años?

Desde luego, la información de que disponemos para este período de su vida es demasiado poca; pero si, en vista de la parquedad de esa información, quisiéramos fijar sus rasgos como los de un hombre de fisonomía hierática, ¿cómo se explicaría el ascendiente que constantemente ejerció sobre la juventud, según afirman numerosos testigos?

El abate Lalanne, que había experimentado ese ascendiente más que nadie, nos ha revelado un poquito ese secreto. Según él, lo primero que se percibe en el P. Chaminade es la belleza del rostro que recuerda "a los más hermosos tipos con los cuales se complace uno en representar a Cristo"; luego, una benévola serenidad que no logra disimular las emociones de una "sensibilidad exquisita", y se manifiesta

por la voz que se altera y en las lágrimas que llenan sus ojos. Recordemos la escena relatada en el primer capítulo.

El P. Lalanne dice claramente que se le tiene por impasible; ihasta tal punto, el hábito de dominarse reprime en él los primeros impulsos!; pero esta impasibilidad aparente -ahí están todas sus cartas para atestiguarlo- debe haber sido la de los santos, es decir, fruto de muchos esfuerzos.

El joven abate Chaminade era, en lo físico y en lo moral, una naturaleza rica, de sensatez y equilibrio notables, y poseía, a la vez, las cualidades de un hombre de acción y las virtudes de un cristiano profundo; de ahí que, con ayuda de la gracia de Dios, le veamos tan adelantado a la edad misma en que, en ese caos que son las almas adolescentes, ordinariamente, las jóvenes personalidades apenas empiezan a esbozarse y a dejar presentir lo que serán algún día.

Como el síndico -léase ecónomo- del colegio de Mussidan necesitaba un auxiliar, se le señaló al joven abate, a la espera de que éste se convirtiera en el síndico jefe. Se le reconocía como muy ordenado en todo y por eso se le preparaba para los cargos de la administración temporal. Más adelante apreciaremos de nuevo todo esto.

En cuanto a sus progresos en vida interior, disponemos de un testimonio seguro: un precioso manuscrito que data de esta época, Compendio de las Reglas de la Congregación de San Carlos, y lleva anotaciones marginales de puño y letra del mismo P. Chaminade.

Estas Reglas le son familiares y puede decirse que en este aspecto Mussidan le ha dotado de todos los elementos de su futuro apostolado: espiritualidad, sacada de buenas fuentes, sobre todo del P. Lallemand; *espíritu del estado religioso; particular estima y práctica asidua de la oración; devoción especial a María Inmaculada y a San José; celo por la salvación de las almas; espíritu misionero; conciencia de la importancia de las obras de educación y de juventud.* Todo ello vivido en el ambiente generoso de los sacerdotes de San Carlos constituyó la excelente preparación que los años de Mussidan ofrecieron a este joven clérigo enamorado de Dios y llamado a una alta misión.

3.

Deseo de una vida oculta y penitente

Burdeos. 1780-1797.

Llegó la hora en que el joven abate debía abandonar el colegio para perfeccionar sus estudios teológicos y prepararse al sacerdocio. Tras un año pasado en la misión de Périgueux, él y su hermano Luis ingresaron, por consejo de su hermano mayor, en la Universidad de Burdeos. Este viaje era un nuevo signo de Dios.

Al abate Chaminade, que no había salido, por decirlo así, de su seminario menor, le ofrecía Burdeos el espectáculo de la gran ciudad, en que las controversias filosóficas y teológicas revestían la forma que se sabe al final del siglo de Voltaire.

En esa época, lo mismo que hoy, el medio estudiantil reaccionaba fuertemente al impacto de las "ideas nuevas". Mientras jansenistas y filósofos se esforzaban en conquistar a los jóvenes, dos asociaciones estaban empeñadas en defender la fe y suscitar el espíritu misionero; eran la "Congregación de la Santísima Virgen", dirigida por los Padres Capuchinos desde la supresión de los Jesuitas, y la "Reunión", de la parroquia de Sainte Colombe, en la que el sacerdote Noël Lacroix, vicario de esa iglesia, ejercía su acción cerca de los estudiantes, y, entre ellos, los jóvenes clérigos. A éstos no se les admitía en los seminarios sino a partir del subdiaconado, por lo cual estaban expuestos a todos los peligros de la gran urbe: el vicario Lacroix los reunía, los adscribía a una parroquia y los formaba en el apostolado. Era un precursor.

Contaba su Congregación más de 400 jóvenes: paseos y juegos, reuniones de oración, retiros, lecturas, visitas a hospitales y a cárceles, eran las iniciativas de este cura "fin de siglo".

Desde el otro campo no les escatimaban ni las injurias ni los remoquetes: "colombinos", "beatos", "fifís" . . .

Al conocer estas "obras", los dos jóvenes clérigos perigordinos sin duda se sintieron impresionados y vieron ensancharse su horizonte.

El abate Guillermo-José llega al momento crítico que ha de decidir su porvenir.

En efecto, al parecer, la fuerte impresión que en su espíritu produjo Burdeos, no le inclinó, al principio –a pesar de ver muy claramente las necesidades-, hacia una vida de apostolado, sino más bien hacia una vida oculta y penitente, hacia un don de sí en el recogimiento del claustro. Ya Mussidan lo había orientado fuertemente en ese sentido y los peligros de una gran ciudad, la repulsión de una sociedad que corría a su perdición, la búsqueda de Dios en el silencio, no hicieron sino empujarle más en ese sentido.

Su biógrafo nos lo muestra yendo de un convento a otro -en Burdeos había más de veinte- e inquiriendo sobre sus Reglas. Una tarde entra en una capilla de monjes -no nos consta el nombre de la Orden-, en el momento de la Bendición. La actitud recogida de los religiosos le anima a pedir al prior su admisión para unos días de prueba. Se le recibe y empieza una semana de retiro. No la terminó, derrotado, no por la austeridad de la Regla, sino, al contrario, por la relajación y el espíritu mundano que ya le había escandalizado en otras casas religiosas. En ésta se mantenía la fachada, pero no era más que eso, fachada.

Este episodio tiene su importancia. Porque, de la vida religiosa, Guillermo-José había adoptado ya para su propia conducta, además de los votos y la práctica de las virtudes que esos votos comportan, una regla de vida espiritual orientada hacia la perfección; pero en los demás aspectos no tenía más experiencia que el ejemplo de su hermano, el jesuita secularizado, que era un santo. Y cuando trata de confrontar sus ideas con la realidad viva, por la observación de la vida religiosa en directo, llega a una comprobación amarga: en las comunidades, la vida religiosa no ofrece ya garantías a quien quiera realmente entregarse a Dios. La institución monástica está carcomida: unos hachazos y se hundirá todo.

Los dos hermanos Chaminade no debían permanecer por mucho tiempo en Burdeos. En el colegio de Guiena estaba como profesor de teología el sacerdote Langoiran, futuro mártir, quien bien pronto descubrió entre la masa de sus estudiantes el ascendiente religioso de Guillermo-José. Distinguió a éste con su afecto y aconsejó a los dos

hermanos que se fueran a París para terminar sus estudios en un seminario sulpiciano.

Así, pues, en 1782, los encontramos en la capital como alumnos del colegio llamado de Lisieux. Recibieron allí la dirección de tres sacerdotes de San Sulpicio: el superior, hoy beato Psalmon, Hourrier y Rousseau. De esta impronta sulpiciano guardaría José un señalado gusto por la doctrina de M. Olier.

Los estudios de José Chaminade culminaron con el doctorado en teología. Entonces recibió el sacerdocio. Al volver a Mussidan, reanudó sus ocupaciones de antaño, junto a sus dos hermanos mayores, que eran ya entonces administradores de la casa: Juan Bautista en calidad de superior, Luis como prefecto de estudios. José fue definitivamente encargado del economato. La gerencia de los tres hermanos Chaminade y, sobre todo, la calidad evangélica de su vida, hicieron del colegio de Mussidan una institución modelo.

Cuando en 1790 murió el superior, todo el pueblo en masa invadió la cámara mortuoria del "santo". Escenas análogas se produjeron a la muerte de los otros dos menores.

Por esas fechas, la Revolución francesa estaba todavía en sus comienzos. No entraremos aquí en detalles que puedan hallarse en las biografías del P. Chaminade. Allí podrán leer cuál fue su heroica actitud ante la tragedia de que Francia fue teatro y sujeto.

Burdeos le atraía. Desde fines de 1790, se había preparado allí un refugio. Allí vino a esconderse, después de haberse negado, ante las autoridades de Mussidan, a prestar el juramento cismático que exigía la Constitución civil del clero.

Su antiguo maestro, y a la sazón vicario general, Langoiran, insistió mucho para que se estableciera en Burdeos, y hasta le adelantó el dinero necesario para que adquiriese un pago llamado San Lorenzo, cuyo nombre volverá a menudo en las páginas siguientes.

El P. Chaminade instaló en él a sus padres y él mismo se vino a vivir allí en la primavera de 1792.

La gran ciudad, de ideas moderadas y entregada totalmente a la alegría de vivir, se resistía aún a adoptar las violencias con que otras ciudades se habían ensuciado ya. El primer motín sangriento se

produjo el 15 de julio de ese mismo año de 1792 y su primera víctima fue el protector del P. Chaminade, el vicario Langoiran. Sin embargo, mientras la influencia de los girondinos fue preponderante en la ciudad, los sacerdotes de Burdeos, pese al decreto promulgado en contra de los refractarios, pudieron seguir ejerciendo su ministerio sin demasiados obstáculos.

Pero, a partir del 16 de octubre, al triunfar la Montagne, se instauró el régimen del terror. En Burdeos quedaron unos cuarenta sacerdotes fieles que siguieron ejerciendo su ministerio, Dios sabe a cuenta de qué estratagemas. De ellos, veinte pagaron esa valentía con su vida.

El P. Chaminade tuvo el talento de burlar a sus perseguidores, pero en algunas ocasiones ese talento hubiera valido poco si la Providencia no hubiera intervenido de modo especial.

Su campo de acción abarcaba el barrio de Santa Eulalia, en el que operaba en varios oratorios secretos. Tal estado de cosas duró hasta febrero de 1795. Un decreto sobre libertad del culto permitió al P. Chaminade abrir una capilla.

Sus dotes de sabiduría y de prudencia, junto con su firmeza de carácter, le habían señalado a la autoridad diocesana -a la sazón lo era M. Boyer, colega del santo mártir Langoiran- para la delicada misión de rehabilitar a los sacerdotes juramentados. El P. Chaminade se mantuvo por varios meses inclinado sobre todas esas miserias que reclamaban el perdón y su oratorio de Santa Eulalia fue testigo de más de una escena conmovedora.

A fines de octubre nueva conmoción. Las leyes contra los refractarios son puestas de nuevo en vigencia; el penitenciario tiene que cerrar su capilla y vuelve a sus disfraces de calderero o de vendedor ambulante.

En esa situación recibe las confidencias de una joven generosa, de porte muy desenvuelto, María Teresa de Lamorous, que lo ha elegido como padre espiritual. En efecto, el P. Chaminade siempre creyó que su misión no se reducía a ser un confesor de la fe o un reconciliador de sus cohermanos desdichados. Por el contrario, entiende que se trata de preparar todo el porvenir; y el porvenir está en esos jóvenes que se han mantenido fieles: un Dionys Joffre, un

Guillermo Bouet y esa querida Teresa, cuyo inmenso corazón ha adivinado.

En esos momentos aparece como un jefe en torno al cual se agrupan instintivamente las almas de los que esperan una palabra de mando, un programa de acción de sentido misionero. Desde esta época, encontramos alrededor del P. Chaminade futuros religiosos, futuras fundadoras, todos los militantes del mañana, cuando haya pasado la tormenta.

Y la tormenta parece remitir, en efecto. El 24 de agosto de 1797 se autoriza la vuelta de los desterrados, y el oratorio de Santa Eulalia abre de nuevo sus puertas. Pero quince días después, el golpe de Estado de Fructidor las cierra por tercera vez y conmina a los maltraídos no-juramentados a repasar la frontera.

Al P. Chaminade se le hizo imposible la permanencia en Burdeos. Sus esfuerzos por hacerse borrar de la lista de emigrados sólo habían servido para ponerle más en evidencia.

Esta vez tuvo que pensar en juntarse a su hermano Luis, que estaba ya en España desde 1791. Dijo adiós a su anciano padre. Su madre no era ya de este mundo. Pero otra Madre le esperaba allá lejos, más allá de los Pirineos: María la llena de gracias...

4.

La misión recibida del cielo

Zaragoza, 1797-1800.

Tras una actividad repleta de imprevistos y de sorpresas, caía el P. Chaminade en la forzada ociosidad; del exilio. Esto iba a durar tres largos años. El destierro fue también providencial; fue, antes que nada, providencial; pues la vocación definitiva del joven apóstol debía decidirse en ese destierro. Las circunstancias -por medio de las cuales puede Dios dar a conocer sus misteriosos designios- lo llevaron a Zaragoza.

Ciudad mariana, baluarte de España frente al Islam, Zaragoza, simbolizaba el triunfo de la fe. Ciudad de conventos también, en los que las diversas Reglas eran todavía fielmente observadas. A poca distancia de ella se levantaba la fervorosa Trapa de Santa Susana. Allí encontraría el P. Chaminade ocupación para sus largos tiempos libres, pues su curiosidad es insaciable cuando se trata de lo concerniente a la vida religiosa.

La Trapa, sobre todo, impresiona vivamente. Uno de los jóvenes que se había exiliado con el P. Chaminade, Guillermo Bouet, se siente llamado por Dios a profesar en ella. Tras algunas vacilaciones, el P. Chaminade se lo permite y la prueba tiene éxito. Pero tanto, y aún más atractivo que Santa Susana ejerce sobre el desterrado el "Pilar" de Zaragoza.

En el interior de la inmensa basílica, donde múltiples lámparas centellean como almas vivas, presidiendo una recoleta rotonda, la imagen de Nuestra Señora parece animarse y responder a las súplicas de sus innumerables fieles. Entre ellos, los sacerdotes franceses no son los menos asiduos, porque tampoco son los menos necesitados. Han de pedir todo, para sí mismos y para los cristianos a quienes han tenido que abandonar y para ese desdichado país de Francia que se debate en plena revolución.

El P. Chaminade busca a menudo el refugio de este santuario. De aquel joven sacerdote meditativo y "espiritual", el Burdeos del Terror ha hecho un hombre de acción, para quien nada vale el pensamiento si no es en función del bien por realizar.

Sus reflexiones, como en otro tiempo las de Bérulle, "se hacen imperiosas", y si Bérulle "estaba ansioso por causa de la Iglesia" (George Goyau), el P. Chaminade está ansioso por la sociedad moderna; por los jóvenes, sobre todo, víctimas, más que cualquier otra categoría social, del desbarajuste universal.

La labor de rehacer un mundo cristiano es inmensa, porque inmensa es la suma de males que deben remediarse. Si esta labor es factible, y es forzoso que lo sea, sólo podrá realizarse con hombres nuevos.

Dejemos que los muertos entierren a sus muertos: ¡ paso a los jóvenes y a los valientes! Pero a esta juventud misma le hace falta un

ideal que responda a su entusiasmo peculiar; un ideal cálido y fuerte, que la estimule y la sostenga en las diversas tareas que se avecinan.

Y si los sombríos rigores del jansenismo, junto con la filosofía del siglo que se extingue, han esterilizado los corazones, opongámosles la figura radiante de la Virgen Inmaculada.

Y como la juventud suspirará siempre por la acción, organicémosla como milicia de la Virgen.

"iNova bella elegit Dominus!" Bajo la enseña de la Virgen, "María duce", el triunfo de estos nuevos apóstoles está asegurado. Trabajando en salvar el mundo, aprenderán estos jóvenes a vencerse a sí mismos y muchos hombres, que van camino de su perdición, les deberán su salvación eterna.

De este modo se esforzaba el P. Chaminade en mirar el porvenir con ojos nuevos. Posee todas las cualidades de un restaurador: sentido de la realidad y, por consiguiente, de las posibilidades; golpe de vista claro, amplitud de miras, paciencia incansable y, por encima de todo, fe. ¿Será en él una temeridad el creerse llamado a promover por los jóvenes esta renovación, el renacimiento cristiano que Francia espera?

Detengámonos aquí. Estamos llegando a una de las cimas de esta magnífica vida.

La constante tradición de la Compañía de María relaciona el primer origen de ésta con la capilla de Nuestra Señora del Pilar. Numerosos testimonios de esta tradición subsisten en los relatos que nos han dejado los religiosos antiguos. Los tres más calificados de entre ellos van a permitirnos precisar los datos esenciales de todo este asunto.

El P. Caillet, sucesor inmediato del Fundador e íntimo amigo suyo durante más de veinticinco años, en la circular que dirigió a toda la Compañía al morir el P. Chaminade consignaba los detalles de su larga vida, "detalles tanto más valiosos, añadía él mismo, por cuanto han sido dados por nuestro propio Buen Padre, cuando en la efusión de su agradecimiento y las expansiones de la intimidad, nos revelaba las grandes cosas que Dios ha hecho en él y por medio de él... Fue allí (en Zaragoza) donde, bajo la inspiración divina, concibió el proyecto que más tarde debía ejecutar con tanto éxito de establecer en Francia, si

volvía allí, Congregaciones en honor de la Reina del Cielo y Ordenes religiosas que le estuvieran especialmente consagradas”.

Por su lado, el P. Lalanne, primer marianista, refiere en dos documentos distintos -uno de ellos recogido en el Diccionario de las Ordenes religiosas de Migne que las miras del P. Chaminade “no eran sólo producto de sus profundas meditaciones y de su sabiduría, sino que habían sido inspiradas por un modo sobrenatural, tal como él lo confesó a algunos de sus primeros discípulos”.

“Comenzó a comunicarse con algunas personas sobre una misión, que aseguraba haber recibido del cielo por una vía extraordinaria, de establecer la Vida religiosa.”

Por muy preciosas que sean, estas informaciones provocan el deseo de más precisiones. ¿De qué naturaleza eran esa inspiración y esa “vía” sobrenatural? Aquí entra un nuevo testigo, que si no satisface plenamente nuestra curiosidad, al menos la orienta. Este testigo, también de primer orden, es el P. Carlos Rothéa, el primer sacerdote que entró, ya ordenado, en la Compañía de María, el año 1821.

Pocos años más tarde, en 1829, en unas notas que dirigía al mismo P. Chaminade, escribía esto:

“Recuerdo que una vez dijo el Buen Padre en una conferencia, al hablar de la oración o de las “palabras interiores”. “Hijos míos”, os he visto tales como estáis aquí y fue en un abrir y cerrar de ojos, ya hace mucho tiempo”. Me habían dicho, con frecuencia, que el P. Chaminade había oído, en su tiempo, como una voz que le decía de establecer una orden religiosa. Yo quería saber más sobre esto, pero el Buen Padre ha guardado su secreto hasta ahora.”

Y el secreto tampoco salió ahora del corazón del Buen Padre -al menos no sabemos su respuesta- y el P. Rothéa nada añadió después; pero lo que acaba de confiamos es ya considerable.

Lo primero es una palabra clara del Fundador mismo en una conferencia sobre la oración y las gracias que en ella se reciben. El P. Chaminade pone como ejemplo lo que a él mismo le ha ocurrido. Es, por consiguiente, en oración “que ha visto” a sus hijos en un “abrir y cerrar de ojos”.

¿No es ésta una de las gracias extraordinarias, una de esas visiones proféticas e imaginativas de las que habla Santa Teresa, y “que pasan con la rapidez de un relámpago”?

Los antiguos testimonios señalan, con la visión, una voz que confiere a este desterrado la misión de fundar una Orden, cuyos religiosos se le muestran. Por lo demás, no puede tener otra significación. Y el P. Rothéa relaciona la frase que concierne a esta gracia extraordinaria con una conferencia sobre la oración o “las palabras interiores”.

Las expresiones que el P. Chaminade emplea con mucha frecuencia en sus escritos posteriores, cuando se refiere a la fundación de la Compañía de María, son siempre las de “inspiración divina”, de “voluntad divina”, de “orden”.

Esta última palabra la emplea en una súplica al Papa Gregorio XVI. “La Compañía de María, de la cual soy, por orden de la Providencia, muy indigno Fundador”... O en forma todavía más precisa: “Al emprender la fundación de la Compañía de María, de parte de Nuestro Señor y también de parte de su augusta Madre, en los tiempos tan difíciles en que se emprendió, ¿no era obligación mía tomar toda clase de medidas para el éxito de la empresa?”

Este texto último es tanto más de notar cuanto que está tomado de una Memoria que el Fundador redactó al final de su larga vida. Lo que le ha sostenido constantemente, en medio de las dolorosas pruebas que su obra le ha ocasionado, es esa convicción de que obedecía a una orden formal de Dios y de María.

“Mientras las palabras que vienen del espíritu nuestro, dice Santa Teresa (*Vida*, cap. XXV), semejantes a un primer movimiento del pensamiento, pasan y se olvidan, el Señor imprime las suyas en la memoria de tal manera que ya no se pueden borrar de ella; las que contienen una profecía, no creo que puedan ya olvidarse.” “La tercera señal por la que se reconocen las palabras de Dios, dice otra vez la santa, es en que permanecen muchísimo tiempo grabadas en la memoria, y que algunas, incluso, no se borran jamás... Además, si estas palabras que vienen de Dios hacen referencia al porvenir, presta a ellas el alma una fe absoluta, cosa que no hace nunca a las palabras humanas; y aunque pasen varios años sin que el alma vea sus efectos,

se mantiene segura de que Dios hallará los medios de llevarla a ejecución, cosa que en efecto ocurre. Esto no quita, sin embargo, que el alma sufra, al ver los obstáculos y aparente imposibilidad con que se tropieza, y aun cuando está segura de que esas palabras provienen de Dios, sin embargo, cuando pasa mucho tiempo antes de que se vea su cumplimiento, vacila un poco y duda sobre si no procederían del demonio o de su imaginación. Pero en los tiempos en que oye esas palabras, por muchos esfuerzos que haga el demonio para darle pena o desanimarla, y por mucho que su imaginación quiera dar en representar, permanece firme en su creencia de que Dios es el autor, principalmente si miran a su servicio y al bien de las almas y si parece difícil que las cosas acierten... Pero a pesar de tantos combates..., siempre queda una chispita de esperanza tan viva que nada es capaz de apagarla y, al fin, se ve el cumplimiento de esas palabras..." (Moradas, I, VI, cap. III).

Veinte años pasarán antes que la voz misteriosa, oída en el Pilar de Zaragoza, reciba su cumplimiento.

Pero poco importa el plazo; siempre será cierto que esta voz ha fijado para siempre la vida del P. Chaminade. Sus actividades anteriores le habían orientado en dirección a las almas y al apostolado de la juventud, pero actualmente se le pide mucho más.

A una sociedad que ha recaído en el paganismo habrá que presentarle el ideal cristiano en su integridad

¡Santos!, ¡vengan santos y no sólo en los conventos! La santidad de los religiosos claustrados conserva, ciertamente, su función de intercesión, indispensable; pero no basta para la evangelización.

Es en la masa de la sociedad misma donde hay que poner un fermento; una misión permanente; cristianos que sean evangelios vivos y, por ende, también religiosos.

Tal es la orden de la Virgen: ella quiere religiosos y religiosas que le pertenezcan, que sean suyos, y tiene buen cuidado en mostrárselos a su servidor. A través de ellos quiere prolongar sus funciones de Madre de Cristo y de Madre de los hombres que un día inauguró al pie de la cruz.

Reservemos la exposición detallada de esta inspiración del Fundador de la Compañía de María y de las Hijas de María para el tiempo en que él mismo la comunica a sus hijos. Por el momento, limitémonos a señalar que la revelación de Zaragoza se hace a un hombre que se aproxima a los cuarenta años, que ya es un director de almas muy esclarecido y que ya posee una firme doctrina espiritual. En esta doctrina nos aparecen algunos rasgos personales. En efecto, de la época del exilio se conserva un precioso documento: las cartas de dirección que escribe el P. Chaminade a su hija espiritual, mademoiselle de Lamourous.

Esta se ha ofrecido como "víctima" y quiere vivir su vida de víctima porque es generosa y mujer de voluntad. Su director la alienta y la guía. Como principio fundamental el director mantiene que la virtud por excelencia es la fe, la fe práctica, la fe de corazón; que el *ejercicio capital de la vida espiritual es la oración*, "una oración de fe y de recogimiento", en que se empieza a meditar los artículos del Credo para, desde este terreno firme, elevarse a la contemplación de Dios, presente en todas las cosas; que por la fe y la oración de fe se hace uno capaz de todos los sacrificios; de sonreír a la pobreza, a los sufrimientos y a las humillaciones y, en pocas palabras, "que uno se anonada para que el alma viva del puro amor divino".

Ciertamente que en todo esto no hay nada de muy nuevo; y es probable que si no es por la inspiración de la Virgen en el Pilar, el P. Chaminade hubiera quedado en un buen padre espiritual, muy seguro y muy experto en las vías de Dios.

Pero el dardo que María metió en ese corazón de apóstol va a producir en él una especie de cristalización nueva, de modo que todo el saber anterior se organice constituyendo una "espiritualidad" cuyo centro sea siempre Jesús; pero Jesús considerado en su estado de Hijo de María; Jesús confiando a su Madre la misión de regenerar a la humanidad "de los últimos tiempos".

Desde entonces, el corazón del P. Chaminade lleva en sí mismo todo un mundo.

Conviene señalar aquí que el P. Chaminade estaba en Zaragoza con su hermano Luis, y Luis conversó con él sobre un proyecto, que uno de sus antiguos alumnos y cohermanos de Mussidan, Bernardo-

Javier Daries, había concebido. Daries y Luis se habían encontrado en España antes de que llegara Guillermo-José.

Tal proyecto consistía en fundar una "Compañía de María", a imitación de la Compañía de Jesús, fundada por San Ignacio, "a fin de defender la Purísima Concepción contra los herejes y malos católicos que la combaten".

Esta "Compañía de María" -muy pronto propuso llamarla así- se propondría un triple objetivo: educación de la juventud, proclamación de las alabanzas de María y predicación de la Concepción Inmaculada.

El proyecto de Daries no podía menos de interesar y seducir a Guillermo-José Chaminade: por la gran estima que sentía por su antiguo cohermano de Saint Charles y la plena confianza que tenía en sus luces, y, además, porque, como él, profesaba gran amor a la Virgen Inmaculada y ansiaba ardientemente servirla y glorificarla.

La influencia de Daries sobre el P. Chaminade, así como sobre otros varios fundadores de Ordenes¹, es innegable; forma parte de esos intermediarios de que Dios se sirve para realizar sus designios. Así, pues, el futuro Fundador lleva todo un mundo en su corazón, pero el destierro no se acaba.

Mientras llega el momento de obedecer las órdenes de su Reina y montar una "fábrica de santos", ocupa sus ocios en vaciar en yeso pequeñas estatuas de santos y escribe cartas de dirección a María Teresa de Lamourous. Con almas como ésta sí podrá realizar su visión cuando suene la hora.

Por fin, en otoño de 1800 se abre Francia y el P. Chaminade se apresura a volver a Burdeos. La vida desbordante lo absorbe en seguida. Hay que rehacerlo todo! La autoridad diocesana encomienda a su prudencia la administración de la diócesis de Bazas. Es una liquidación que hay que terminar cuanto antes.

Pero, sin dejar de cumplir con celo este encargo delicado, no pierde de vista el P. Chaminade la misión que ha traído de Zaragoza, y, sin demora, la comienza desde el 8 de diciembre de 1800.

¹ En particular: Marcelino José Benito CHAMPAGNAT. Fundador de los Hermano Maristas; Luis María BAUDOIN, fundador de los "Padres de Chavagne", o Hijos de María Inmaculada

5.

Cada congregación, una misión permanente

La Congregación 1800-1815.

En efecto, en tal día 8 de diciembre de 1800 celebra el P. Chaminade la misa de la Inmaculada Concepción en un oratorio colgado en un tercer piso de la calle Arnaud-Miqueu. Entre los fieles asistentes se ha fijado el sacerdote en dos jóvenes. Los llama a la sacristía, les felicita y les invita a volver con un amigo cada cual. Por este procedimiento repetido, al cabo de unas semanas se lograba el número místico de 12, y el 2 de febrero de 1801 quedaba fundada la Congregación de Burdeos.

Coincidencia notable: el mismo día, mes y año en que se fundaba la Congregación de París por el P. Delpuits.

Los primeros congregantes leyeron y firmaron la fórmula de compromiso en estos términos: "Yo..., servidor de Dios e hijo de la Iglesia católica, apostólica y romana, me entrego y me dedico al culto de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. Prometo honrarla y hacerla honrar, en cuanto dependa de mí, como a Madre de la juventud. ¡Así Dios me ayude y sus santos Evangelios!"

Dos términos de esta fórmula tienen especial significación: estos jóvenes entienden honrar en María, el privilegio de la Inmaculada Concepción, y quieren tener, honrar y hacer honrar a María Inmaculada, como su Madre.

Subrayamos, desde ahora, estas dos *ideas maestras* del apostolado, tal como lo concibe el P. Chaminade. Más tarde, él mismo dirá los motivos de esto en el prefacio de aquel Manual del servidor de María que puso en las manos de estos jóvenes.

"No es sin motivo que este título fue preferido a cualquier otro, a la hora de nacer la Congregación. La depravación de las mejores instituciones ya religiosas, ya morales, amenazaba entonces a la juventud con una próxima perdición: se imponía pedir para ella la pureza, de la que la Virgen Inmaculada es modelo y fuente». Y es así, porque este privilegio de María simboliza los triunfos de Dios sobre el

mundo: "Las nuevas Congregaciones no son sólo Congregaciones en honor de la Santísima Virgen, sino una milicia que avanza en nombre de María, y que pretende combatir a las potencias infernales bajo la égida de la que debe aplastar la cabeza de la serpiente". En este rasgo se reconoce la inspiración de Zaragoza y todo el fervor mariano de Mussidan.

La milicia de la Virgen tuvo un éxito inmediato. Por un reclutamiento intensivo, aunque atendiendo principalmente a la calidad, admitía a todas las clases sociales. Cuando su primer aniversario, 2 de febrero de 1802, contaba cien jóvenes consagrados a María, y en poco tiempo rebasaba la cifra de trescientos.

El P. Chaminade también aspiraba a formar la Congregación de señoritas y jóvenes. La organizó ya desde 1802: a la cabeza de ella figuraba la señorita María Teresa de Lamourous.

Pero otras personas, que ya no eran jóvenes, hombres y mujeres, quisieron también inscribirse en el número de servidores de María: sus agrupaciones recibieron los nombres de Agregación de Padres de Familia y Asociación de Damas del Retiro.

Hubo incluso sacerdotes congregantes, que formaron una sección aparte: los había jóvenes, como el ardoroso abate Rauzan, que ya por entonces soñaba en convertir a Francia con su tropa de misioneros; los había con cura de almas en la ciudad; los había ya de avanzada edad, como el antiguo vicario de Santa Colombe, Noel Lacroix, feliz con este renacimiento. Y para que ninguna categoría se viese postergada, la Congregación de jóvenes creó la obra de los "postulantes" para los niños, especie de patronato de los que hoy conocemos, en que se preparaba la entrada a la Congregación propiamente dicha. Como se ve por estas diferentes secciones, la Congregación del P. Chaminade englobaba un considerable número de adherentes, y todos ellos totalmente llenos de afecto y confianza, hacia el director.

Veámoslos, ahora, en actividad.

Lo primero que vemos es su fuerte organización con miras al apostolado. Y el apostolado más urgente, a juicio del P. Chaminade, era lo que hoy llamamos "la formación de las élites y el apostolado seglar".

En una ciudad grande, como Burdeos, la Congregación no representará nunca sino un grupo restringido; pero ese grupo debe ser muy activo, constituir un centro de irradiación intensa.

El P. Chaminade había recalcado fuertemente esta novedad de su obra:

“En las antiguas Congregaciones casi no se aspiraba a otra cosa que a sostener a los cristianos piadosos en el buen camino, por la mutua edificación. Pero en el siglo en que vivimos, en esta época de renovación en que nos encontramos, la religión exige de sus hijos mucho más. Quiere que todos, de consuno, colaboren en el celo de sus ministros, y, dirigidos por su prudencia, trabajen para realzarla. Este es el espíritu; que anima a las nuevas Congregaciones: cada congregante es un misionero permanente, cada Congregación es una misión perpetua...”

“Así preparados, los congregantes se esforzaban en ganar almas; trabajaban en ello, ya en el interior mismo de la Congregación, por la mutua emulación hacia el bien; ya sobre otros jóvenes que se les acercaban, sea para reintegrarlos en la religión, sea para robustecerlos frente al respeto humano.”

“Pero el apostolado más recomendado era la acción de cada cual en su medio ordinario: familia, taller, oficina o despacho; por el ejemplo, y muy discretamente, por la palabra.”

Sin temor al anacronismo, bien se puede afirmar que era ya lo que Pío XI llamaría, más tarde, la Acción Católica.

Otra novedad: nada de discriminación, sino apertura de la Congregación a todas las clases sociales; igualdad y fraternidad. Se acabaron las Congregaciones de lacayos o de artesanos, frente a las de nobles y burgueses. El P. Chaminade quiere realizar en su Congregación el ideal que brilló en la Iglesia primitiva. A lo sumo, su prudencia le aconsejó distinguir, en un principio, dos secciones: una para jóvenes que seguían carreras liberales, y otra para empleados y obreros. Pero, de hecho, según nos dice un documento, esta distinción jamás se observó en las reuniones generales, “por temor a molestar a alguno de los camaradas menos pudientes”.

Entre los factores de acierto, en la Congregación de Burdeos habría que colocar en primerísimo lugar la acción de su director.

El P. Chaminade es, para la juventud, un guía maravilloso. Los testimonios sobre este punto son unánimes. Físico atractivo -cuna cabeza de "Cristo"", dice Lalanne-, bondad y trato exquisitos. Quizá no es gran orador; su dicción, demasiado lenta, se entorpece más aún con cierto acento del Perigord; a veces pronuncia, y hasta escribe, "l'Eglise" en vez de l'Eglise, o "cager" en vez de cahier; pero su palabra va derecha al corazón: habla para decir algo que valga la pena, y sabe mover los sentimientos, sobre todo si exalta a la Madre de Dios y de los hombres.

Todos sus jóvenes le veneran como a un confesor de la fe; en los hogares bordeleses se cuentan las proezas del calderero del Terror.

Todos saben que goza de la confianza del nuevo arzobispo, Mons. d'Aviau. El P. Chaminade acaba de recibir la muceta de canónigo honorario, y, lo que aprecia mucho más, una magnífica capilla en pleno centro de la ciudad, la Madeleine, dotada de locales en los que podrá organizar amplias salas para sus jóvenes.

La acción del P. Chaminade se ejerce, sobre todo, en profundidad, en lo íntimo de estas almas de jóvenes, que, en gran número, le confían la dirección de su conciencia.

Es un animador, de celo incansablemente activo, siempre en busca de algún bien por hacer, que sabe aunar la prudencia del organizador con la audacia del descubridor.

Su ambición es dar a la Virgen servidores que sean verdaderamente dignos de Ella; cristianos sólidamente cimentados en la fe: ¿no es entre ellos donde María quiere elegir a sus discípulos? Se trata, por lo tanto, de ayudar a cada uno de estos jóvenes a lograr su plena expansión espiritual y apostólica.

¿Método? Ante todo, reuniones frecuentes y dinámicas. Serán de tres órdenes: reuniones íntimas, asambleas religiosas, asambleas públicas. Las primeras se celebrarán por secciones, cada una de las cuales tiene su presidente. De ordinario, tienen lugar antes de las asambleas religiosas. Estas se celebran los domingos, a las seis o a las siete de la mañana, según la estación del año. Invariablemente

constan del rezo del Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción y de la Misa con su homilía. Las comuniones abundan. En ciertos días la comunión es general.

A continuación de la reunión de los jóvenes se celebra la de las jóvenes. Todo termina con tiempo suficiente para que unos y otras puedan asistir a los oficios de sus parroquias: fácilmente se comprenderá por qué el P. Chaminade tenía mucho empeño en este último punto.

Tal vez se pensará que éstas no son sino reuniones de piedad como cualesquiera otras. Pero ahora viene lo inédito, por lo menos para aquella época: la asamblea pública de la tarde del domingo.

Pública, sí: con puertas abiertas a todo el que quiera entrar, y con carácter de proselitismo, tal y como lo dice el reglamento.

El orden del día de estas reuniones es muy variado y no faltan analogías con las sesiones del Oratorio de San Felipe Neri: cantos, charla del secretario sobre el santo de la semana, y luego, el número fuerte, un largo discurso, especie de conferencia apologética, muy a menudo en forma de controversia entre dos o más oradores jóvenes.

Inútil advertir que todos y todo se ha preparado cuidadosamente y que el director lo ha examinado y aprobado de antemano.

Gran número de estas conferencias se han conservado: son de corte muy moderno; apenas, de vez en cuando, algún toque prerromántico.

Los asuntos se refieren a la actualidad de entonces, sobre todo a fijar ideas y principios de conducta. Nada de discusiones por las nubes: bien se vio esto el día en que se promovió el debate sobre los espectáculos públicos, y una compañía de teatro que actuaba de paso en el Principal de Burdeos tuvo que cerrar sus puertas y largarse.

La asamblea se cerraba con una exhortación del director, y, muchas veces, con la bendición del arzobispo en persona.

Esto era ya una actividad apostólica, tal vez la más sonada; pero no representaba sino una pequeña parte de lo emprendido. Otros muchos trabajos se orientaban, sea a los mismos congregantes, sea al pueblo de Burdeos. Así, por ejemplo: un congregante estaba encargado de los "postulantes". Todos debían ser "instruidos a fondo

en las verdades de la religión”, lo que constituía el primer deber que prescribía el reglamento. Se tendía a ello por dos medios:

1.º por conferencias religiosas, unas veces dadas por el director o por otros sacerdotes congregantes y otras veces por algún congregante, ya experto en este género de apostolado; incluso se establecieron muy pronto cursos regulares de instrucción religiosa;

2.º la lectura de obras doctrinales o ascéticas, lo que promovió la creación de una biblioteca y de una sala de lectura.

Precisamente, uno de los deberes de los jefes de sección era el de velar sobre las lecturas de sus congregantes.

Otros congregantes atendían a los cursos de enseñanza profana que se establecieron: lectura, canto, matemáticas, geografía, contabilidad, comercio.

Otros se encargaban de organizar paseos y juegos para los más jóvenes.

La organización de una bolsa de empleo corrió, naturalmente, a cargo de los padres de familia.

Se creó una caja de socorro para casos de enfermedad. Si un congregante enfermo se encontraba solo, siempre había otro congregante que le visitaba y le cuidaba. Si otro congregante se hallaba deprimido, siempre había otro más animoso que recibía la comisión de reanimarle.

En cuanto a actividades exteriores, o propiamente dichas, eran numerosas y variadas: catequesis, preparación de niños y jóvenes a la primera comunión; obras de “patronatos”; obra de los pequeños deshollinadores de Auvernia; obra de colocación de aprendices; obra de los Buenos Libros.

Además, la tradicional visita a los pobres, a los enfermos, a los presos; reservada ésta para los padres de familia.

Se fundó, incluso, un sindicato, o, como entonces (1806) se decía, una corporación de panaderos. Con conocimiento de causa decía, más tarde, el cardenal Donnet (arzobispo de Burdeos): “Si nos remontamos al origen de todas nuestras obras (actuales), en cabeza de todas ellas encontramos inscrito el nombre del P. Chaminade”.

Estas palabras van a cobrar su pleno sentido cuando expongamos todo lo que sigue, a propósito de la renovación religiosa, obrada por la Congregación de Burdeos, en la ciudad y más allá, en la región del Suroeste.

Pero, por encima de todas estas instituciones, el P. Chaminade conservaba -radiante de luz- la visión de Zaragoza.

Ya la "milicia de María" existía y trabajaba a las órdenes de su Reina; ¿cuándo surgiría aquel grupo de hombres y mujeres consagrados, claramente entrevistados, y que decía constituir la culminación de su misión de padre?

En la esperanza no se impacientaba. ¿No estaba ya viendo brotar en el seno de sus obras esas élites necesarias para la recristianización del país?

En el mismo Burdeos, los conventos de mujeres fueron los primeros en reconstituirse, y ello, gracias al aporte de sus hijas de la Congregación: Orfanato de la Providencia, Reunión del Sagrado Corazón, Hijas del Sagrado Corazón...

Pero ¿a qué esperaba la señorita de Lamourous, alma elegida? ¿No se sentía, ella, la privilegiada de la gracia, llamada a realizar los proyectos de su Padre espiritual? El P. Chaminade así lo creía, ya desde Zaragoza, cuando le escribía: "Nuestros cuerpos se gastan y todavía no hemos hecho nada. Es cuestión de comenzar ya resueltamente y de hacer algo por la gloria de Jesucristo, nuestro buen Maestro. Piense en ello y yo también lo pensaré."

Pues bien, desde los primeros días de su vuelta a Burdeos, recibió el P. Chaminade a cierta persona, que venía, precisamente, a pedirle a la señorita de Lamourous para fundar con ella una obra para "arrepentidas".

La primera respuesta del Padre fue: "que como tenía destinada a la señorita de Lamourous para otra obra, rogaba a la señorita Pichon que no pensase más en ella".

Sin embargo, después de reflexionar, dejó libre a la señorita de Lamourous para que decidiese por sí misma. Pero María Teresa había prometido, como anteriormente su Padre espiritual, no rehusar a Dios nada de lo que le pidiera. Y así, a pesar de su repugnancia, se

convirtió en Fundadora de la obra de la Misericordia. Inmediatamente el P. Chaminade le prestó la colaboración más activa. La Congregación de señoritas le proporcionó también auxiliares para la Fundación y, en retorno, la Fundadora siguió todavía mucho tiempo al frente de la Congregación.

Otro tanto ocurrió en la restauración de antiguas Ordenes femeninas: Ursulinas, Hijas de la Caridad, Carmelitas, se reclutaron en grupos animados por el P. Chaminade.

Entre los hombres, ya hemos visto que los congregantes colaboraban con los sacerdotes Rauzan y Lacroix en la preparación de los primeros comulgantes.

También hemos anotado la existencia en la Madeleine de uno de los primeros patronatos para jóvenes de 12 a 16 años.

Pero la obra esencial, la obra de las escuelas cristianas, estaba por crear. El P. Chaminade se fijó en dos de los congregantes más antiguos de entre sus jóvenes, que le parecieron de ánimo suficiente para dedicarse al servicio de los hijos del pueblo. Les dio unos retiros y les propuso la Regla de San Juan Bautista de la Salle. Luego, sin demora, se abrió una escuela gratuita, que en seguida tuvo afluencia de alumnos.

La situación se mantuvo así hasta 1806, año en el que se reorganizó el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El P. Chaminade pidió auxilio a su Superior General, el Hermano Frumencio, quien envió a dos hermanos para unirse a los dos congregantes. Estos tomaron el alzacuello blanco y el manteo de falsas mangas, y el P. Chaminade fue nombrado por monseñor d'Aviau, superior eclesiástico de la nueva comunidad. En vista de que la obra prometía adquirir desarrollo, el mismo P. Chaminade ofreció su propiedad de San Lorenzo para noviciado, y el Hermano Frumencio lo aceptó agradecido. De modo parecido, la Congregación de Burdeos proporcionó al arzobispo para el gran seminario de la diócesis, reconstituido en 1804, todo el personal: superiores y seminaristas.

Así, pues, el P. Chaminade, que había rehusado: todo título, salvo el de "misionero apostólico" -solicitado por él del Santo Padre-, se nos aparece a principios del siglo XIX, como el tipo de sacerdote moderno, con sus rasgos característicos: un hombre agobiado de trabajo hasta el agotamiento inclusive, pero totalmente penetrado de espíritu sobrenatural; siempre endeudado, aunque se le crea hombre de negocios y rico a no pedir más; combatido y criticado por quienes más obligados estaban de ayudarle; a menudo rodeado de gentes bien intencionadas, pero cuyas diferencias entorpecen su obra y, sin embargo, echan todas las culpas sobre su superior; sobre todo, un hombre que confía en sólo Dios y llega a sus fines contra viento y marea, en alas del ardor de su celo y de la firmeza de su fe. A causa de esta intensidad de vida, apenas podía el P. Chaminade prestar atención a los acontecimientos políticos.

Estos iban tomando un cariz inquietante: fue la ocupación de Roma por las tropas francesas (febrero de 1808); fue la anexión de los Estados Pontificios y el rapto de Pío VII (junio de 1809); luego, la excomunión contra el emperador; los esfuerzos del excomulgado por impedir la difusión de la censura pontificia; la divulgación de la bula de excomunión por los congregantes de París; el furor de Napoleón contra "la Congregación" .

Ahora bien, resultó que uno de los congregantes de Burdeos y no de los menos relevantes -un antiguo prefecto, nada menos- estaba comprometido en este asunto de la divulgación y fue arrestado.

La investigación oficial "sobre los manejos de la Congregación" demostró que la de Burdeos trabajaba a la vista de todo el mundo y no conspiraba contra nadie. Por eso se la dejó en paz.

Pero Napoleón, exasperado por la resistencia del Pontífice, decretó en septiembre, por medio del ministro Fouché, la supresión de todas las Asociaciones religiosas.

La morada del P. Chaminade fue registrada y, a solicitud del comisario general de policía, su propietario redactó un curioso pliego de descargos. Mientras tanto, las reuniones de la Congregación continuaban: Hasta que una orden tajante de París acabó con toda concesión.

Hubo que doblegarse ante la tormenta. Los congregantes continuaban viéndose y por medio de los dignatarios se mantenía el fuego. Incluso se hicieron algunas recepciones de candidatos en secreto. En 1812, nuevo estallido, también por causa de Lafon, que estaba comprometido en el golpe de Estado del general Malet. Esta vez, y sólo porque Lafon había pertenecido a la Congregación de Burdeos, el P. Chaminade fue detenido y encarcelado, aunque se le puso en libertad casi en seguida, en vista de que los nuevos registros no dieron ningún cargo contra él.

Se llega así a 1814. Burdeos abre sus puertas al duque de Angulema y aclama a los Borbones; un mes después abdica Napoleón. Los congregantes para quienes Napoleón figuraba como "el tirano" no fueron los últimos en proclamar su júbilo. Desde el 30 de abril la Congregación está reconstituida y firma la "Convención de los jóvenes de Burdeos", manifiesto de su fe y de su espíritu apostólico. Nueva interrupción durante los Cien Días, pero la obra se reanuda a más y mejor.

Siguen los mejores años de la Congregación. Fueron los años en que crean filiales, un poco por todas partes en el Suroeste: Agen, Villeneuve-sur-Lot, Condom, Port-Sainte-Marie, Nérac, Lectoure, Marmande; Auch, Pau, Tarbes, Bareges, Coarrazze, etc.

Es también la hora querida por Dios para la culminación del vasto programa por Él confiado a su fiel servidor.

6.

Multiplicar los cristianos

Los Marianistas 1816-1818.

Todas estas manifestaciones de vida cristiana revelaban una vitalidad profunda. Ya desde los primeros años de la Congregación parece que se dieron intentos de vida religiosa en el seno de la misma. Varias notas autógrafas del director nos revelan su preocupación y sus proyectos sobre esto. "Los congregantes, cualquiera que sea su edad y su sexo, nos dice una de ellas, pueden ser conducidos a la más alta

perfección por la práctica de los consejos evangélicos. Podrían darse en esto diversos grados, que sólo el director conocería: él llevaría buena cuenta de todo. Pocas prácticas en común; sólo raras veces, reuniones que los distingan del conjunto de los demás congregantes.”

Otra nota anuncia: “Estado religioso, abrazado por jóvenes cristianos que viven dispersos en la sociedad: Aunque vivan mezclados en la sociedad, estos jóvenes tienen conciencia de haber abrazado un verdadero estado de vida, en orden a la religión y a la salvación, puesto que deben, efectivamente, santificar todas las acciones y pasos de su vida.

Su acto de consagración a la Santísima Virgen es como su acto de profesión. Su espíritu es una participación del espíritu apostólico. Su fin principal e inmediato es la santificación de las almas, o la multiplicación de los cristianos. Sus medios son la dirección, la unión, el buen ejemplo, la instrucción, la devoción a la Santísima Virgen, las prácticas en común y los sacrificios.”

Da luego el detalle de las prácticas comunes:

1. “Reunión cada ocho días, en la que se recitará el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción y se tendrá una pequeña instrucción o lectura espiritual.

2. Rezo en particular del mismo Oficio, todos los días.

3. Renovación de su intención cada mañana, para poner en común todos sus actos del día.

4. A las tres de la tarde de cada día, reunión en espíritu en el Corazón de María, traspasado por una espada de dolor.

5. Cada miembro tendrá su reglamento personal y propio de vida.

6. Cada mes una comunión general, a poder ser, todos juntos.”

Este proyecto que estaba en marcha desde antes de 1809 resultó más bien favorecido por las medidas napoleónicas, ya que éstas impulsarán a los más generosos a reagruparse.

La Congregación de señoritas se puso en cabeza de este movimiento. Un documento claro de 1812 atestigua que varias de las

congregantes pronunciaron votos de castidad y obediencia por tres meses, comprometiéndose, además, «a velar especialmente por las jóvenes, tal como es costumbre en la Congregación».

En 1814, la mayor parte de las dignatarias han hecho ya votos, y varias de ellas solicitan comprometerse de por vida, e incluso vivir en comunidad. Las que expresaban tales aspiraciones no eran sólo de Burdeos; también de las congregaciones afiliadas llegaban instancias parecidas.

Una de estas peticiones merece retener nuestra atención: se llega con ella a uno de los momentos decisivos de esta historia.

Desde 1808 estaba el P. Chaminade en correspondencia con una señorita del Departamento Lot-et-Garonne, Adela de Batz de Trenquelléon. Nacida en una de las más ilustres familias de Gascuña, esta señorita, de corazón ardiente y generoso, había creado una asociación de piedad, cuyos miembros, alrededor de sesenta, vivían diseminados por los alrededores de Agen y hasta en el Gers. Se había puesto en relación con el P. Chaminade por intermedio de Jacinto Laffon, el conspirador, quien le había hablado con entusiasmo de la Congregación de Burdeos, instándole a que se afiliara. De ahí se originó una correspondencia entre ella y su director, en la que vemos cómo estas dos almas, igualmente prendadas por el amor de Dios y la salvación de las almas, se orientan por la moción del Espíritu, no ya sólo hacia la vida religiosa, a la que siempre había aspirado Adela de Trenquelléon, sino hacia una auténtica fundación.

El P. Chaminade le escribe el 8 de octubre de 1814 una de las cartas más significativas: "Voy a descubrirle mi secreto todo entero. Hace catorce años, regresaba yo a Francia con la calidad de Misionero Apostólico para toda nuestra desventurada patria, bajo autorización de los ordinarios del lugar correspondiente: creí que no podía cumplir mejor esas funciones que estableciendo una Congregación tal como la que existe.

-Cada congregante, sea cual sea su sexo, su edad o su condición, debe convertirse en miembro activo de la Misión.

Varios congregantes, de cada sección de la Congregación, formarían una pequeña sociedad religiosa, aunque dispersa en medio

del mundo; en estas sociedades encontraríamos siempre oficiales, oficialas, capaces de llevar la Congregación.

Varios de estos religiosos o religiosas han deseado vivir juntos; en ello sólo habría ventajas para el fin perseguido.

Actualmente, varias de ellas querrían vivir en comunidad regular, abandonando toda ocupación en lo temporal; debe seguirse esta inspiración, teniendo únicamente cuidado de que con ello no se desvirtúe la obra de la Congregación, sino que, al contrario, salga con ello favorecida.

Otras varias congregantes han entrado en diferentes Ordenes religiosas: lo hemos visto con gozo.

Cuando las dignatarias me lo comunicaban con cierto deje de pesar, yo les contestaba, para consolarlas, que estábamos jugando a "quien pierde, gana". "Pero ahora se trata de otra cosa muy distinta: se trata de religiosas congregantes, o mejor, de congregantes, que sin dejar de ser congregantes en activo quieren vivir regularmente como religiosas."

Sobrevino el paréntesis de los Cien Días. Una vez cerrado ese paréntesis, llegaba a Agen otra carta todavía más explícita.

"Desea usted tener una visión de conjunto de lo que deberá ser su modesta Orden: es muy justo.

Para que pueda formarse una idea, debe, ante todo, considerar lo que deben tener en común con las religiosas de cualquier Orden - porque serán ustedes realmente religiosas; en segundo lugar, considerar lo que deben tener de singular, lo que las distinga de cualquiera otra Orden.

"Serán ustedes realmente religiosas, puesto que harán los votos llamados de religión y tendrán que practicar las virtudes que les habrán movido a hacer esos votos y serán el sostén de ellos. María, la augusta Madre de Jesús, debe ser su modelo, como es también la patrona.

"De ahí los ejercicios o prácticas más esenciales de la vida religiosa.

“En cuanto a lo que las debe distinguir de las demás Órdenes, es el celo por la salvación de las almas: es preciso hacer conocer los principios de la religión y de la virtud; hay que multiplicar los cristianos.

“No tendrán, en modo alguno, que dar clase a los niños; ni que visitar y cuidar enfermos; ni que tener pensionistas: dejen estas obras, por muy excelentes que sean, a las otras corporaciones más antiguas que ustedes.

“¿Qué haremos, pues? Tendrán que instruir en la religión; formar en la virtud a jóvenes de todo estado y de toda condición; hacer de ellas verdaderas congregantes; organizar asambleas, sea generales, sea de fracción, sea de sección; hacer ejercicios o pequeños retiros a las jóvenes; dirigirlas en la elección de un estado de vida, etc. Su comunidad se compondrá toda ella de religiosas misioneras.”

En junio de 1816 quedaba fundado el Instituto de Hijas de María Inmaculada: primera etapa en la realización de una “inspiración” que preveía también una Congregación religiosa de hombres.

Aun cuando dediquemos en este libro menos atención a la historia de las Hijas de María, hemos de decir, en honor de la verdad histórica, como también lo escribirá la madre Adela de Trenquelléon, que la Compañía de María es “la rama masculina” de la Orden que oficialmente nació el 25 de mayo de 1816.

En ese mismo año de 1816, quince congregantes generosos de la Sección de los jóvenes se decidieron, también ellos, a vivir como religiosos en medio del mundo.

Figuran entre ello varios nombres que encontraremos repetidamente más tarde: Bidon, Cantau, Lalanne, Collineau, Auguste, Clouzet, Daguzan.

La muy diversa situación de estos jóvenes confirma el principio de igualdad y de fraternidad cristianas en que se inspiraba la Congregación de Burdeos.

Dos de ellos, Bidon (treinta y ocho años) y Cantau (veinticinco años) eran obreros toneleros. Lalanne (veintiún años), postulante de la Congregación desde 1809, después de estudiar cirugía se había ido a París para completar, en la Institución Liautard (el futuro Colegio

Stanislas), su instrucción científica, y de allí se había vuelto a Burdeos decidido a hacerse sacerdote; entre tanto era profesor en la Institución de monsieur Estebenet.

Collineau (veinte años) se preparaba también para entrar en el seminario. Auguste Brougnon-Perriere (veintisiete años), natural de Figeac, también era profesor en el Instituto Estebenet; Clouzet y Daguzan (veintiocho años) trabajaban en el comercio. El día de la Pascua de 1816, estos quince hombres habían contraído el compromiso siguiente: "En el nombre de la Santísima Trinidad, por la mayor gloria de Dios y bajo la protección de la augusta Virgen María Inmaculada, "Nosotros, hermanos en Jesucristo, deseosos de concertar nuestros esfuerzos para concurrir todos juntos a nuestra santificación y a la multiplicación de los servidores de nuestro bueno y soberano Maestro, hemos convenido entre nosotros en lo siguiente: Nos sometemos a un reglamento de vida, cada cual según sus propias necesidades, pero que comprenderá estos cuatro puntos comunes:

- 1.º Comunión cada quince días;
- 2.º Meditación todos los días;
- 3.º Examen de previsión cada mañana;
- 4.º Examen de conciencia cada noche.

"Cada uno de nosotros toma a su cargo el formar a un alumno en el espíritu de un verdadero cristianismo.

"Sometemos nuestro reglamento de vida, la dirección de nuestro alumno y las otras obras de celo que podamos hacer, a nuestro común director; y hacemos en su mano voto de obediencia, por tres meses aproximadamente, en lo que se refiere a estas cosas. Así lo acordamos en el santo día de Pascua, año 1816."

El resto de este año de 1816 lo empleó el P. Chaminade en consolidar el Instituto de Hijas de María.

En los primeros meses de 1817 debía darse en Burdeos una gran misión. Monseñor d'Aviau quiso prepararla, haciéndola preceder de un ciclo de conferencias, encomendadas al abate Frayssinous; su éxito fue un buen augurio.

Los misioneros llegaron al fin de la Cuaresma; pertenecían a la joven Sociedad de Misioneros de Francia, célebre ya por su apostolado y, sobre todo, por el dinamismo de su fundador, el abate Rauzan, antiguo vicario general de monseñor d'Aviau y congregante y amigo del P. Chaminade.

La misión duró cinco semanas y obtuvo resultados extraordinarios.

Los más profundos de estos resultados han permanecido invisibles; pero los historiadores han recogido esta manifestación de fe colectiva: el día de la clausura, mil doscientos guardias nacionales llevaron en procesión una gigantesca cruz, que después se erigió en el presbiterio de la iglesia metropolitana. Fue el domingo 27 de abril.

El jueves siguiente, primero de mayo, "día grandemente memorable", dirá más tarde el Fundador, el joven abate Juan Bautista Lalanne, llamaba a la puerta del P. Chaminade.

Ya sabemos para qué, y lo que en ese día ocurrió lo hemos contado ya en el primer capítulo. Al salir de la entrevista, el abate Lalanne se fue a buscar a su amigo el abate Collineau, que aceptó en seguida el proyecto de la nueva Orden religiosa.

Monsieur Brougnon-Perriere, a quien familiarmente llamaban monsieur Auguste, colega de Lalanne en el pensionado, fue igualmente conquistado. Los dos comerciantes, Clouzet y Daguzan, dieron también su asentimiento. Ya hemos dicho que todos estos jóvenes vivían como religiosos en el mundo; pero se daban cuenta de la dificultad práctica de realizar así su ideal: hacía falta la vida regular de una comunidad. Según le era habitual, el P. Chaminade no se apresuró. Quería probar la constancia de sus bordeleses y se limitó a mantenerlos en el aire durante todo el verano.

A fines de septiembre se convino hacer un retiro. Los resúmenes de este primer retiro se han conservado hasta hoy. El fundador insistió en él en dos puntos: el espíritu de fe y la alianza con María.

El momento era decisivo. En el día de la clausura los cinco jóvenes declararon su voluntad de "Consagrarse a Dios y a María por los votos de religión". Era el 2 de octubre de 1817, festividad de los

Santos Angeles Custodios, día considerado, desde entonces, en la Compañía de María, como día aniversario de la fundación.

Poco más tarde, se juntaron a estos cinco primeros elegidos, los dos toneleros Bidon y Cantau. Monsieur Auguste fue encargado de hallar un local y el abate Lalanne de redactar un reglamento provisional.

No lejos de la Madeleine, al fondo de la calle de Ségur, se alquilaba una casita, con un jardincillo delante. Allí fue la cuna de la Compañía de María. El 24 de noviembre, el P. Chaminade la bendijo; al día siguiente tomó posesión de ella monsieur Auguste, y los demás se trasladaron a ella a medida que se iban deshaciendo de otros compromisos. El 11 de diciembre, en la sacristía de la Madeleine, pronunciaron sus primeros votos en forma privada. Una estampa antigua los muestra arrodillados en torno al P. Chaminade. Las largas levitas de la época cubren, a modo de sotana, las piernas de los nuevos profesos.

El primer año debía ser de probación. Los nuevos religiosos conservaban sus funciones u oficios anteriores: los señores Auguste, Lalanne y Collineau, seguían dando clases con monsieur Estebenet; Clouzet y Daguzan acudían a sus comercios; Bidon y Cantau a su tonelería. Desde luego, claro está, todos continuaban ocupándose de la Congregación y de sus obras.

El señor Collineau era prefecto aquel año y el Padre Chaminade le encargó de levantar una obra que estaba decaída, la de los "pequeños auverneses" limpiachimeneas.

Designó también a monsieur Auguste para el cargo de director de la pequeña comunidad. El señor Cantau dejó muy pronto su oficio de tonelero para encargarse de la cocina, como cocinero improvisado de la nueva comunidad.

El Fundador creyó de su deber mantener su residencia junto a la Madeleine, donde le retenían su función de capellán y sus múltiples atenciones ministeriales. Pero acudía con mucha frecuencia a la calle Ségur y se preocupaba con extrema diligencia de formar a sus hijos en la vida religiosa.

La fisonomía de esta primera comunidad marianista era verdaderamente poco corriente. El P. Lalanne se ha esforzado en hacerla revivir en varios escritos.

“Se alquiló una casita con jardín, al fondo de una calle sin salida, y los siete amigos se retiraron allí para prepararse, por el estudio y la oración, a las obras que la Providencia divina les deparase.

No se adoptó ningún hábito. Incluso se acordó que se evitaría todo cuanto pudiera atraer la atención por una particularidad cualquiera. Se evitarían las denominaciones de padre, hermano, de superior: el único apelativo era *señor*.

Querían diferenciarse del mundo únicamente por la abnegación religiosa. Solamente se adoptó como señal de alianza y de unión un anillo de oro. Tanto y tan bien se sentía la necesidad de no parecer en manera alguna religiosos, que en todas las ceremonias públicas, en las distribuciones de premios, en las procesiones, los laicos se ponían traje negro y corbata blanca. Las costumbres de los sujetos y su manera de ser respondían a esta forma quasi-mundana. Modestos, sencillos, naturales, no adoptaban aires hoscos tristes, nada de esos exteriores solemnes, que en otro tiempo caracterizaban a las personas de órdenes monásticas; sino que una suave alegría, la afabilidad y la desenvoltura en los modales, hacían sus personas simpáticas y agradables a cuantos los trataban.”

Mientras tanto, el Fundador trabajaba en la elaboración de las Constituciones de la pequeña Compañía.

El 27 de agosto de 1818 ya presentaba un boceto de ellas a monseñor d'Aviau y solicitaba su bendición para el retiro que iba a empezar, y en el cual, según expresión suya, debía «ser echado el fundamento solemne” de la nueva familia religiosa.

Este retiro tuvo lugar en San Lorenzo, del 31 de agosto al 5 de septiembre.

Además de los siete religiosos había otros ocho ejercitantes: monsieur Lapause, recibido a título de afiliado en vista de su mucha edad; monsieur David Monier, antiguo abogado, a quien el P. Chaminade había tomado como secretario; cuatro nuevos aspirantes que procedían de la Congregación y dos sacerdotes de la diócesis de

Agen, que su obispo, monseñor Jacoupy, enviaba para que empezasen a formarse para las obras apostólicas bajo la dirección del Fundador.

El retiro se centró sobre la vida religiosa. Las instrucciones versaban sobre la vocación a la vida perfecta para la gloria de Dios, honor de María y salvación de las almas.

El 5 de septiembre, día de la clausura, los señores Lalanne, Auguste, Daguzan, Cantau y Bidon emitieron: sus votos perpetuos; los demás hicieron votos por tres años, salvo los cuatro aspirantes, que debían comenzar su noviciado.

Monseñor d'Aviau "bendijo de su mano y recibió al ósculo de paz" a los nuevos religiosos.

El P. Chaminade, en carta a monseñor Jacoupy, que envió por los dos sacerdotes de la diócesis de Agen, expresaba así su alegría:

"Este retiro se ha realizado en la soledad, con un fervor que los hombres no pueden imaginar. Esta juventud sólo respira el espíritu de las cosas santas. ¡De aquí saldrán obreros!"

En espera de las Constituciones definitivas, se hizo una adaptación de la Regla de las Hijas de María, bajo el nombre de Instituto de María.

En ella se distinguían tres clases de profesos: los sacerdotes, los laicos y los "asistentes" todos religiosos con el mismo título, que unían sus esfuerzos para lograr un mismo fin: el apostolado.

Nada de hábito especial: los sacerdotes llevaban el hábito clerical; los laicos el traje de la época. Como señal de su profesión se adoptó el anillo de oro, que debía recordar al religioso la alianza que había contraído con Dios y con María.

El P. Chaminade estimó que debía informar sin demora a la Santa Sede de la obra que acababa de emprender y solicitar una primera bendición. En una súplica fechada a 18 de enero de 1819, presenta al Papa "dos asociaciones nacidas en el seno de la Congregación", una en Agen de jóvenes vírgenes "que se han consagrado a la propagación de la fe, al mismo tiempo que han emitido sus votos de religión" y que han tonado el nombre de Hijas de María. "La asociación de Burdeos está constituida por varones. que, en el mismo espíritu de las Hijas de

María, y bajo los mismos votos, han emprendido la misma tarea, con las escasas diferencias que la diversidad de sexos exige.”

Mencionaba el favorable parecer del arzobispo de Burdeos y pedía, para la “asociación de hombres de Burdeos, colocada bajo el título de Hijos de la Bienaventurada Virgen María”, una indulgencia plenaria con ocasión de la profesión, la renovación de los votos y en el artículo de la muerte, así como algunos otros favores.

Pío VII respondió por un Breve de gran benevolencia, por el cual concedía a los “cohermanos de la piadosa Reunión designada bajo el nombre de Hijos de la Bienaventurada Virgen María” los favores solicitados e incluso algunos más añadidos. La pequeña Sociedad recibió con júbilo y agradecimiento el precioso estímulo del Vicario de Cristo.

En aquel momento preciso, llegaba la Sociedad a un primer recodo de su joven existencia. En fin de cuentas, ¿qué era y qué quería ser?

Ante todo y muy claramente, una Orden religiosa. Ahora bien, los fundadores de los últimos siglos habían evitado con cuidado este término de Orden. Por respeto hacia la antigua institución monástica, hacia esos “regulares” que por el hecho de una tradición secular más que por efecto de una definición excluyente, habían, diríamos, monopolizado la vida religiosa; ya no se hablaba más que de “asociarse” con miras a una obra bien definida: reforma del clero, asistencia a los pobres, orfelinatos, escuelas primarias, etc. Pero el P. Chaminade sí quiere crear una Orden, en todo el rigor del término: quiere la vida religiosa, tan total como sea posible. En este punto, su pensamiento no ha cambiado desde Zaragoza.

La Revolución, que ha sacudido fuertemente la Iglesia, ha forzado un proceso de revisión de la existencia misma de la vida religiosa. ¿No fueron abolidos los votos de religión? De hecho, la “Orden religiosa no existe ya en Francia, y ni Bonaparte, ni la Restauración han pensado en restablecerla.

¿Podrá, siquiera, renacer tal como era en el antiguo régimen? ¡Tantos prejuicios la han hecho impopular! Entonces, ¿cómo hacerla revivir? ¿Se pondrá el vino nuevo en odres viejos? ¡El vino nuevo necesita odres nuevos!

Ese vino nuevo no es otra cosa que el Evangelio, demasiado olvidado por la sociedad antigua y del que la sociedad nueva querría prescindir. Pero esto es, precisamente, lo que no se puede consentir.

Preciso será, por consiguiente, entranarse audazmente en esa sociedad salida de la Revolución y rehacer en ella la prueba, de lo que no se cree ya posible: vivir el Evangelio, con todas sus exigencias, en la misma entraña del mundo. Con esa finalidad, se sacrificará todo hábito monástico. Con doble motivo. Por prudencia; para no desencadenar la hostilidad o la malevolencia; por afán apostólico: para alcanzar más fácilmente todos los ambientes y para mejor ganar a todos para Cristo. Despidámonos, pues, de las vistosas hopalandas blancas y de las cogullas gris-ceniza. Tendremos que endosarnos las nada elegantes levitas del siglo.

Amoldarse al gusto decadente no es, aquí, sino recoger la lección evangélica: Jesús y sus apóstoles vistieron como los hombres de su tiempo y de su país y conquistaron el mundo antiguo para el reino de Dios.

Con la ayuda de la gracia, los primeros marianistas emplean el mismo método para evangelizar una sociedad "que se descarría en su casi totalidad".

Adiós también a las grandiosas y plácidas liturgias, entreveradas con apacibles trabajos manuales o intelectuales. Esos son trabajos de tiempos de paz. En tiempos de guerra -otra "Compañía" lo ha comprendido ya así-, todo, en la vida de los combatientes, debe estar minuciosamente regulado, con vistas a utilizar las menores parcelas de un tiempo doblemente precioso cuando se trata de ganar batallas decisivas.

Pero, ¿cómo vivir así en medio del mundo, sin hábito, sin existencia legal, casi sin ninguna defensa exterior? ¿No será esto una de esas quimeras destinadas a derrumbarse al primer choque con la dura realidad?

El P. Chaminade ha comprendido todo el riesgo que entraña la aventura en que ha metido a sus hijos. El ejemplo de la Iglesia primitiva le tranquiliza.

El éxito de los primeros apóstoles del Evangelio fue el fruto de su perfecta unión al entregarse al trabajo todos juntos, apóstoles y discípulos, sin preocupaciones de casta ni de protocolo.

Asimismo, en la evangelización del mundo de hoy la estrecha cooperación de sacerdotes y de laicos se impone, y la fuerza de esta unión les permitirá afrontar y superar los peligros de su audaz empresa.

La experiencia realizada en el seno de la Congregación se reveló bienhechora y saludable, desde el doble punto de vista de su posibilidad y de su eficacia. Es preciso hacerla todavía más eficiente en la constitución misma de la nueva Orden religiosa.

Salvando siempre la dignidad del ministerio sacerdotal, sacerdotes y hermanos trabajarán juntos en su santificación Y en la salvación de las almas. Hasta los mismos sirvientes tendrán su participación en la obra común. "Pienso, decía San Vicente de Paúl, que las perturbaciones que se producen en las órdenes por causa de los hermanos legos proviene de que se les trata como a muy inferiores."

La fundación del P. Chaminade no los considerará ni demasiado bajos, ni demasiado altos; los pondrá al mismo nivel que a los demás. Todos servirán bajo la misma enseña de la Inmaculada, a quien todos han dedicado su vida.

De ese modo, la nueva Sociedad religiosa se mostraba, a la vez, tradicional y muy moderna.

En la sencillez de su fe, avanzaba como David, aliviado de la armadura antigua, hacia el Goliath de los tiempos modernos, que no era otro que el que un libro de aquel año de 1817 acababa de estigmatizar con éxito resonante: *La indiferencia en materia de religión*.

7.

¿Qué “empeño” dar a los religiosos?

La educación de la fe.

Primeras obras, 1819-1821.

“Se preguntaban las gentes, cuenta el P. Lalanne, a qué se iban a dedicar aquellos jóvenes. Nadie lo sabía; tampoco lo sabían ellos mismos de una manera cierta; estaban a disposición de la Providencia.”

Todos estaban decididos a hacer conocer y amar a Jesucristo, Pero los métodos que habían de emplear para lograrlo nadie lo sabía,

Ese mismo problema se había ya planteado en Agen para las Hijas de María, y la respuesta, muy clara, había sido formulada por el Fundador.

Una vez instalada la pequeña comunidad se había apresurado a enviarle unas Constituciones compendiadas, redactadas en 48 artículos.

A los tres votos ordinarios y al voto de clausura se añadía el voto de “enseñanza de la fe y de las costumbres cristianas”.

El P. Chaminade entendía por esto: “Instruir a la juventud y a cualquier persona que lo necesite en la doctrina y en las prácticas de la Iglesia católica.”

Como medios señalaba, en primer lugar, las Congregaciones; luego, la catequesis, las conferencias (les instructions = charlas, pláticas), los retiros; y estas obras debían extenderse no sólo a los jóvenes, sino a todas las edades y a todas las condiciones.

La Madre Trenquelleón se dio a ese trabajo con todo ardor comunicativo, de modo que la Congregación de Agen alcanzó, en poco tiempo, un incremento considerable. Pero el pueblo de Agen no estaba satisfecho: se esperaba que las nuevas religiosas abriesen una escuela. La necesidad se hacía sentir. El obispo compartía el parecer del pueblo. En Agen, como en el resto de Francia, era una realidad, lo

que decía el vizconde de Bonald: "Francia está hambrienta de educación religiosa".

Consultado el P. Chaminade, éste respondió así el 18 de noviembre de 1816: "Puesto que Monseñor el Obispo vacila tanto en darles la aprobación que nos es necesaria para continuar de manera normal nuestra instalación, vayan abriendo, no muy ostensiblemente, sin embargo, una primera escuela (clase). No se apresuren. Que los niños estén realmente bien atendidos, que la obra se haga sin ostentación."

Estas recomendaciones demuestran la prudencia de quien no quiere comprometerse a la ligera.

"No hay que querer hacer mayor bien que el que Dios permite y quiere", decía.

Pues bien, la clase gratuita fue muy pronto bastante numerosa para ocupar a dos religiosas.

Cuando, poco después, la comunidad de Agen enjambró en Tonneins, también allí hubo que consentir en abrir una escuela gratuita.

En Burdeos se daban, poco más o menos, las mismas circunstancias, sea de parte de los nuevos religiosos, sea por parte de las obras. El único religioso de vocación para la enseñanza era Monsieur Auguste, pues los señores Lalanne y Collineau, aspirantes al sacerdocio, se sentían atraídos, más bien, por la predicación. Por otro lado, la enseñanza primaria estaba en manos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a quienes el P. Chaminade había reintroducido en Burdeos.

Los Jesuitas, a su vez, también se reinstalaban y acababan de encomendarles el seminario menor. Sólo quedaba por atender la clase media, a la que, precisamente, pertenecían nuestros jóvenes religiosos y de la que, mejor que nadie, conocían necesidades y aspiraciones.

¿No estaría llamada la pequeña Compañía al apostolado en este medio? Desde luego lo alcanzaba ya por la Congregación; pero la Congregación misma, al organizarse mejor, exigía cada vez mejor formación previa de sus "postulantes". Con esta finalidad se había creado una sección para niños de doce a dieciséis años que, en poco

tiempo, se había hecho muy numerosa. Entre éstos, muchos de ellos sin aspirar a una formación secundaria, estaban deseando y eran capaces de aprovechar una instrucción más avanzada que las de las clases primarias. Así razonaban los señores Lalanne y Collineau, fuertemente apoyados por la elocuencia de Monsieur David Monier, que gozaba de la estimación del Padre Chaminade.

Sin embargo, el Fundador no estaba todavía del todo convencido. Temía hacer una salida en falso y no quería especializar demasiado pronto a la Compañía recién nacida. Hombre de fe, esperaba, sobre todo, indicaciones más seguras de la Providencia.

Entretanto, la pequeña Compañía no cabía ya en el estrecho local de la calle Ségur. Monsieur Estebenet, el director del pensionado en el que trabajaban los señores Auguste y Lalanne, les indicó una casa vacía, en la calle Menuts, junto a la que él mismo estaba a punto de abandonar por trasladar su institución a otra zona de la ciudad.

El P. Chaminade aceptó la oferta, y en noviembre de 1818 la pequeña Comunidad se trasladó por completo a la calle Des Menuts, pues el nuevo inmueble parecía conveniente para abrir una casa de educación.

Transcurría aquel maravilloso otoño de 1818, en el que los parques de Burdeos se llenaban de flores, como si fuese primavera. En aquellos mismos días en que cantaba Béranger: "Hombres negros, ¿de dónde salís?".

Monsieur Auguste solicitó de las autoridades el permiso de apertura de un centro de educación secundaria, en las condiciones previstas por los reglamentos universitarios. La autorización se demoró por meses.

Entretanto, Monsieur Estebenet fracasó en el intento de traslado de su institución y no vio mejor salida que la de ceder el pensionado a la pequeña Compañía mediante la entrega, por ésta, de 1.500 francos de renta anual. El contrato se firmó el 29 de octubre de 1819.

En aquella época, las vacaciones escolares se desarrollaban en los meses de septiembre-octubre.

El 3 de noviembre, el pensionado, regido por Auguste Brougnon-Perrière y que poco después se llamaría Institución Santa María, abría

sus puertas a los casi 120 alumnos que lo habían sido de Monsieur Estebenet.

Y así estableció la Compañía de María su primer colegio de enseñanza secundaria en Burdeos. Se daban en él todos los cursos de latín hasta la retórica, inclusive, y dos clases especiales de francés.

El talento del P. Lalanne se reveló allí en toda su prodigiosa fecundidad. Dejémosle a él mismo contarnos, en ese estilo romántico que tan bien lo retrata, el fervor de estos sus primeros años.

“La Institución parecía abrir nuevos caminos en educación: después de todo, no valía la pena de montar un centro más si no era con ánimo de hacer algo distinto y mejor que lo que había.”

“Además de lo que se ha dado en llamar espíritu de familia -que excluye por igual el pedantismo y el mercantilismo y que debiera llamarse espíritu evangélico, ya que resulta naturalmente de la práctica de la abnegación religiosa, sincera y lúcida- se introdujeron en el centro, o se innovaron, con iniciativa audaz y certera, varias mejoras que rápidamente se copiaron en otras casas de educación. Tales, por ejemplo, la Academia y los *premios de Inscripción en el Cuadro de Honor*.

“La *Academia*, por una parte, reconocía y honraba el buen espíritu, el buen comportamiento junto con el talento; por otra parte, con sus trabajos y ejercicios ofrecía un término medio entre la monótona y austera frialdad de los trabajos de clase que imponía la Universidad, y los oropeles y frivolidades de las representaciones teatrales mundanas, que más de una casa de educación religiosa iba adoptando, a pesar de su disipación y vacuidad.

“Con los premios de Inscripción en el Cuadro de Honor se cambiaba la base de estímulo, con provecho de la educación. Con la práctica generalmente seguida se premiaba el éxito en el trabajo más que el esfuerzo. De donde resultaba que en el colegio como en el mundo, la maldad y el vicio, si, por azar o por privilegio de la naturaleza, venían aliados con el talento, podían contar con el triunfo.

A los niños que se educaban bajo los auspicios de María se les preservó de este escándalo precoz, concediendo a la conducta moral

una recompensa y un honor al alcance de todos, incluso los premios más codiciados.

“Los hombres de juicio captaron muy pronto el especial carácter de esta educación y su superioridad; las familias se fueron convenciendo de ello con la experiencia. Como consecuencia, la Institución se ganó la confianza y pronto estuvo en boga, no obstante, los prejuicios, muy fuertes y muy extendidos por entonces, contra las obras del clero.”

Aquel año todos los miembros de la pequeña Compañía estaban ya ocupados en la obra común. Es decir, todos menos uno; porque la muerte había visitado ya a la joven comunidad.

Tras unas semanas de enfermedad, Antonio Cantau, el cocinero, era acogido por Dios, el 20 de agosto de 1819. Su muerte fue la muerte de los santos. Al final del curso, verano de 1820, el P. Chaminade se trasladó a Agen para el retiro anual de las Hijas de María. Monsieur David Monier le había precedido allí para ayudar a las religiosas en la mudanza de su convento a un nuevo local.

Testigo de la boga de que gozaban las hermanas en Agen, y fuertemente prevenido por dos de los congregantes más ardientes, que querían llevar a la ciudad la Compañía de María, Monsieur David se dejó ganar con su facilidad acostumbrada, en favor de un proyecto de escuela gratuita para niños.

El señor Obispo, por su parte, favorecía tanto más ese proyecto cuanto que no había podido lograr que los Hermanos de las Escuelas Cristianas se asentaran en Agen (por causa de los prejuicios del pueblo contra los hábitos).

Consulta al P. Chaminade, que empieza por orar y reflexionar. Y él mismo se planteó el interrogante: ¿estarán también sus hijos llamados por la Providencia a cubrir el ministerio tan importante de la educación popular, al menos en ciertos ambientes más refractarios?

Por fin aceptó el ofrecimiento que le hacían, y se fue a Burdeos en busca de tres religiosos laicos que se necesitaban en la nueva fundación. En la pequeña comunidad de la Des Menuts la noticia produjo una conmoción. El abate Lalanne, el primogénito, se permitió

unas respetuosas observaciones: ¿no se iban a embarcar en un rumbo que no era el que en un principio se habían propuesto?

Pero el Fundador, que una vez reconocida la voluntad de Dios, no retrocedía por nada, eligió a Monsieur Laugeay y a otros dos hermanos. Los tres partieron para Agen, a pie, a mediados de noviembre.

Apenas transcurridas unas semanas, los resultados sobrepasaban todas las esperanzas, hasta el punto que los mismos adversarios no ocultaban su admiración.

También es verdad que esa comunidad estaba dirigida por un santo. Un solo dato obtuvo del Fundador: que él y sus hermanos pasaran en vela ante el Santísimo Sacramento la noche entera de todos los primeros viernes de mes.

Las peticiones de fundación llovieron sobre Burdeos. Pero los religiosos eran todavía demasiado pocos. El P. Chaminade se limitó a enviar al P. Collineau a Villeneuve-sur-Lot para salvar de la ruina el colegio municipal y preparar en esa misma villa la apertura de escuelas comunales, la cual se realizó en 1823, bajo la dirección del mismo Monsieur Laugeay.

En ese mismo año de 1823 surgieron acontecimientos importantes para el futuro desarrollo de la Compañía de María.

8.

El gozo reinaba en los corazones

Primeras fundaciones en Alsacia y Franco-Condado.
1821-1825.

Entre los congregantes admitidos en 1817, había un joven alsaciano, venido a Burdeos para iniciarse en el comercio: Luis Rothéa.

Pertenecía a una excelente familia de los alrededores de Moulhouse. Su hermano Carlos era cura de Santa María de las Minas.

La Congregación de la Madeleine y la dirección del P. Chaminade lo encaminaron hacia el noviciado de la pequeña Compañía. Entró en él el 15 de agosto de 1819. Poco después se unía a él su hermano Carlos. La familia de los Rothéa estaba relacionada por sus negocios y amistad con la familia Mertian de grandes comerciantes también, uno de cuyos miembros, el abate Ignacio Mertian, acababa de fundar una Congregación de Hermanos. Llamados de la Doctrina Cristiana y dedicados a la educación de la juventud.

Como Monsieur Mertian no acertaba a poner en marcha su noviciado, al tener noticia, por los Rothéa, de las nuevas fundaciones de Burdeos se decidió a pedir al P. Chaminade un religioso que fuese capaz de dar a su noviciado de Ribeauville el impulso que le hacía falta. Consintió el P. Chaminade y le envió a Luis Rothéa.

Hizo éste maravillas, y el fundador Mertian propuso desde aquel momento fundir su Congregación con la de los Marianistas; el proyecto se realizó algunos años más tarde.

Mientras tanto, ya desde el comienzo de su estancia en Alsacia, Luis Rothéa fue dando a conocer la nueva Sociedad por la región tan eficazmente que muy pronto tomaba el camino de Burdeos un grupo de postulantes alsacianos, y, al mismo tiempo, llegaban al P. Chaminade varias peticiones de fundación en Alsacia.

La más importante de estas peticiones provenía de un personaje relevante, Monsieur Maimbourg, cura de Colmar. Solicitaba Hijas de María para un convento y religiosos de la pequeña Compañía para el colegio comunal y las escuelas públicas. El P. Chaminade no se negó a la petición; pero pidió algún tiempo y el cura de Colmar esperó, siguiendo el consejo de Luis Rothéa, que le decía: "El P. Chaminade tiene por norma empezar bien sus empresas o no hacer nada."

De vuelta en Burdeos, octubre de 1822, Luis Rothéa abogó con tanto acierto por la causa del cura de Colmar y de Alsacia que se aceptaron, en principio, las escuelas comunales.

Se estaba, por entonces, en pleno gozo por los éxitos de Agen. Pero el P. Chaminade no pudo enviar a los religiosos hasta el otoño de 1824. Porque, entre tanto, toda su atención estaba acaparada por otra fundación importante.

El abate Carlos Rothéa había hecho sus estudios de Teología en el Seminario Mayor de Besançon. Uno de sus cohermanos, el abate Georges Caillet, suizo, nacido en el Jura bernés, movido por el ejemplo de Carlos, entró en el noviciado de San Lorenzo en el otoño de 1822. Apenas llevaba allí unas semanas cuando recibió de uno de sus amigos de Besançon una proposición que le transmitía de parte de Monsieur Bardenet, misionero diocesano. Ofrecía un vasto dominio de 150 hectáreas, con casal y dependencias, en las cercanías de Amance (Haute Saône). Por todo el Franco Condado era conocido el abate Bardenet por su riqueza, puesta enteramente al servicio de las obras, y por su notable disposición para los negocios.

Logró el apoyo del Arzobispo cerca del Fundador, de modo que el 21 de noviembre del mismo año el P. Chaminade le daba respuesta favorable. "Había tomado su decisión en la presencia de Dios, le decía, impulsado interiormente en vista del gran bien que de ello resultaría para la religión."

Para llevar a bien estas dos fundaciones, la de Alsacia y la del Franco-Condado, creyó prudente el P. Chaminade enviar a su abnegado secretario, monsieur David Monier. Desgraciadamente, en éste, el abogado pesaba más que el hombre de negocios.

Fue primero a Besançon, donde le recibieron admirablemente monseñor de Pressigny y el abate Bardenet. Saint-Remy, la finca de que debía tratar, lo dejó asombrado.

Luego fue a Colmar y, de acuerdo con monsieur Maimbourg, dejó arreglado lo de la apertura de clases para el otoño de 1824.

De regreso en Saint-Remy, firmaba el 16 de mayo de 1823 la escritura de adquisición y al día siguiente, aterrado por la responsabilidad que acababa de contraer, escribía al P. Chaminade una carta desesperada.

En efecto, la imaginación había jugado, otra vez, una mala pasada al viejo abogado: cegado por el entusiasmo no se había dado cuenta de que monsieur Bardenet estaba por el momento falto de recursos y no podía ayudar con nada a la nueva fundación. El P. Chaminade, con toda naturalidad, se preparó para hacer honor a los compromisos adquiridos por su imprudente secretario, y la nueva comunidad estuvo lista para partir en julio de 1823. Uno de los siete

primeros religiosos, el señor Clouzet, debía ser el director; el abate Rothéa era el capellán; otros ocho religiosos o novicios eran los adjuntos.

Monsieur David vino a recogerlos en Burdeos y, una vez contratado el transporte en la suma de 600 francos, con Bautista Mons, la pequeña comunidad emprendió viaje con la bendición del "Buen Padre".

El itinerario previsto pasaba por Limoges, Guéret, Moulins, Autun, Dijon, Gray y Amance. Como en el coche no cabían más que nueve personas, dos de los viajeros tenían que ir, por turno, a pie. Salidos el 16 de julio, trece días más tarde se extasiaban ante las altas arboledas y el esplendor del palacio de Saint-Remy.

Pero el éxtasis duró poco: en el palacio no había un mueble, ni una sábana de recambio; ni un apero de labranza en las dependencias; y en el bolsillo del señor Clouzet treinta y seis francos por todo capital. Sin embargo, estos religiosos eran de un temple excepcional. Mientras llegaban ayudas de Burdeos, tuvieron que vivir en extrema pobreza y, con todo, el gozo inundaba los corazones y se reflejaba en los rostros.

Mientras se llegaba a una clara orientación de esta obra se trabajaba en la inmensa finca. La comunidad, recibió muy pronto una satisfacción: se presentaron postulantes. Varios de ellos fueron admitidos y, desde enero de 1824, el abate Rothéa era autorizado por el P. Chaminade para abrir un noviciado.

El pobre monsieur David, destrozado por la fatiga y por las preocupaciones, se hundía en la neurastenia y fue llamado a Burdeos, viniendo a reemplazarle el P. Caillet, hombre reflexivo y de perfecta docilidad.

Al aceptar Saint-Remy tuvo el P. Chaminade como primera idea algo que coincidía con la idea del abate Bardenet: crear allí una especie de Trapa para su familia religiosa, una comunidad de hermanos obreros que vivieran íntegramente su consagración a María, y por sus oraciones y sus méritos fueran el sostén de los demás religiosos. Pero también allí, una vez más, las gentes de la región pidieron muy pronto un pensionado y el P. Caillet obtuvo del Fundador la autorización para abrirlo lo antes posible. Se empezó con la enseñanza primaria y pronto se complementó con la secundaria.

Tras ésta, el proyecto de otra obra de mayor envergadura aún acuciaba el espíritu del Fundador. Los misioneros diocesanos de Besançon habían tomado la iniciativa de dar unos retiros a los maestros de la región, reunidos en Vesoul, y desde las primeras conversaciones preparatorias se había hablado de centrar esta "obra" en Saint-Remy. El buen padre tuvo, entonces, una idea genial.

En varias ocasiones había rechazado peticiones de fundación, que sólo pedían uno o dos religiosos. No quería aislar a sus hijos y por eso no aceptaba sino comunidades que comportaran tres religiosos al menos. Pero, ¿qué se podía hacer en pro de las parroquias rurales, en donde también se hacía sentir la necesidad de escuelas bien llevadas, para impartir la verdadera educación de la fe junto con la enseñanza?

Según el P. Chaminade, la finalidad de las congregaciones de enseñanza no es la de sustituir a los maestros del Estado, ni tampoco la de hacerles la competencia, sino más bien la de estar junto a ellos para ayudarles y sostenerlos. No existía obra más urgente, ni de mayor utilidad, que la de ofrecer al maestro oficial los recursos de una formación religiosa y pedagógica. Así fue cómo, en una época en que no había en Francia ni una sola Escuela Normal, pública ni privada, la iniciativa del P. Chaminade creó la Escuela Normal de Saint-Remy.

"La Compañía de María, escribe Georges Goyau, intentaba esta obra cuatro años antes de que las circulares de Vatimesnil, ministro de la Instrucción Pública en el gobierno Martignac, insistieran en la necesidad de formar maestros; ocho años antes de que el reglamento firmado por Guizot y datado el 14 de diciembre de 1832 provocase la creación en Francia de cierto número de Escuelas Normales."

El Buen Padre dio sobre esto instrucciones muy detalladas al abate Caillet. Este tuvo favorable acogida por parte del prefecto del Doubs y por parte del inspector de Universidades.

Una circular del inspector, con fecha del 31 de marzo de 1824, convocaba a Saint-Remy, para el 27 de abril, a dos maestros por cantón, elegidos por el propio Comité Cantonal. La misma circular anunciaba la próxima apertura de una Escuela Normal en Saint-Remy y le adjudicaba un crédito de 1.000 francos para medias becas.

A esta convocatoria respondieron 55 maestros. Pasaron dos semanas enteras en Saint-Remy: la primera dedicada, más que nada, a trabajos y ejercicios profesionales; la segunda, consagrada a retiro propiamente dicho, para lo cual, los misioneros diocesanos colaboraron con los padres Caillet y Rothéa. Fue un éxito completo en los dos planos: pedagógico y religioso.

La Escuela Normal mencionada abría sus puertas el 4 de junio siguiente, con una veintena de jóvenes entre diecisiete y dieciocho años. La pensión -25 francos mensuales- debía ser abonada por el departamento y por los alumnos, la mitad por cada parte.

El número de alumnos subió pronto a 60; en 1825 el retiro se dio a 200 maestros, en dos grupos.

El bien incalculable que realizaban los religiosos de Saint-Remy, y la influencia de sus obras en el desarrollo y la evangelización de la región, no podían menos de llamar la atención del público y de las autoridades. Por su parte, el P. Chaminade se confirmó en la convicción de que Dios y María orientaban su pequeña Compañía hacia esta clase de obras: y así escribía a M. Clouzet: "Tomen todas las medidas para el éxito de las Escuelas Normales, de los retiros de maestros y también para llegar a establecer en Besançon una escuela profesional para huérfanos.

Aunque todas las demás obras nuestras creo que obedecen a designios de la Providencia, considero a éstas como inspiradas directamente por el Espíritu de Dios y como debiendo ser de las obras esenciales de la Compañía de María."

Por eso mismo tenía empeño en extenderlas por otras regiones. Varias iban ya por buen camino. Así, una Escuela Normal para el Jura fue instalada en el 11 antiguo priorato de Courtefontaine. Otra debía comenzar a funcionar en Colmar, en otoño de 1830. Según pacto concertado entre el Fundador y el conde de Alexis de Noailles debía abrirse otra Escuela Normal para estudiantes del Lot, de la Dordogne y del Cantal.

Había planteadas negociaciones con miras parecidas con varias otras diócesis, como Nancy, Toulouse y París mismo.

Para hacer este movimiento más general, el P. Chaminade iba a hablar con otras Congregaciones religiosas. La Revolución de julio vino a detener esta expansión.

Georges Goyau se ha complacido en mostrar el contraste entre este espíritu de iniciativa y las rutinas de la Administración. Escribe:

“En la colaboración, que se vislumbraba, entre la joven Compañía y el Gobierno de la Restauración, era la Compañía la que iba por delante y la que, al desplegar ciertas iniciativas progresistas en favor de la instrucción primaria, constreñía moralmente a las autoridades universitarias a seguirla y a ayudarla.”

Cuando la Monarquía de julio intentó organizar las Escuelas Normales, si confrontamos el famoso informe Jouffroy y la memoria Barrau (1840) con el prospecto del P. Chaminade (1824) notaremos una curiosa regresión.

Otro aspecto de las fundaciones de Saint-Remy y de Alsacia, que hay que resaltar, concierne a las vocaciones. Los primeros postulantes alsacianos, llegados a Burdeos en 1822 iniciaron una corriente que ya no se detendría. También Saint-Remy recibió, desde sus comienzos, numerosos candidatos. En lo sucesivo, acentos de Gascuña, de Alsacia y del Franco-Condado fraternizaron en las comunidades marianistas.

Pero volvamos con el P. Caillet, del nordeste al suroeste de Francia. En Burdeos, el Fundador se había preocupado desde siempre por asegurar a sus religiosos una formación sistematizada. La propiedad de San Lorenzo se prestaba muy bien para establecer en ella un noviciado, y ese noviciado fue inaugurado ya en 1821. De él habían salido para Saint-Remy M. Clouzet y el abate Rothéa. Este nos ha contado los comienzos heroicos en una carta que escribió posteriormente al propio Fundador:

“Usted, Buen Padre, me dijo que tenía que empezar mi noviciado en San Lorenzo. Fuimos allí a las nueve de la noche y no encontramos más que un poco de paja. ¡Pobreza extrema! Sin embargo, la alegría reinaba entre nosotros; cantábamos, estábamos contentos. Eramos tan pobres que cuando usted vino a vernos no teníamos ni una silla que ofrecerle. Usted se sentó a mi lado, en mi maleta; me habló de lo que usted pensaba y en ello recibí un gran consuelo. Habíamos empezado el noviciado solamente cuatro; dos años más tarde éramos treinta.”

En San Lorenzo se recibían también algunos postulantes más jóvenes. El P. Chaminade mostraba bastante amplitud en su admisión, pero insistía mucho en cuanto a su formación, sobre todo en el espíritu de fe y en la entera abnegación de la voluntad, cualidades que, según él, debían compensar la ausencia de formas religiosas exteriores.

Cerca de la Madeleine se creó otro noviciado para los estudiantes de enseñanza secundaria, y el P. Chaminade les trazó un reglamento muy detallado. Todos los jueves, el Fundador pasaba el día entero en San Lorenzo y los religiosos de la calle Des Menuts pasaban igualmente en la finca su vacación semanal. El Buen Padre dedicaba todo su tiempo a la dirección y a pláticas espirituales. A todo esto, el colegio de la calle Des Menuts, bajo la dirección de M. M. Auguste y Lalanne -éste fue ordenado sacerdote en 1822-, se había quedado ya muy pequeño para su joven clientela. En 1824 se puso a la venta, en la cercana calle du Mirail, el hotel Razac, vasta mansión señorial del siglo XVIII. Se adquirió y se tomó posesión de él el 29 de abril de 1825. Se le dio el nombre de Pensión Sainte Marie, más tarde *Institution Sainte Marie*.

Fue, según el P. Lalanne, la primera casa de educación masculina que llevaba ese nombre en Francia, nombre que fue desde entonces el característico de los colegios marianistas.

Por su lado, las Escuelas Primarias de Agen y de Villeneuve eran también de las más prósperas.

9.

No deber nada al poder político

Estatuto civil, 1825-1830.

Ya hemos visto que uno de los grandes principios del Fundador había sido el de no deber nada al poder público, ni siquiera el reconocimiento legal de la Compañía.

Hacer el bien en la libertad del derecho común le parecía muy suficiente y más seguro. Pero en aquel momento ignoraba por qué caminos iba Dios a llevar a su nueva familia.

Esos caminos, o más bien ese campo de acción, era la enseñanza. Pero ¿cómo enseñar en un Estado en que, de hecho y de derecho, existía el monopolio? Ciertamente que la autoridad se mostraba benévola con la iniciativa privada, pero existía el movimiento de oposición.

En la misma Universidad era mal vista la existencia de los establecimientos privados, y con cualquier motivo se afirmaban los rigores del monopolio universitario. La cuestión se planteó con toda crudeza en las dos fundaciones de Villeneuve y de Saint-Remy. La primera no se aceptó, en efecto, sino tras la promesa que hizo el P. Chaminade de solicitar el reconocimiento legal de su Instituto. Para la Escuela Normal de Saint-Remy, el ministro del Interior se negaba a aprobar la subvención de 3.000 francos que el Consejo General de la Haute-Saône había votado.

Luego se planteaba la cuestión del servicio militar, que por aquella época retenía a los jóvenes en el cuartel durante siete años. La aprobación legal del Instituto libraría a los jóvenes religiosos y a las obras de esta prueba mediante el compromiso de trabajar por diez años en la enseñanza.

Sin embargo, fiel a su primer designio, el Fundador confiaba en que sólo necesitaría la aprobación de los centros de enseñanza. El proyecto, en este sentido, estaba listo desde 1824; pero la muerte de Luis XVIII retardó su presentación. En la primavera de 1825, el P. Caillet reemprendía el camino del nordeste con el encargo de detenerse esta vez en París y gestionar allí la aprobación del Gobierno. Llevaba, en efecto, una súplica al rey y muchas cartas de recomendación que le habían dado los obispos y las autoridades de las diócesis y de los departamentos en que trabajaban los religiosos de María.

La del prefecto del Lot-et-Garonne respiraba entusiasmo; las de los rectores de Estrasburgo y de Besançon, las de los prefectos del Doubs y de la Haute Saône, eran muy favorables.

Estaba al frente de los asuntos eclesiásticos, por aquel entonces, monseñor de Frayssinous, a quien el P. Chaminade conocía desde sus conferencias en Burdeos por el año 1817, o quizá desde sus tiempos de seminarista en París.

El ministro acogió favorablemente la petición, pero aconsejó que se suprimiese en el proyecto de estatutos todo lo que no fuesen actividades de primera enseñanza, tales como Congregaciones, enseñanza secundaria, misiones... El P. Chaminade quedó perplejo.

Las fiestas de la consagración de Carlos X –mayo- junio de 1825- retardaron el estudio del proyecto y, cuando se reanudó, el Consejo de Instrucción Pública exigió supresiones todavía más radicales: no se debían mencionar ni los retiros a los maestros de escuela, ni las casas de formación religiosa. Al conocer la noticia, el P. Chaminade escribe al P. Caillet: "Si estas supresiones se llevasen con rigor, la Compañía de María quedaría desnaturalizada totalmente en el fondo. Ciertamente es necesaria la flexibilidad, y considere si nos ha faltado, después de haber hecho tantos borradores de nuestros estatutos Hemos consentido en todo lo que no desvirtuaba propiamente la Compañía, pero no podemos consentir en no ser lo que somos."

Pasó el asunto al Consejo de Estado y allí se planeó rotundamente la cuestión esencial: la de la existencia legal de una Congregación religiosa masculina. Precisamente la cuestión que el P. Chaminade quería haber evitado.

El Estado negaba el derecho común a las Congregaciones religiosas y la Ley del 2 de enero de 1817 exigía un acto legislativo para reconocer a cualquier establecimiento eclesiástico. Sin embargo, desde París se daban seguridades al Padre Fundador sobre las benévolas intenciones del Gobierno que, empero, no veía cómo podía aprobar, explícitamente, sin comprometerse a sí mismo, otra cosa que no fuese la enseñanza primaria.

Se le daban garantías de que la Compañía de María no sería modificada de hecho ni en su composición ni en sus obras, pues las supresiones y cambios exigidos lo eran de pura forma. Entonces, el P. Chaminade, de acuerdo con monseñor de Frayssinous, fijó en 19 artículos los estatutos de la Compañía de María, según las bases determinadas por el Consejo de Estado y el Consejo de la Instrucción Pública. Los estatutos fueron aprobados y promulgados por una Ordenanza real con fecha 16 de noviembre de 1825.

Las buenas disposiciones del Gobierno se confirmaron inmediatamente después de firmada la Ordenanza. El ministro de

Instrucción Pública, a petición del rector de la Universidad de Besançon, pidió al P. Chaminade a uno de sus religiosos para la dirección del Colegio Municipal de Gray, que estaba muy decaído.

Aunque esta petición contrariaba sus planes, el P. Chaminade no podía negarse. Nombró al P. Lalanne para este cargo de confianza, y como él mismo deseaba hacía tiempo visitar a sus hijos del Franco-Condado y de Alsacia, se pusieron juntos en camino en el mes de agosto de 1826. El hecho dio lugar a que un periódico de Burdeos publicara la noticia -¿gazapo o chunga?- de que "el general Chaminade había salido de gira con su ayudante de campo".

El viaje del Buen Padre fue un triunfo y sirvió al desarrollo de las obras. Durante él introdujo las Hijas de María en Arbois (Jura) y negoció con el abate Mertian la unión de sus hermanos con la Compañía de María.

En Gray, el P. Lalanne se reveló como educador de primer orden. Muy pronto el Colegio contó con 200 alumnos venidos de toda la provincia. Pero el joven director se sintió muy pronto incómodo dentro del marco universitario. Esperaba, desde luego, como se lo había dado a entender al P. Chaminade, que el Gobierno entregaría el Colegio a la Compañía. Pero esta esperanza se desvanecía a la caída del Ministerio Villele. El P. Lalanne presentó su dimisión en 1829 y el P. Chaminade lo nombró como director del pensionado de Saint-Remy, donde la diversidad de obras acumuladas exigía la división del trabajo; monsieur Clouzet seguía al frente de la explotación agrícola y encargado de la economía de la casa.

El P. Lalanne obtuvo del Gobierno la erección del internado en Institución, y su iniciativa desbordante se dio a ensayos pedagógicos, que se adelantaban en mucho a su época.

Saint-Remy le ofrecía con profusión las condiciones de una educación nueva, tal como él la concebía, tanto en el aspecto de la educación física como en el de la intelectual y religiosa.

Hizo excavar una piscina. Estableció cursos de equitación. Fomentó la vida al aire libre. Geología, botánica y astronomía se enseñaban y aprendían en los bosques, los prados o sobre el césped ante el palacio. En la explanada de delante erigió un inmenso mapa de Francia, en relieve, donde no faltaban ni las montañas, ni las

corrientes de agua, ni las ciudades. Al programa, entonces vigente, de los estudios secundarios, incorporó letras, matemática y ciencias experimentales. En cambio, el griego pasó a ser facultativo y el latín se estudiaba con miras a formar el gusto y al más cabal conocimiento de la lengua francesa, cuyo lugar, en el estudio, se hizo preponderante. No quedaron relegadas ni las lenguas vivas ni las artes de adorno. El año se clausuraba con exámenes públicos a los que se invitaba a los padres.

El colegio de Saint-Remy se hizo célebre en toda la región y tuvo una época de mucha prosperidad. De este modo, la obra del Fundador fue encontrando, poco a poco, no su orientación, que desde el principio fue hacia el apostolado, sino las formas de apostolado mejor adaptadas a las necesidades de la época. La finalidad propuesta, de llegar a todas las clases de la sociedad y de "tomar al hombre todo entero hasta ponerlo entre las manos de Dios", no era ya un simple proyecto, sino un ideal en vías de realización.

Por medio de las escuelas y de los colegios, la joven Compañía formaba la infancia y la adolescencia; las congregaciones continuaban la obra de formación en los jóvenes y en los adultos, y las obras que hoy llamamos movimientos de Acción Católica se multiplicaban como, naturalmente, agrupando a los congregantes de las diferentes categorías.

La Compañía de María, bendecida por Dios, llena de esperanzas, se iba dando a conocer y poco a poco se iba imponiendo a la atención del público. Su prestigio crecía, hasta el punto de que en esos días de su joven existencia se le hacían numerosas proposiciones de fusión, por parte de otras fundaciones menos afortunadas. Sólo le faltaba el sello de las grandes contradicciones, que caracterizan a todas las obras de Dios.

10

Contramarca: La contradicción

Años difíciles: 1830-1840.

Los primeros años de la Compañía de María nos han presentado en su conjunto un cuadro casi sin sombras, si tenemos en cuenta la importancia de los acontecimientos felices que los han ido jalonando: comienzo modesto, pero seguro; rápida orientación hacia una actividad precisa y de gran envergadura; vocaciones numerosas, sobre todo de Alsacia y por causa de Saint-Remy; palabras de estímulo de parte de las autoridades eclesiásticas y especialmente de los pontífices; benevolencia de los gobernantes y lo que vale más que todo, espíritu de oración y de unión en las jóvenes comunidades para la prosecución de una misión claramente definida.

Al parecer, nada faltaba para estar seguros de la bendición de la Virgen sobre su obra naciente; nada, salvo... el crisol de la prueba. Ciertamente, que en el período anterior a la Revolución de julio no se había librado enteramente el P. Chaminade de la contradicción. Ya en 1824 se había visto obligado a escribir una larga respuesta a las acusaciones que ordinariamente se hacen a las Congregaciones, y esas dificultades no le venían sólo del partido liberal, sino también... de la otra acera.

Si hemos de creer al P. Lalanne, el Fundador no contaba en el Arzobispado con otro apoyo que el del arzobispo; ahora bien, monseñor d' A viau moría en 1826 Y su sucesor, monseñor de Cheverus, no había recogido su benevolencia hacia las obras del P. Chaminade. Ligeras sombras en el cuadro.

En el seno de la pequeña familia, no podían dejar de aflorar las inevitables divergencias en temperamentos y en apreciaciones a propósito de una obra todavía en sus comienzos. No faltaban quienes daban más importancia a la actividad de las obras que a vivir su consagración en plenitud. Aunque esas tendencias se corregían pronto por el ascendiente del Fundador y por el espíritu de fe que animaba a sus discípulos. Por otro lado, la cuestión financiera no tardó en presentarse.

Pero todo esto no hubiera saltado al primer plano si no hubiese sido por la Revolución de julio de 1830.

Este evento abre para la Compañía de María un largo periodo, considerado como de crisis de crecimiento, y que se prolonga hasta 1869. Crisis en diversos aspectos, en que todas las bases del nuevo Instituto serán sucesivamente sometidas a prueba. Crisis temible, que a la vez que sirve para purgar la obra demuestra su origen divino; y, sin embargo, crisis de crecimiento, porque a pesar de las múltiples sacudidas, la Compañía se ha desarrollado y hoy extiende su acción por el mundo entero.

Tras los estudios del señor de La Gorce, hoy es más conocido todo lo que tenía de ficticio, en el aspecto propiamente religioso, la bella fachada de la Restauración; el predominio que todavía conservaban las ideas "filosóficas" del siglo anterior, especialmente la antipatía, la repulsión marcada, hacia las órdenes religiosas. No nos es fácil imaginamos hoy, retrocediendo en la Historia, la violencia anticlerical, y menos aún la violencia anticongregacionista de la Revolución de julio. Sobre todo en París se hubiera podido pensar en una vuelta a los peores días del Directorio, si no del Terror.

Al P. Chaminade no le cogió mayormente de sorpresa: "Caminamos sobre volcanes, escribía en 1829, y podemos sufrir, quizá bastante pronto, convulsiones tremendas"; pero, aunque no sorprendido, no por eso estaba menos inquieto, pues en Burdeos los elementos liberales veían con malos ojos a la Congregación, cuyo solo nombre ya les era odioso.

No se registraron disturbios graves hasta febrero de 1831. En ese día, las noticias de París -saqueos del Arzobispado y de las iglesias- provocaron una conmoción en Burdeos y un registro de la Policía en los domicilios de carlistas notorios, entre ellos en el del P. Chaminade.

El comisario encargado de esta operación, obsesionado con el espectro de la Congregación, no retuvo sino unas medallas de la Inmaculada, de las que había encontrado ejemplares en otras casas registradas.

Mientras se llevaba a cabo el registro, una banda de revoltosos vociferaba en la calle contra los "encaminados", rompían los cristales de la casa y, no pudiendo forzar su entrada, se iban a San Lorenzo a

repetir, sin más éxito, la misma tentativa con gran espanto de los novicios.

La situación se había puesto muy seria.

El P. Chaminade creyó prudente alejarse de Burdeos y tomó el camino de Agen, donde sus obras prosperaban en la paz. Su ausencia debía durar algunas semanas: de hecho se prolongó durante cinco años.

Las obras de Burdeos se resintieron de ello; el noviciado de San Lorenzo fue dispersado, la Congregación desapareció y sólo se reconstituyó cuatro años después. En ese tiempo, también las Escuelas Normales de Saint-Remy y de Courtefontaine, tan llenas de promesas, fueron suprimidas: con ellas se hundía la más bella obra de la Compañía de María.

La crisis externa se agravaba por otra crisis más temible en el seno mismo de las Comunidades y creada por sus primeros miembros. Asaltados por la tentación de atribuirse una excesiva autoridad en la marcha de la obra, no todos tenían la humildad del Fundador, que les escribía un día:

“Hacedme, mis queridos hijos, todas las observaciones que creáis útiles; dadme, sin temor, vuestro parecer y vuestros consejos: la obediencia no exige de vosotros que renunciéis a vuestro propio sentir mientras no haya recaído una decisión sobre un asunto.”

No todos habían meditado bastante sobre este último punto. Cada cual se dio a mantenerse en su propio parecer, a pesar de la decisión tomada en contra. Monsieur Collineau fue el primero: como no había acertado muy bien en el Colegio de Villeneuve, ya no quería oír hablar de enseñanza y trataba de recuperar su libertad. Monsieur Auguste, acosado por apuros financieros, que eran el resultado de una gestión imprudente, se lamentaban más y más de que se hubiesen aceptado escuelas gratuitas.

De Saint-Remy llegaban cartas inquietantes: el abate Lalanne andaba a la greña con monsieur Clouzet, que trataba de restringir los gastos. Ciertos religiosos estaban intranquilos sobre su futuro, en caso de disolución de la Compañía, y el P. Lalanne transmitía esos temores al Fundador. La respuesta de éste constituye un serio programa de

vida para los religiosos en tiempo de persecución: "¿Como no les ha explicado usted la diferencia que hay entre una disolución civil y una disolución religiosa? La disolución civil no es propiamente sino una dispersión; pero no afecta esencialmente a la unión religiosa; dispersos o reunidos, los socios de la Compañía siguen siendo siempre religiosos; si no pudieran vivir, entonces, según la letra de sus Constituciones, deberán vivir según su espíritu; y donde quiera que se encuentren deberán estar siempre prontos a ejecutar las órdenes que reciban de su superior. Quienes no hubieran contraído lazos con la Compañía -o más bien con Dios en la Compañía-, sino en la esperanza, más aún en la absoluta garantía de que nunca les fallaría, serían bien poco dignos de Dios y de la Compañía que les ha recibido... La Revolución será, en manos del Señor, como la criba de que se servirá para aventar a quienes se dicen sus servidores."

Unas semanas más tarde, el P. Chaminade repetía al mismo P. Lalanne: "La Revolución es la zaranda del Señor; y, en efecto, varios de los nuestros ya han volado, como pajas, al mundo; y todavía no todo es trigo limpio."

La zaranda del Señor acababa de dejar caer a los señores Auguste y Collineau. En ausencia del Buen Padre, que seguía en Agen, monseñor de Cheverus les daba la dispensa de sus votos y nombraba, casi inmediatamente después, al abate Collineau canónigo honorario. Así, pues, dos asistentes de la Compañía, sobre tres, abandonaban la obra que, según ellos, había fracasado. Esto ocurría en los primeros meses de 1832.

En Agen, la misma sacudida entre las Hijas de María, hasta el punto de que al Fundador llegaron a prohibirle, en nombre del obispo, la entrada en la Casa madre; Adela de Trenquelléon había muerto en 1828. Como árbitro en la contienda, el obispo impuso a quien acababa de abandonar la Compañía: al abate Collineau.

En tan penosas circunstancias, el P. Chaminade estuvo admirable de paciencia y de fe: bien es verdad que el abate Collineau demostró tacto y defendió la causa del santo Fundador. Sin embargo, el final de este duro año de 1832 trajo al P. Chaminade algunas satisfacciones. En Agen, monseñor Jacoupy reconoció los errores de su vicario y las Hijas de María pidieron perdón a su Fundador, tanto más amado y venerado por ellas en lo sucesivo. Desde Saint-Remy, también el abate

Lalanne solicitaba perdón, inmediatamente concedido. Pero en Burdeos, monsieur Auguste no había accedido a conservar la dirección del pensionado sino provisionalmente, y había que sustituirlo. Sólo el P. Lalanne parecía capaz de cubrir este nuevo cargo. El P. Chaminade lo sacó de sus experiencias de Saint-Remy y le nombró director de la Institución Santa María a finales de 1833.

Cuando el P. Chaminade comunicó lealmente a sus hijos todo lo ocurrido tuvo el gozo de comprobar, por las manifestaciones que le llegaron de todas las Comunidades, que la salida de los asistentes no había quebrantado la fidelidad de los religiosos.

Un último viaje le retuvo en Alsacia y el Franco-Condado desde septiembre de 1834 a mayo de 1836. Siempre infatigable, creó sendos noviciados en estas dos provincias, uno en la antigua Abadía benedictina de Ebersmunster y el otro en el Priorato de Courtefontaine.

En el otoño de 1836 volvía, por fin, al Mediodía; pasaba por Auch, donde instituyó la Orden Tercera Regular de las Hijas de María, y llegaba a Burdeos justo a tiempo de recoger el último suspiro de su hija espiritual, la santa madre de Lamourous.

En los años siguientes se multiplicaron las fundaciones en el Midi, en Alsacia, en el Franco-Condado y hasta en Suiza. En Besançon, donde la Compañía dirigía ya desde hacía años un orfanato, echó el P. Chaminade las bases de la Institución Santa María. Esta casa, favorecida por el nuevo arzobispo, monseñor Mathieu -un amigo destinado con el tiempo a ayudar a la Compañía de María en un momento penoso de su historia-, y dirigida por el abate Fidon -religioso de gran fe y de energía a toda prueba-, debía ser, por mucho tiempo, el más importante de los Colegios Marianistas de Francia en provincias.

En Saint-Remy, al lado de la Escuela de Artes y Oficios, decidió el Fundador crear una Comunidad obrera; dirigida por un santo, el abate Crevaux, constituyó para toda la Compañía de María "el elemento de oración y de sacrificio" que es indispensable en toda obra apostólica.

En Friburgo, el Fundador abría una escuela y la encomendaba a monsieur Enderlin, uno de sus hijos de mayor abnegación. La escuela se presentó desde un principio muy prometedora y no tardó en enjambrar por toda Suiza, en Lausanne, en Sion, en Altdorf, en

Basilea... hasta el día en que los radicales, después de aplastar el Sonderbund, cerraron brutalmente sus puertas.

A medida que sentía aumentar la pesadumbre de los años y sus pasos se hacían más vacilantes, redoblaba el P. Chaminade la actividad y llevaba a buen término la redacción definitiva de las Constituciones.

El día 16 de septiembre de 1838 las enviaba, finalmente, a Roma acompañadas con una exposición al Papa Gregorio XVI sobre el conjunto de su obra.

El 27 de abril de 1839 recibía de Gregorio XVI un breve laudatorio, que venía acompañado de una carta del cardenal Giustiniani en que le aseguraba que "su obra había complacido mucho al Santo Padre".

Fue para el Fundador una de las más grandes alegrías de su vida. Al año siguiente dirigía a la Compañía de María tres grandes instrucciones sobre los votos; con la Carta a los predicadores de retiros, de 1839, constituyen como el testamento espiritual del Buen Padre.

Casi inmediatamente después, el P. Chaminade y la Compañía de María por él fundada iban a ser violentamente echadas en lo que él llamaba la "zaranda de Satanás".

11

Ultimas años del Fundador

¡Satánica, en verdad, esta tenebrosa historia que empieza el 7 de enero de 1841 y sólo acaba en enero de 1850, junto a un lecho de agonía!

Drama doloroso, cuyas peripecias nos cuenta en detalle el postulador de la causa del P. Chaminade, en una obra reciente, y del que damos un resumen aquí.

Desde luego el príncipe de este mundo, el viejo demonio del orgullo, de la impureza y de la ambición no se deja ver actuando

directamente, aunque sí queda patente su imperio sobre tal actor del drama y la acción que por él ejerce.

Aparece, más bien, el ángel sutilmente insidioso de las comunidades y de las personas espirituales, que, sabe explotar sus mejores intenciones y sus inevitables defectos para enredar las cartas y provocar las peores situaciones de las que espera sacar provecho contra Dios. Veámoslo brevemente.

En 1840 entra el P. Chaminade en sus ochenta años. Goza todavía de buena salud, y su principal oponente, el abate Caillet, confesará que conservó "hasta el final sus facultades morales". Tomemos nota de ello.

Sin embargo, el peso de los años ha endurecido su oído y debilitado su vista. No deja él de comprenderlo así, y sus últimas circulares ya aluden a su próximo fin. Ha pensado ya en descargarse del excesivo peso del generalato y en nombrar su sucesor. Conoce a todos sus hijos y María le inspirará en la elección que se hace necesaria.

Por su parte, los tres asistentes que forman el Consejo del Buen Padre, es decir, el abate Caillet, el recientemente nombrado abate Roussel y el señor Clouzet, también creen llegado el momento de aliviar a su superior para facilitar la marcha de la Compañía de María agilizando la resolución de los asuntos.

En los últimos días de 1840 surge un litigio financiero. Se trata de la infortunada liquidación del pensionado de Burdeos, trasladado por Lalanne a Layrac (cerca de Agen), y que no obstante todos los esfuerzos realizados para mantenerlo a flote está en trance de acumular una gran deuda. Los acreedores se echan encima de monsieur Auguste, su primer director, y éste los envía al P. Chaminade.

Es que, en efecto, al salir de la Compañía en 1833, monsieur Auguste había obtenido, por presiones de monseñor de Cheverus, que el P. Chaminade firmase un contrato por el que se comprometía a asumir las deudas de su antiguo asistente, incluido un cargo de 14.000 francos que gravaba sus bienes personales desde antes de su ingreso en la Compañía.

El 7 de enero de 1841 llega este asunto al Consejo. Los tres asistentes se oponen enérgicamente a las pretensiones de monsieur Auguste y piden la revisión del contrato de 1833.

El Buen Padre vacila: querría salvar el honor de su firma.

Los asistentes se mantienen en su parecer, y el joven abate Roussel -no tiene más que veintiocho años se atreve a proponer una solución que, según él, es la única que cabe: la dimisión del Buen Padre; de ese modo el Consejo podrá hacer revisar el contrato oneroso sin que el superior tenga que pleitear contra su propia firma.

Los señores Caillet y Clouzet, que están visiblemente dominados por el ascendiente de su joven colega, apoyan su sugerencia, y el Buen Padre, con su amabilidad habitual, se somete a esa decisión, reservándose verbalmente, sin embargo, el derecho que las Constituciones le reconocen de nombrar a su sucesor.

Así las cosas, muy poco después, el Consejo decide recurrir a un arbitraje simplemente en vez de entablar un proceso de revisión del contrato. Se elige como árbitro a uno de los más grandes juristas de Burdeos, a Maître Ravez, antiguo presidente de la Cámara, en tiempos de la Restauración. Ravez hace esperar su sentencia durante tres años; mientras tanto, el Buen Padre, cuya dimisión se ha mantenido en secreto, sigue tratando con su Consejo los asuntos de la Compañía.

En 1844 habla, por fin, Ravez. ¡Sensacional!: la transacción Chaminade-Auguste es reconocida como válida; más aún, es reconocida como "un acto de prudencia y de pericia" y los asistentes de la Compañía ven denegadas sus pretensiones de demanda.

Parece llegado el momento para el Fundador de regularizar el gobierno de la Compañía con la designación de su sucesor. Pero los asistentes, y más que nadie Roussel, no lo entienden así y se oponen absolutamente a esa decisión. El P. Chaminade se inquieta, y con mucha razón, pues desde 1841 posee la prueba de la indignidad del desgraciado Roussel, indignidad que viene agravada por una ambición no disimulada. Por otra parte, los señores Caillet y Clouzet, que, sin embargo; debían conocerle, hacen causa común con él.

¿Qué será de la Compañía en semejantes manos? ¿Cómo podría el Fundador, en conciencia, dejar en ése peligro a la obra que María le confió? Pero estaba visto que el P. Chaminade había de beber su cáliz de amargura hasta las heces.

“Creo, escribía él mismo, que Dios prolonga mi vida sólo para eso (para que arregle el gobierno de la Compañía de acuerdo con la fe) y, sin duda, para darme tiempo de hacer penitencia. Los dos fines de la bondad y de la misericordia divina van perfectamente acordes: los jefes de Ordenes, generalmente, han tenido mucho que padecer y todos esos sufrimientos llevados en verdadero espíritu de fe pueden servir de penitencia.”

De los tres asistentes, el señor Clouzet seguía siendo director de Saint-Remy, y sólo venía a Burdeos en caso de necesidad. Vale la pena retener de él estas palabras que confesaba al abate Caillet: “Es por torpeza nuestra que nos encontramos en esta situación.”

El P. Caillet quería persuadirse de que en todo ello estaba en juego la salvación de la Compañía, y se negaba a creer, si no en la indignidad de su joven colega Roussel, al menos en su influencia nefasta sobre la Compañía.

El abate Roussel cultivaba con cuidado esta opinión favorable y, jugando fuerte a la política de lo peor, se encargaba de enviar a los obispos amigos de la Compañía una “memoria confidencial”; memoria que jamás pudo leer el P. Chaminade, y en la cual, con habilidad y sin arredrarse ante la calumnia, se presentaba el Fundador como ya decrepito y a la Compañía como en plena anarquía. Los otros dos asistentes tuvieron la debilidad de firmar ese documento.

Los obispos así engañados enviaron la memoria a Roma. La Santa Sede, juzgando sólo por los documentos producidos por los asistentes y los obispos, decidió que el cargo de superior general estaba vacante y que un capítulo general debía proceder a la elección de un sucesor para el Fundador.

El Capítulo se reunió en Saint-Remy en octubre de 1845: se “cabestró” con habilidad a los capitulares, pero las cosas no rodaron a gusto del abate Roussel, el “guisadero” mayor, que fue totalmente eliminado.

Poco después, este indeseable abandonaba la Compañía de María, reconociendo que había engañado a todo el mundo.

El Capítulo eligió al P. Caillet como Superior General y al P. Chevaux, al P. Fontaine y al señor Clouzet como asistentes. Se envió un mensaje de fidelidad al Fundador, y unos meses después quedaba confirmada la elección por un rescripto pontificio.

Tan pronto como supo el Fundador la confirmación por Roma de la elección hecha en Saint-Remy en enero de 1846, quiso celebrar una misa de acción de gracias y se apresuró a escribir al P. Caillet una conmovedora carta de sumisión. En ella le rogaba sencillamente que le permitiese seguir ejerciendo cerca de sus hijos su misión de Fundador, trabajando de acuerdo con él en la corrección de los abusos.

El Buen Padre Caillet, de virtud muy real, pero carente de flexibilidad, se obstinaba a veces extraordinariamente en unos temores quiméricos, y así creyó que su autoridad se vería comprometida si accedía a los deseos del P. Chaminade. Este se esforzó, en vano, en sacarle de su error y en hacerle ver que su prestigio personal no haría sino ganar en la colaboración, pero el P. Caillet se mantuvo intratable.

El Fundador, al verse incomprendido y dado de lado, terminó por persuadirse de que la Compañía de María le repudiaba por el hecho de tener un nuevo superior. ¿Y cómo no creerlo así, cuando el P. Caillet llegaba hasta prohibirle la entrada en el noviciado y hasta tapiarle la puerta que comunicaba su apartamento con la capilla de la Madeleine?

Por un nuevo arbitraje se hizo la separación entre los bienes de la Compañía y sus bienes propios, que dejó en legado a los pobres de Burdeos.

A pesar de todos los pesares, el P. Chaminade esperaba todavía, y su última carta al P. Caillet, el 29 de noviembre de 1849, carta admirable de fe y de resignación, no es sino un largo llamamiento a la confianza y a la unión.

Algunas semanas más tarde, el 6 de enero de 1850, un ataque de apoplejía le privaba del uso de la palabra, dejándole, sin embargo, el uso de sus demás facultades.

Acudieron, muy emocionados, el Buen Padre y el P., Crevaux. Por medio de señas quedó restablecida la paz entre el padre y los hijos; y pocos días más tarde, después de bendecir a su sucesor y a sus religiosos, el P. Chaminade, crucifijo en mano, volvía al seno de Dios, a quien jamás, en toda su vida, había querido rehusar nada.

Era el 22 de enero, fiesta de San Vicente Mártir, uno de los patronos de Zaragoza, ciudad de María, de héroes y de santos.

12

Id, enseñad a todos los pueblos

Los Marianistas en Estados Unidos.

La Casa Madre, en Paris.

Generalato del P. Caillet.

1845-1865.

El P. José Caillet, primer sucesor del Fundador, había nacido en 1790, en Porrentruy, en una familia de costumbres patriarcales.

Había sido atraído a la Compañía de María, siendo ya sacerdote, en 1822, por el P. Carlos Rothéa, amigo suyo y condiscípulo de Seminario. Poco después de su llegada a Burdeos, el P. Chaminade lo presentaba a David Monier con estas palabras:

“El señor Caillet es aquel director del Seminario de Porrentruy, de quien se ha hablado varias veces entre nosotros. Monseñor el príncipe-obispo de Basilea sólo nos lo ha dado con gran sentimiento, y tiene razón para sentirlo: es muy buen sacerdote y un religioso completamente formado.”

Después de su profesión definitiva que hizo en San Lorenzo en 1823, el P. Caillet fue destinado a Burdeos e iniciado en el apostolado que tenía por centro la Madeleine, bajo la dirección del Fundador. Durante veinte años compartió allí con el P. Chaminade los ministerios de confesión, predicación y dirección, cerca de los congregantes, las

Damas de la Misericordia y las Hijas de María. Esta larga situación de corresponsabilidad y contacto creó entre ellos una intimidad muy grande e hizo del P. Caillet el sucesor más indicado y como natural del Fundador, no obstante el doloroso conflicto que los enfrentó en la vejez del P. Chaminade.

La Compañía de María contaba, por entonces, 250 religiosos, distribuidos en 45 casas: con el generalato del P. Caillet, que debía durar casi veinticinco años, el número de religiosos subió a 1.100 y el número de Comunidades a 125.

Uno de los primeros cuidados del nuevo superior fue el de organizar el gobierno interior de la Compañía: quedó ésta repartida en cuatro provincias y puso al frente de cada una de ellas un superior provincial. Las provincias se denominaron: de Burdeos, del Midi (Réalmont) , del Franco-Condado (Courtefontaine) y de Alsacia (Ebersmunster).

También era importante organizar los estudios.

El segundo asistente, llamado jefe de instrucción que lo era el P. Fontaine, fue quien se consagró a esta tarea con su gran inteligencia y su extraordinaria capacidad de trabajo. En el pensionado de Saint-Remy, además de sus funciones de director, desempeñaba cinco horas diarias de trabajo de clase, sin descuidar un activo ministerio de confesión y de predicación. Pues todavía encontraba tiempo para escribir y ensayar interesantes composiciones dramáticas. Su descanso de las vacaciones consistía en predicar varias tandas de retiros a los religiosos y las religiosas del Instituto. Siendo asistente preparó su licenciatura en Letras y su licenciatura en Teología; su tesis de doctorado acababa de ser admitida cuando le sobrevino la muerte, obligándole, por fin, a descansar.

En el verano de 1851, el P. Fontaine reunió durante seis semanas, en Burdeos, a los directores de las principales casas de la Compañía, y las conferencias que allí dio le permitieron editar un método de enseñanza y varios libros de clase. Así el "*Método de enseñanza*" fue como el primer esbozo del "*Manual de Pedagogía para uso de los hermanos de la Compañía de María*".

En esa época no existía todavía ninguno de esos manuales que llenan actualmente las librerías pedagógicas. Desde la primera hora, los hermanos Marianistas habían puesto manos a esta obra: silabarios, cartillas, métodos de lectura y de gramática, métodos de caligrafía, manuales y ejercicios de aritmética habían venido poco a poco en ayuda de los maestros.

A partir de 1850, las ediciones de *Classiques S. M.* se multiplican; se van mejorando con la experiencia, y puede decirse que han contribuido a formar varias generaciones de alumnos.

Se hacía preciso también organizar los estudios de los religiosos jóvenes. Una ordenanza proveyó a ello trazando un programa de conjunto y estableciendo exámenes anuales.

Por su parte, el P. Caillet estaba preocupado, principalmente, por la formación teológica de los religiosos. Su acción, movida por un profundo afecto a la Santísima Virgen, tendía a mantener a la Compañía en el espíritu de oración y en el sentido apostólico de su primera Institución. Sus numerosas circulares encierran páginas sustanciales sobre la vida religiosa, la formación profesional y la educación cristiana.

Dos acontecimientos importantes han dado carácter específico al período del Buen P. Caillet: la entrada de la Compañía en los Estados Unidos de América y la instalación en París de la Casa Central.

A fines de 1848 viajaba por Europa el P. Clemente Hammer, cura de la Trinidad, en Cincinnati. Así tuvo ocasión de conocer el bien que los religiosos de la Compañía de María realizaban en sus escuelas de Alsacia. De vuelta en América, habló de ello con el P. Wenninger, jesuita, que también había visto trabajar a los Marianistas en Friburgo. Resultado: una petición apremiante fue dirigida al P. Caillet.

Por curiosa coincidencia, al mismo tiempo recibía el superior general una carta en que el P. León Meyer se ofrecía a sus superiores para implantar la Compañía de María en los países del Nuevo Mundo. Era el P. Meyer superior en la casa de Estrasburgo y uno de los sacerdotes más estimados de la Compañía por su sentido religioso.

El P. Caillet vio en la simultaneidad de estos sucesos un signo de Dios y envió al P. Meyer una obediencia para Cincinnati. El 18 de mayo de 1849 se embarcaba en el Havre el P. León Meyer, solo, y el 5 de julio desembarcaba en Nueva York. Llegado a Cincinnati –“la Roma de América”-, su primer cuidado fue ponerse a disposición del arzobispo. Por entonces, el cólera hacía estragos en la región: el P. Meyer fue enviado a Dayton para asistir allí a los enfermos. Su caridad con ellos le ganó el afecto de todos y le valió a modo de premio el ofrecimiento de un terreno de 300 hectáreas que un rico propietario de la ciudad, Mr. Stuart, le cedía por 12.000 dólares. El P. Meyer no tenía más recursos que su fe y una gran confianza en San José. Entregó al vendedor una medalla del santo y le dijo: “Este se encargará de pagarle.”

Poco después la suma era entregada. El arzobispo se quedó admirado y por toda explicación le dijo el religioso: “Monseñor, yo no llevo cuentas con San José.”

Su aspiración era convertir a “Nazareth” -así se llamó la nueva propiedad- en otro Saint-Remy. El P. Caillet le envió religiosos. Y ése fue el punto de partida de las obras, tan numerosas como florecientes, que la Compañía de María sostiene en los Estados Unidos de América.

El traslado de la Casa Central de la Compañía a París está relacionado con la votación de la Ley Falloux -ley que dejó marcada la Instrucción en Francia- y sobre todo con el hecho de que la Compañía de María se hiciera cargo del Colegio Stanislas en 1854. Habíamos dejado al abate Lalanne en su Colegio de Layrac debatiéndose en medio de deudas nunca extinguidas. Con autorización del P. Chaminade se había responsabilizado personalmente de esas deudas, descargando, en parte, a la Compañía de María, de apuros demasiados reales. En 1845 liquidaba el colegio y se iba a trabajar valerosamente a París, hasta tanto que sus acreedores estuvieran resarcidos. En 1850 lo encontramos al frente de una Institución Santa María, de la calle des Temes, y más tarde director de la sección eclesiástica de la Escuela de los Carmelitas. Por el mismo tiempo aceptaba la Compañía, por intervención suya, una sucursal de la Institución Santa María, en la calle Bonaparte.

Así las cosas, la víspera del 8 de diciembre de 1854 (víspera de la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción de María) recibía el P. Lalanne la visita del abate Euquet, vicario general, quien a quemarropa le proponía en nombre del arzobispo, monseñor Sibour, la dirección del Colegio Stanislas. Al día siguiente, sin más tardar, el P. Lalanne escribía sobre ello al P. Caillet.

Desde la votación de la Ley Falloux, la Compañía recibía de muchos sitios peticiones de abrir colegios de enseñanza media y, en este mismo año, había aceptado la dirección de un Colegio en San Juan d'Angely. Por eso, el superior no estaba muy inclinado a escuchar al P. Lalanne. Aceptar la responsabilidad de un gran establecimiento, como Stanislas, con el compromiso de rehacerlo, pues por el momento había decaído a no más de un centenar de alumnos, le parecía una aventura loca. Pero el P. Lalanne supo defender con tanto acierto su querido Colegio que el P. Caillet se decidió a ir a Paris y, en última instancia, lo dejó al arbitrio del arzobispo de la capital como expresión de la voluntad divina. Este acto de fe instauró a la Compañía de María en la antigua Institución Liautard.

Bajo la hábil dirección del P. Lalanne, secundado por un ecónomo sin par, M. Félix Fontaine, Stanislas reemprendió muy pronto su marcha siempre hacia arriba.

Ya es conocida la peculiaridad del Colegio Stanislas en la historia de la enseñanza en Francia. Por una especie de "unión sacra", que se mantuvo bajo todos los regímenes hasta 1903, Stanislas estaba dirigido por sacerdotes o religiosos, con la colaboración de la Universidad, que suministraba los titulares de las clases de segunda enseñanza.

Los nombres ilustres de Gratry, Ozanam, Le Verrier figuraban en el cuadro de directores y de profesores, y entre los antiguos alumnos se contaban el rey Carlos-Alberto de Saboya, los obispos Blanquart de Bailleul, arzobispo de Rouen; d'Héricourt, obispo de Autun; Thibaud, de Montpellier; De Marguerie, de Autun; Dupuch, de Argel; De Dreux-Brézé, de Moulins; gran número de miembros de las distintas asambleas políticas, de miembros del Instituto de Francia, etc.

Desde 1856, también por iniciativa del P. Lalanne, se había abierto otra nueva Institución Santa María en la margen derecha, calle de Berry, poco después trasladada a la calle Monceau. Así, pues, la Compañía de María tenía en plena capital tres establecimientos de educación. Por esta razón el Capítulo de 1858 reconoció la conveniencia de trasladar la sede de la Administración general a París.

A finales de 1860, el P. Caillet y sus asistentes entregaban la Madeleine y sus múltiples obras al P. Perrodin, que aseguraría un largo período de apostolado, hasta 1900, y se trasladaron a París de inmediato a la Institución Santa María de la calle Berry, más tarde junto al Colegio Stanislas, calle Montparnasse.

La Compañía de María de Burdeos pasaba a ser la Compañía de María de París.

Poco después morían casi seguidos dos asistentes generales, el señor Clouzet -uno de los primeros miembros de la Compañía- y el P. Fontaine. Fueron sustituidos por el director y el ecónomo del Colegio Stanislas.

13.

Sacerdotes y laicos al servicio de la Iglesia

Aprobación canónica.

Generalato del P. Cheveaux.

1865-1876.

Habían transcurrido veinticinco años desde el Decreto laudatorio, y parecía haber llegado el momento de pedir a Roma la aprobación definitiva de la Compañía de María.

Al mismo tiempo, había que revisar las Constituciones para presentarlas a la Santa Sede. El P. Caillet había convocado para este efecto el Capítulo General de 1864. El trabajo de revisión, encomendado por el Capítulo a una comisión, estaba listo a principios de 1865.

El superior general salió para Roma con el fin de presentar las proposiciones del Capítulo; le acompañaba el joven subdirector de Stanislas, P. de Lagarde. La súplica, que llevaba redactada, hacía constar los progresos realizados en la Compañía: casi 1.000 religiosos distribuidos en 120 comunidades y en 5 provincias, de las cuales una en América; el número de niños atendidos en las escuelas superaba los 20.000.

Esta súplica alcanzó pleno éxito: el 12 de mayo concedía Pío IX la aprobación canónica a la Compañía de María.

La aprobación de las Constituciones vendría después, "vencidos los plazos usuales y tras las correcciones que se indicaban en una serie de "animadversiones".

La primera de estas animadversiones se refería a la dirección de las casas: la Sagrada Congregación exigía que todos los directores de comunidad fuesen sacerdotes. Fue una consternación; primero, en el superior general; luego, en toda la Compañía, pues esta exigencia trastornaba completamente su organización.

En efecto, la mayor parte de las comunidades trabajaban en pequeñas escuelas primarias: ¿por qué razón y cómo lograr que al frente de cada una de ellas hubiese un sacerdote? ¿No era eso, además, colocar a los Hermanos en una situación de radical inferioridad, ya que se les consideraba incapaces de desempeñar ningún cargo de autoridad? ¿Qué quedaba entonces de la idea maestra del Fundador, la estrecha unión de sacerdotes y laicos en una misma labor de apostolado?

La Compañía se convertía así, fatalmente, en un Instituto pura y simplemente clerical, con el riesgo de que los Hermanos quedaran reducidos a la condición de simples donados. Una de las bases esenciales de la Compañía de María estaba en peligro.

El Capítulo General, convocado inmediatamente en París para el 5 de septiembre de 1865, consideró la situación tanto más grave cuanto que ya se habían manifestado, unos años antes, gérmenes de división, tributo del que no se libra ninguna sociedad en crisis de crecimiento. Después de acaloradas discusiones, uno de los capitulares hizo un llamamiento a la confianza: "¡La Santísima Virgen no puede dejar que su obra sucumba!"

Esta palabra de fe volvió a coadunar los espíritus de todos los religiosos, y, a propuesta del P. Lalanne, el Capítulo decidió enviar a Roma a dos delegados, encargados de pedir respetuosamente que se retirase la primera animadversión. Fueron designados para esta comisión el propio P. Lalanne y el señor Girardet, una de las personas más conspicuas de la Compañía en esa época. Sus esfuerzos dieron resultado positivo, y un Rescripto del 16 de febrero de 1866 limitó la obligatoriedad del sacerdote-director a las casas que contaran 12 profesores definitivos; obligatoriedad que, por lo demás, tampoco se mantuvo después.

No obstante esto, la turbación había invadido los espíritus y persistía el malestar. El religioso que por entonces estaba al frente de la Institución Santa María de Besançon, el P. Simler, muy escuchado ya en la Compañía, diagnosticó certeramente la situación: era "crisis de crecimiento", pero precisamente la que precede inmediatamente a la expansión de la madurez.

El mismo debía, muy pronto, presidir los destinos de la Compañía y acabar de darle su organización.

Para poner remedio al mal de confusión que aquejaba a las comunidades marianistas, se consultó a la Santa Sede, y ésta aplicó el tratamiento más seguro: nombró un Visitador Apostólico, dándole la misión de informarse e informar con todo cuidado sobre el estado de espíritu y los anhelos de las comunidades, para llegar a la completa pacificación.

El cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon, aceptó gustoso esta misión. Dicho cardenal conocía y amaba desde hacía mucho tiempo a la Compañía de María, a su fundador y sus obras.

A pesar de su avanzada edad y de sus múltiples responsabilidades, se fue de comunidad en comunidad y compartió, en todo, la vida de los religiosos. Tuvo con cada uno de ellos una conversación particular: anotaba cuanto se le decía, redactaba luego su informe, lo leía y, una vez leído, lo ponía a la firma del religioso. Los religiosos de Austria y de América enviaron por escrito sus observaciones. El cardenal dedicó a esta labor varios meses del año 1868; luego presidió el Capítulo general, ante el cual dio cuenta de los resultados de su visita apostólica: la inmensa mayoría de los religiosos

pedía que se mantuviese la Compañía según el plan y el espíritu de su Fundador.

Entonces, el cardenal acudió a Roma y dio cuenta al Sumo Pontífice de los resultados de su encuesta.

Hay un detalle de esta audiencia que merece especialmente recordarse; pero para entenderlo bien necesitamos volver un poco atrás y recordar algunos hechos.

El santo cura de Ars había demostrado su estima y afecto por la Compañía de María en dos ocasiones al menos. A un rico propietario de Cousance (Jura) que le consultaba en 1850 sobre la fundación de una escuela, el santo cura le aconsejó que la confiara "a los Hermanos de María de Burdeos". Algunos años después, un religioso de la Compañía, el señor Babey, profesor en el colegio de Lons-le-Saulnier, vino a consultar al santo cura sobre su vocación.

"Yo le dije que era religioso, Hermano de María.

-¡Hermano de María! ¡Religioso de la Compañía de María! ¡Oh, qué hermosa vocación! ¡Qué hermosa Compañía!

-Luego ¿usted la conoce?

-Sí, la conozco. Esta Compañía está llamada a hacer un bien inmenso en la Iglesia; perdurará hasta el fin del mundo, y todos los religiosos que mueran en esta hermosa Compañía irán al cielo. ¡Guárdese usted muy bien de abandonar algún día esta hermosa Compañía, para hacerse jesuita, trapense o cartujo, porque se condenaría usted si saliese de tan hermosa Compañía!".

El feliz peregrino de Ars había puesto por escrito, con todo detalle, el relato de esta conversación. Tuvo buen cuidado de mostrárselo al cardenal Mathieu, y el cardenal a su vez se lo mostró al Santo Padre.

Pío IX quedó impresionado por las palabras del santo cura. Y preguntó al cardenal: "¿Usted conoce al sacerdote que ha escrito esto? ¿Cree usted en la verdad de este relato?" El cardenal confirmó la verdad del relato.

Y, de este modo, la influencia sobrenatural del abate Vianney no fue ajena a la concesión de los favores otorgados en esta ocasión por la Santa Sede a la Compañía de María.

En efecto, como consecuencia de la intervención del cardenal-visitador, un decreto, fechado el 30 de enero de 1869, fijó definitivamente la constitución peculiar de la Compañía. "La Compañía de María, tal y como ha estado compuesta hasta el presente, quedará compuesta en el futuro: de socios tanto sacerdotes como laicos. El superior general de dicha piadosa Sociedad, el asistente general llamado jefe de celo, así como el asistente general llamado jefe de instrucción, los provinciales, los maestros de novicios y los superiores de los colegios de enseñanza secundaria clásica, serán sacerdotes. Para desempeñar todas las demás funciones, podrán ser designados los laicos, salvo cuando esas funciones requieran el carácter sacerdotal".

Este decreto hace época en la historia de la Compañía de María. Su crisis más temible quedó conjurada para lo sucesivo. Robustecida por la prueba, iba a continuar su desarrollo y proseguir su misión en la Iglesia.

El breve generalato del P. Chevaux, elegido en ese mismo Capítulo de 1868, fue marcado por la repercusión que la guerra franco-prusiana tuvo en las obras numerosas y florecientes que la Compañía llevaba en Alsacia. Contaba allí la Compañía de María 32 establecimientos, con un personal de más de 300 religiosos y cerca de 9.000 educandos. En esta tierra fecunda se había acrecentado maravillosamente la familia Marianista, de modo que entre Alsacia y la Compañía existía un vínculo íntimo e indisoluble.

En los primeros meses que siguieron a la anexión, las escuelas de la Compañía habían recuperado su curso normal. Se había respetado con resignación la ley del vencedor, que prohibía la enseñanza del francés. Pero en febrero de 1872 hubo un primer sobresalto: un decreto de Berlín ordenaba la incorporación de los jóvenes alsacianos al ejército alemán, incluyendo a los religiosos, que gozaban de exención bajo el régimen francés. Al mes siguiente, nueva conmoción, más grave, como consecuencia de la ordenanza sobre la opción: los alsacianos que optasen por seguir siendo franceses debían declararlo antes de 1.º de octubre... y abandonar el país. Un tercio de

los alsacianos cruzó los Vosgos. Los superiores de la Compañía dejaron total libertad de opción a los religiosos. Cierta número de ellos se fueron también y se hizo necesario cerrar; cinco casas. Otros, a ruegos del Clero, creyeron de su deber quedarse y esperar acontecimientos. El gobierno alemán se encargó muy pronto de sacarlos de dudas.

El Kulturkampf iba a hacer estragos en toda Alemania. En junio de 1872, un decreto de Bismarck excluía de la enseñanza a los religiosos, y una ley del Reichstag ordenó la expulsión de los jesuitas y "sus afiliados", entre los cuales figuraban los Marianistas en uno de los primeros renglones de la lista de proscritos.

Las autoridades locales trataron de contemporizar. Un inspector alemán que se atrevió a proponer la secularización al hermano director de Haguenau tuvo que oír esta respuesta: "Prefiero mi hábito a todo vuestro imperio". En el otoño de 1874, todos los religiosos de la Compañía, a excepción de algunos hermanos de edad muy avanzada, tuvieron que abandonar Alsacia. Se dieron escenas desgarradoras. En la Iglesia de Ribeauvillé, durante el sermón de despedida, los sollozos de los fieles cubrían la voz del pastor. En Colmar, los 24 religiosos fueron a la estación escoltados por los 1.100 alumnos y por toda la población. "¡Qué adioses! -escribía cuarenta años después un superviviente-. ¡Quién no ha visto esta escena no se la puede figurar!"

Los superiores recibieron a los proscritos en los puestos que les habían sido preparados. A las mismas puertas de Alsacia se abrieron el postulante de Bourgogne y el colegio de Belfort. Durante treinta años, otro gobierno, pero esta vez de Francia, hará de nuevo de todos los religiosos otros tantos proscritos en su misma patria. El cierre de las escuelas de Alsacia multiplicó las fundaciones en Francia y en el extranjero. El año 1875 vio la resurrección de la Institución Santa María de Burdeos en los mismos locales de la calle Du Mirail en que había nacido medio siglo antes.

Bélgica se abrió a la enseñanza marianista. Algunos alsacianos cruzaron el océano para ir a reforzar a la joven provincia de América.

El calvario de la Compañía en Alsacia afligía al generalato del P. Chevaux. Era éste la humildad personificada. En toda la Compañía se conocía la historia de su entrada en el noviciado de Saint-Remy en 1825. Había venido a pie desde su pueblo natal, con su hatillo colgado

de un palo sobre el hombro, vestido con una larga blusa y diciendo que "no estaba muy seguro de si serviría para algo, tal vez para el trabajo en, ,el campo". Mientras se adquirían otras referencias se le ocupó en el jardín. Poco después se sabía que este joven humilde venía del seminario mayor de Besaçon y que, considerándose indigno del sacerdocio, había salido de allí para entrar en el convento.

El P. Chaminade le hizo avanzar en las Ordenes por obediencia. Muy pronto fue nombrado director de la "pequeña Trapa" de Saint-Remy. Religiosos y director vivían allí en la oración y la austeridad, y los alumnos del internado, en contacto con estos religiosos a quienes veían silenciosos o rezando su rosario, aprendían un poco de esa contemplación que era el gozo de su vida.

Llamado a Burdeos por el Fundador en 1844, el padre Chevaux fue encargado de la dirección del noviciado que se había reconstituido en la propiedad llamada Santa Ana. Allí permaneció, uniendo las funciones de maestro de novicios y de asistente general, jefe de celo, hasta que la Administración pasó a París. Los religiosos le veneraban como a un santo y su fama de bondad le había elevado al primer puesto en la Compañía.

Llegaba a su hora justa. Después de las tormentas de los años 1865 a 1868, se necesitaba en la Compañía f un moderador, un pacificador que trajera la paz a los espíritus y a los corazones. A su alrededor se agrupaban, como asistentes, hombres también de primeros planos: el P. de Lagarde, el P. Simler, el señor Fontaine; y completaban el equipo otros dos santos y que toda la Compañía reconocía como tales: el señor Morel, como adjunto al jefe de instrucción, y el señor Girardet, como secretario general. Con jefes de esta talla, el futuro se anunciaba rico en promesas.

También la memoria del Fundador comenzaba a iluminarse con una luz que ya no debería extinguirse. El traslado de sus restos desde el panteón de los canónigos bordeleses a una tumba erigida especialmente en su honor, marcaba el comienzo de un culto popular que, desde entonces, no ha hecho sino crecer.

Una multitud de gentes humildes acudió al cementerio de la Cartuja, y la piedad popular sigue manteniendo en su tumba las flores de una eterna primavera.

El P. Chevaux, a quien una salud frágil no había impedido rendir un largo ministerio, murió en 1876, poco después del P. Caillet, al que había cerrado los ojos.

El Capítulo general, reunido sin demora, eligió para sucederle al P. Simler. Un generalato largo e importante había comenzado.

14.

Religiosos, antes que nada...

Impetu y expansión.

El gran generalato del P. Simler.

1876-1905.

Nacido en Saint-Hippolyte (Alto Rin), José Simler había seguido las clases del internado que en esa ciudad dirigían los marianistas. Manifestó desde muy joven el deseo de ser misionero y le propusieron que fuese a América para reforzar la pequeña comunidad que la Compañía acababa de enviar allá. Todo estaba a punto para la salida; pero al ser informados de ello, los superiores mayores le aconsejaron que hiciese su noviciado y terminase sus estudios en Francia. A lo cual contestó José Simler: "Yo me considero ya como religioso de la Compañía de María; en mi calidad de tal, debo dejarme dirigir: nada mejor que eso puede hacerse en la vida religiosa, y espero que sea esa mi disposición fundamental todos los días de mi vida".

Así, pues, el joven postulante emprendió el camino de Burdeos, donde hizo su noviciado bajo la dirección del P. Chevaux. Fue, primero, profesor en la Institución Santa María de la calle Bonaparte, en París; más tarde, también profesor en la Institución Santa María, de Besançon; luego, director de esta institución; y acababa de ser llamado a París para tomar la dirección de la sección primaria del Colegio Stanislas, cuando el Capítulo de 1868 lo eligió para asistente general, jefe de instrucción. Cuando en 1876 empuñaba el gobierno de su familia religiosa, estaba el P. Simler en la fuerza de la salud.

Una fisonomía expresiva, de las que no se olvidan una vez vistas; unos ojos de color gris claro y de mirar franco y dulce; una sonrisa tranquila; un talante de fuerza y de bondad; así era quien durante más de un cuarto de siglo debía proseguir la obra del Fundador y darle su forma definitiva.

Su actividad alcanzó todos los terrenos. En primer lugar, era cuestión de robustecer la Compañía misma, para poder luego extender su obra apostólica por todo el mundo.

Para lo primero, el P. Simler se fijó tres grandes objetivos: fijación definitiva de la Regla, con miras a su aprobación canónica; intensificación del espíritu religioso; formación de los religiosos jóvenes.

Los acontecimientos de todo género, acaecidos en Francia y en Roma desde la primera aprobación, en 1865, retardaron la aprobación canónica definitiva de las Constituciones, última meta y garantía suprema a que debe llegar cualquier fundación religiosa. Antes de pedir esa aprobación, el superior general propuso, sin pérdida de tiempo, una nueva revisión del texto. Como aspiraba a dotar a sus hijos de un código de perfección, quería que el texto de la Regla pudiese también nutrir su vida espiritual. Retocó con ese criterio todos los capítulos y los distribuyó en un orden más lógico, agrupándolos en dos libros. El primer libro trataba de la naturaleza, el fin y los medios de la vida religiosa en la Compañía de María; el segundo describía la organización, estructuras de gobierno y los deberes propios de cada clase de personas. Con encuadre nuevo, se mantenían los viejos artículos que contenían el pensamiento del Fundador.

El Capítulo general de 1881 examinó el trabajo presentado por el superior general y lo adoptó por unanimidad. La nueva redacción se envió a Roma y fue aprobada en 1886, para una vigencia de siete años. Pero por diversas circunstancias se adelantó la fecha de la aprobación definitiva, y el 17 de julio de 1891 el Sumo Pontífice reinante, León XIII, firmaba el decreto por tanto tiempo esperado.

El Superior General atribuía todo el éxito de la empresa a la Madre del Buen Consejo, y en agradecimiento a esa intervención introdujo en el calendario propio de la Compañía la fiesta de esa advocación.

También se debe a los cuidados del superior Simler un Libro de usos y costumbres, que se publicó muy pronto, completando en detalle las direcciones dadas por las nuevas Constituciones.

El P. Simler había heredado del Fundador el espíritu y la firme voluntad de hacer de los religiosos "un pueblo de santos". Con miras a lograrlo, compuso gran número de circulares, verdaderos tratados, en que sucesivamente iba instruyendo a sus hijos sobre la piedad, la confianza filial, los hombres de Dios, la autoridad, los rasgos característicos de la Compañía... En la primera desarrollaba el tema central de la espiritualidad marianista: la piedad filial hacia María. Simultaneó con la publicación de las circulares la de varios opúsculos, tales como Guía del hombre de buena voluntad en el ejercicio de la oración; el Pequeño catecismo de la oración mental; Biografía de religiosos, y, por fin, la gran obra que la Compañía estaba esperando desde hacía tiempo: la vida del Fundador. El P. Simler estaba preparándola desde hacía mucho tiempo.

Las vacaciones forzosas durante el asedio de París le habían invitado a compulsar los archivos de la Compañía: había pedido diversas veces a los religiosos antiguos que redactasen sus memorias... Con ayuda de estos documentos -y el concurso de su celoso secretario, el P. Klobb, perito en métodos históricos, el P. Simler publicó en 1901 La Vida del Buen Padre G. J. Chaminade, para la que el cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos, quiso escribir el prefacio.

Es un trabajo digno del Fundador y será siempre la base en que tendrán que fundarse las demás biografías y los estudios históricos que se refieran a la Compañía de María. El P. Simler se muestra en ella deslumbrado por la grandeza del personaje y de su obra. "¡Obra gigante es nuestro Fundador! A su lado, nosotros somos unos pigmeos."

El único punto que en la obra ha tenido que reajustarse ha sido lo concerniente a los últimos años del P. Chaminade. Numerosos documentos, y de primerísima importancia, como el sumario presentado a la Congregación de Obispos y Religiosos, de acuerdo con la lamentable Memoria escrita por el abate Roussel, han sido conocidos después y han obligado a rectificar no ciertamente la opinión del P. Simler sobre la santidad del Fundador, pero sí la interpretación que le llevaba a calificar como escrúpulos e idea fija a las actitudes de

protesta que el servidor de Dios mantuvo, contra el comportamiento de sus asistentes y de su sucesor.

Uno de los puntos sobre los que en repetidas ocasiones se había manifestado la preocupación de la Compañía era la insuficiente formación de los religiosos, empleados antes de tiempo por causa de las necesidades apremiantes de las obras y quemados demasiado pronto por el fuego de la acción. El P. Simler institucionalizó las diversas etapas de la formación y la proveyó de los métodos oportunos. Trazó prudentes reglamentos para los postulados y los noviciados. Mejor todavía, estableció en Ris-Orangis, cerca de París, una casa de formación donde pudiera por sí mismo, en visitas frecuentes, hablar con sus hijos de todo lo que constituía la esencia de su vocación.

Al escolasticado de estudios primarios de Ris se enviaban los nuevos profesos de las diferentes provincias francesas, con lo cual se aseguraba la unidad de formación.

El escolasticado de Besançon agrupaba junto a la Institución Santa María a los jóvenes religiosos destinados a la enseñanza secundaria.

Por fin, en París, al lado de la Casa Madre y del Colegio Stanislas, organizó el escolasticado superior, adonde acudían de todas las provincias, incluidas las más lejanas, los jóvenes que estaban destinados a una formación más intensa.

Quedaba por organizar la formación de los sacerdotes. El P. Simler procedió por el momento a agrupar a los Jóvenes seminaristas, sea en la misma Casa Madre, sea enviándolos al Colegio que había abierto en Roma la Compañía, para que desde él acudieran a los cursos de la Minerva o de la Gregoriana.

Pero lo que él quería era un seminario propio para la Compañía de María: vio realizado su proyecto en 1897, fecha en la que quedó establecido este centro de estudios en Antony, cerca de París. Desde esa fecha, los pasos del P. Simler ya no se dirigieron tanto hacia Ris; fueron también frecuentes hacia el nuevo seminario. Junto a éste decidió también crear una especie de escolasticado superior para los jóvenes religiosos laicos, que ya llevaban varios años dedicados a la

enseñanza: en Antony podían renovarse en su doble formación religiosa y profesional.

Con el fin de desarrollar más todavía la unión entre las diferentes comunidades hacía falta una revista. El Capítulo de 1896 formuló un voto en este sentido y la revista apareció con el título de Mensajero de la Compañía de María; su publicación se interrumpió temporalmente durante la persecución de 1903, para reaparecer con el título de El Apóstol de María, que, por fin, se desdobló en varias revistas distintas, por continentes o países.

Todo lo que precede son algunos de los rasgos más salientes de la acción que el P. Simler ejerció, pero esa acción fue todavía más profunda por sus conferencias, sus múltiples visitas a través de las provincias, sus cartas de dirección espiritual, etc. Verdaderamente fue un jefe y un padre.

Al mismo tiempo que la Compañía, gracias al celo de su superior, constituía comunidades formales y dinámicas, gozaba de la bendición de Dios y de María en forma de vocaciones más numerosas y de crecientes posibilidades de expansión. Los principios que guiaban al P. Simler en este punto eran los mismos del Fundador: estar siempre dispuesto a responder a las órdenes e incluso a las simples invitaciones de Dios y nunca negarle nada. De hecho, las peticiones de fundación abundaban, de modo que siempre era necesaria alguna selección.

Ante todo, quiso el Buen Padre asegurar a la Compañía obras en sitios donde podían encontrarse vocaciones; por eso aceptó varias fundaciones en el Oeste, en Vendée y Bretaña. Su preferencia se inclinó en primer lugar hacia las escuelas primarias. El comienzo de su generalato había coincidido con la persecución de la escuela cristiana en Francia. Casi todas las escuelas primarias que hasta entonces había fundado la Compañía de María eran escuelas comunales; y el primer ataque partió de los ayuntamientos sectarios a raíz del famoso discurso de Romans en 1878. Unas quince escuelas marianistas fueron suprimidas en esos municipios, si bien la mayor parte de ellas se volvieron a abrir casi en seguida gracias a la acción de los católicos en favor de sus escuelas.

En 1882, el Decreto Ferry proclamaba el laicismo en la escuela. La consigna que dio el P. Simler en esa ocasión fue muy precisa:

“Aguantar en los puestos mientras exista la posibilidad de mantenerse; tenemos la misión de dar la educación cristiana incluso en las circunstancias más desfavorables.” Otras dos escuelas marianistas fueron cerradas porque en ellas se había hablado de Dios.

Por fin, apareció la ley del 30 de octubre de 1886: pura y simplemente se excluía a los religiosos de la enseñanza pública. En 1892, la Compañía de María no dirigía ya ni una sola escuela municipal. En cambio, había aceptado muchas escuelas libres; en 1903 eran en número de 75.

Paralelamente se había desarrollado la segunda enseñanza: Saint-Remy, Besançon, los dos Colegios de París, los de Cannes y de Belfort estaban en plena prosperidad. La dirección del Colegio Stanislas había pasado en 1871 de las manos del P. Lalanne a las más jóvenes del P. de Lagarde, pues desde principios de la guerra de 1870 el P. Lalanne había sido enviado por sus superiores al Instituto Stanislas de Cannes, fundado antes bajo su inspiración.

En Cannes permaneció el P. Lalanne hasta la elección del P. Simler, pues el nuevo superior general, para honrar y hacer servir mejor en beneficio de toda la Compañía las reconocidas cualidades de aquel técnico en obras de educación, le nombró inspector general de los colegios de secundaria de la Compañía; el P. Lalanne desempeñó admirablemente ese cargo hasta su muerte, ocurrida en 1879, en el curso de una de sus visitas a Besançon.

El P. de Lagarde es una de las figuras más grandes de la Compañía de María. “Tenía la prestancia, se ha escrito, de un caballero que hubiera ocultado su armadura bajo los pliegues de una sotana.” Según monseñor D'Hulst, su panegirista, que le conocía a fondo y no acostumbraba adular a nadie, “era de la raza de los santos”.

La vida muy colmada del P. de Lagarde, su inmensa actividad tanto en la dirección de las almas como en el gobierno del Colegio, ha sido recogida por el P. Simler en dos gruesos volúmenes. El P. de Lagarde había dado al colegio esta divisa: “Francés sin miedo, cristiano sin tacha”; y se dedicó, a pesar de las torturas de su estómago siempre estropeado, a realizar ese ideal en aquellos niños y aquellos jóvenes a quienes sabía atraer a Jesucristo. Es él quien concertado con monseñor De Ségur, el santo ciego, organizó definitivamente el

ceremonial de la primera comunión que ha perdurado en la práctica de los colegios marianistas.

Bajo la dirección del P. de Lagarde, Stanislas duplicó su alumnado y sobrepasó los 1.200. Hubo que multiplicar las secciones, aunque conservando los cuadros tradicionales de Colegio Superior, Colegio Medid y Colegio Menor. Del mismo modo fue creada la Sección Preparatoria para las Escuelas Superiores (Politécnica, Central, Militar, Naval); luego las clases de sección se escindieron en verde, rosa, azul, etc.

Agotado por el trabajo y la enfermedad, el P. de Lagarde murió en 1884, admirado y amado por todos los que le trataron.

El P. Prudham, subdirector de Stanislas desde 1869, recogió esta pesada herencia. Dotado de una memoria portentosa y, más que nada, de un perfecto dominio de sí mismo, el nuevo director se movió siempre con facilidad en la compleja obra, que pronto iba a alcanzar su máxima: 1.600 alumnos.

No se sabe cómo llegaba a conocerlos a todos en poco tiempo. Uno de sus antiguos alumnos, el señor Luis Gillet, lo ha retratado admirablemente: "Si quisiéramos pintarlo con una sola palabra, esta palabra sería paciencia. En él hubiera parecido un imposible cualquier desigualdad de humor, cualquier arrebató, cualquier movimiento brusco. Nunca se le vio enfermo; nunca desazonado. Esta serenidad inalterable de su carácter se extendía a todos los aspectos de su existencia, y a todos imponía respeto. En diez años no pareció envejecer ni uno. Es un privilegio de que gozan quienes se entregan a los jóvenes: no conocen la vejez.

Esa edad, a la que se cree ingrata y que ama a quienes la aman, retorna a éstos, en pago, un reflejo de su propio amanecer."

El secreto de esta fuerza residía, una vez más, en la vida religiosa del director. Se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana; celebraba cada día su misa y pasaba mucho tiempo en oración. Fortificado por la oración, se metía en el trabajo y no salía de él hasta la noche, para volver a la oración.

Entre los miembros de esta gran comunidad de Stanislas, dos suscitan la admiración sobre los demás: el P. Leber, prefecto de disciplina, y el señor Carlos Biehler, director particular de la Escuela Preparatoria. El primero, sacerdote de piedad profunda, era de naturaleza ardiente, un "volcán", como le llamaban, adorado por los alumnos mayores, a quienes iniciaba en las obras sociales. El segundo era un religioso modesto y sacrificado, matemático de primer orden, tanto como los maestros más eminentes, al estilo de Hermite, que se honraba con su amistad.

Rodeado con colaboradores de esta talla, el P. Prudham conoció grandes éxitos. En el concurso nacional de Liceos aparecían citados normalmente en la lista de 45 a 50 nombres de Stanislas y, con raras excepciones, un premio de honor, cuando no dos o tres.

En provincias, otras nuevas fundaciones se habían añadido a la lista de los colegios marianistas: en 1874 el colegio de San Francisco de Sales, en Thonon; en 1882, la Escuela Fénelon, en La Rochelle, por traslado del colegio de San Juan d' Angély; en 1884, la Escuela de San Carlos, en Saint-Brieuc, que debía hacerse célebre por su Preparatoria para la Escuela Naval; en 1894, la Escuela Santa María, en Burdeos-Caudéran, continuadora de la Institución Santa María, de la calle du Mirail.

En todas estas casas sobresalía un carácter que muchos de sus antiguos alumnos se han complacido en subrayar: un gran espíritu de familia entre profesores y alumnos. También del lado de los maestros, una exigencia porfiada en el trabajo, con miras a entusiasmar a sus alumnos y asegurar los resultados, pues en los jóvenes el trabajo produce madurez y equilibrio y hace florecer la vida cristiana. Todo ello sazonado por el entusiasmo contagioso de los maestros en propagar la confianza en aquella que el P. Chaminade gustaba proclamar como Madre de la juventud.

En el extranjero se revelaba el mismo progreso. Al iniciarse el generalato del P. Simler, la Compañía no tenía más que una treintena de casas fuera de Francia: cuatro en Suiza (Altdorf, Basilea, Brigue, Sion); una en Bélgica; una en Alemania (Maguncia); tres en Austria (Viena, Graz, Frohsdorf); 24 en Alemania.

Treinta años más tarde, a pesar de que la persecución obligaba a cerrar las florecientes escuelas de Basilea y condenaba a la comunidad de Maguncia a morir por extinción, el número de casas, fuera de Francia, pasaba de las 80 y la Compañía de María contaba con religiosos en las cinco partes del mundo.

Las obras de Suiza se desarrollaban, sobre todo, en el Valais, donde todavía actualmente dirige la Compañía la Escuela Normal Bilingüe del Cantón. En Bélgica se crearon nuevas escuelas populares. En Austria, la Asociación Católica de la Enseñanza confiaba a la Compañía la dirección de la Escuela Normal de Viena, y seguían otras fundaciones importantes.

Llegó también la hora de entrar en España y en Italia.

España, tierra bendecida por Nuestra Señora del Pilar, cuna de la Compañía de María, no podía estar cerrada a los hijos del P. Chaminade. El rey Alfonso XII era antiguo alumno de Stanislas, en el que había pasado dos años, durante el destierro en París de su madre Isabel II, destronada por la Revolución española de 1868. A la muerte de Alfonso XII, la reina María Cristina heredó de él su admiración por la Compañía. Luego de algunas gestiones, se abrió en San Sebastián el primer colegio Santa María en 1887.

La católica España se prendó de una familia religiosa que se decía proceder de Nuestra Señora del Pilar. El aflujo de vocaciones permitió emprender sucesivamente las fundaciones de Jerez en 1888, Vitoria 1889, Cádiz 1892, Escoriaza 1895.

En menos de diez años, la Compañía de María contaba con cerca de cien religiosos españoles. Quedó erigida la provincia de España bajo la dirección del padre Olier, a quien sucedió el P. Delmas, hombre de gran inteligencia y gran corazón. A los dos guardan los marianistas de España un agradecido recuerdo.

En la segunda visita "ad limina" del P. Simler, le había dicho el Papa León XIII: "Bueno, ya habéis venido a Roma. ¿Sabéis lo que debéis hacer ahora? Debéis quedaros." En 1884 nuevamente insistió el Papa. El superior general tomó inmediatamente las medidas para obedecer al Vicario de Jesucristo. Solicitó y obtuvo un cardenal-protector, monseñor Czacki, antiguo nuncio en París y buen amigo de la Compañía; después se compró un solar no lejos de San Juan de

Letrán y como bajo los ojos de Santa María la Mayor. Así, nació, en 1887, el colegio de Santa María, al mismo tiempo que quedaba organizada en Roma la Procura de la Compañía de María. Unos años más tarde, en 1901, se abrió en Pallanza un "Convitto Santa María", en el maravilloso paisaje del lago Mayor.

En los Estados Unidos de América, el grano de mostaza sembrado allí por la fe del P. Meyer se había hecho un gran árbol. Establecida la Compañía en las más importantes ciudades de la Unión, dirigía ya numerosas y populosas escuelas parroquiales. Al final del generalato del P. Simler, la provincia de América contaba 42 casas y casi 400 religiosos.

Por fin, bajo el fuerte impulso de este superior, la Compañía de María abordaba los países de misión. Pero esto merece capítulo aparte.

15.

Ir hasta el fin del mundo, si Dios lo pide

Las primeras misiones de la Compañía de María. 1880-1905.

"¡Todos misioneros!», había dicho el Fundador, y hemos visto cuál era el sentido amplio que daba a la palabra. Por otra parte, la orientación de las obras de la Compañía hacia la enseñanza y la educación parecía limitar el campo del apostolado marianista a los países de civilización cristiana. Pero desde siempre, las sociedades directamente dedicadas a la evangelización de otras civilizaciones han comprendido que si quieren hacer obra durable, es indispensable crear escuelas cristianas. Enseñar el catecismo a los paganos está bien; pero instaurar toda una civilización conforme con los principios del Evangelio no es posible sino por la educación de la juventud: es una verdad de aplicación universal. Por eso, tanto la Santa Sede como los misioneros hicieron llamamientos a la Compañía de María.

Ya en 1823, el Fundador exclamaba: "Deberemos ir hasta el fin del mundo si Dios allí nos llama." Y Dios llamó por las circunstancias y por los deseos manifestados por la Santa Sede:

“Habéis escogido la mejor parte, decía al P. Simler el cardenal Ledochowski, prefecto de la Propaganda Fide; se encuentran más fácilmente misioneros predicadores que misioneros educadores; por eso, contáis con toda nuestra benevolencia.”

La primera expedición de misioneros marianistas había sido dirigida hacia los Grandes Lagos de Canadá, regiones todavía incultas por entonces, evangelizadas por los Oblatos de María en 1880. “Ahora moriré en paz, escribía el arzobispo de San Bonifacio, monseñor Taché, porque la obra a la que he dedicado los cuarenta años mejores de mi vida está asegurada para el futuro, gracias a la educación cristiana de los niños” La obra se desarrolló, y en un país llamado hoy provincia de Canadá continúa formando comunidades cristianas.

Al año siguiente, 1881, los religiosos marianistas aportaban su concurso a los Franciscanos en su misión de Trípoli. Durante treinta años anunciaron la buena nueva en ese medio, poblado por católicos, ortodoxos, musulmanes y judíos, y cuando las circunstancias políticas exigieron su salida, ya habían preparado bien el terreno donde otros podrían cosechar. Entre tanto, los misioneros marianistas habían enjambrado en Tunicia y una tras otra habían establecido escuelas en Sfax, 1882; en Túnez, 1883; en Susa, 1885, y dirigieron obras importantes hasta 1903.

En 1883, los P. de Picpus (Sagrados Corazones) llamaron a la Compañía de María a colaborar con ellos en sus misiones de las islas Hawai. En otoño de ese año, un primer grupo de Marianistas salía de Dayton (Estados Unidos) y desembarcaba en Honolulu. Monseñor Hermann, vicario apostólico, quiso recibirlos personalmente y darles la bienvenida en su catedral, donde asistieron los misioneros a una misa de acción de gracias. Dato interesante: el celebrante era nada menos que el P. Damián, el heroico apóstol de los leprosos.

La pequeña comunidad se dividió: mientras tres de los hermanos se hacían a la mar de nuevo, para llegar a la isla de Maui y fundar allí la escuela de San Antonio en Wailuku, los otros cinco tomaban posesión del Colegio San Luis de Honolulu, situado en un parque maravilloso como no se encuentran sino en los trópicos. Tres años más tarde, 1886, se abrió un tercer establecimiento con el nombre de Escuela Santa María, en Hilo, isla de Hawai.

El colegio San Luis empezó con algunos alumnos solamente: muy pronto rebasaba los 1.000, que pertenecían a todas las nacionalidades: hawaianos, portugueses, japoneses, americanos, ingleses, chinos, alemanes, noruegos... Desde 1928, el colegio se estableció en un vasto terreno, desde donde se disfruta de una vista espléndida sobre la ciudad y la rada. Los progresos del catolicismo son rápidos en él: en 1928 los dos tercios de los alumnos son católicos y cada año se dan numerosos bautismos.

La Compañía debía aportar su ayuda a otro archipiélago casi igualmente alejado en el Extremo Oriente, el Japón. Allí iba a crear obras cuyo considerable alcance ha llamado la atención y ha determinado un movimiento universal de simpatía.

Ya en 1887, monseñor Osouf, vicario apostólico del Japón septentrional y más tarde arzobispo de Tokio, llamaba a la Compañía de María para que prestase su concurso a los sacerdotes de las Misiones Extranjeras en el terreno de la educación: estimaba que una congregación dedicada especialmente a este ministerio y que se presentaba con un mínimo de apariencia monástica, era la que mejor convenía al medio tan especial, y por aquel tiempo tan receloso, del Japón.

A fines de febrero de 1888, cinco Marianistas, dos sacerdotes y tres laicos, dirigidos por el P. Heinrich, que sería con el tiempo provincial del Japón, desembarcaban en Yokohama. Su intención era tomar inmediatamente contacto con los japoneses: por eso no hicieron sino atravesar esta ciudad semieuropea para ir a Tokio, la capital del imperio.

Los comienzos fueron penosos. Todo parecía concitarse contra los recién llegados: su desconocimiento del país, la enemiga declarada de muchos europeos antirreligiosos, la hostilidad sorda de las autoridades, que todavía no habían asimilado el sentido de libertad proclamada, sin embargo, en la reciente Constitución. Después de muchas tentativas, lograron abrir en un modesto local una escuela bajo el nombre gracioso, transparente y de sabor muy japonés de Escuela de la Estrella de la Mañana (Gyoseigakko, en japonés). Aunque al empezar la escuela no tenía más que seis alumnos, fueron aumentando poco a poco y en 1891 los cien alumnos presentes tuvieron que emigrar a un local más espacioso.

Los Marianistas soñaban casi desde el principio con otra fundación en Nagasaki. Las dificultades experimentadas en Tokio se reprodujeron allí, y sólo tras múltiples gestiones, el 19 de marzo de 1892 lograron el permiso de abrir la escuela de la Estrella del Mar (Kai-sei-gakko), que hoy se eleva sobre una colina que domina la ciudad.

Unos años más tarde, en 1898, se creaba en Osaka una Escuela de Comercio, la Estrella Brillante (Meisei-gakko) , que, en cierta manera, justificó su nombre por la rapidez verdaderamente desconcertante con que se desarrolló.

Entre tanto, nuestros jóvenes misioneros educadores trabajaban en la elaboración de textos de clase, cuya aparición despertaba siempre el interés de los educadores japoneses.

En 1900 se abría en Yokohama la escuela San José, reservada a los extranjeros, mientras los nativos asistían en exclusiva a los colegios de Tokio y Nagasaki y a la Escuela de Comercio de Osaka. Gracias a esta medida, los centros de la Compañía de María obtuvieron los privilegios del "ninka" y del "nintei", largo tiempo solicitados; es decir, la asimilación de los diplomas de esos centros privados, a los diplomas otorgados por los centros del Estado para la admisión de los alumnos en las escuelas superiores, en las universidades y en las carreras administrativas, así como la facultad de obtener para los alumnos la prórroga de incorporación a filas, como la obtenían los alumnos de las escuelas oficiales.

Con todo eso, se inauguró una nueva era para las obras de la Compañía de María en el Japón: ahora es el Gobierno el que llama a los religiosos Marianistas para las cátedras de Francés, Latín o de Inglés en la Universidad Imperial de Tokio o en la Escuela de Nobles o en las escuelas militares, y son los hijos de la alta sociedad japonesa los que mañana serán los jefes de las finanzas, de la industria o del comercio quienes frecuentan los establecimientos de los marianistas. Parlamentarios, ministros, les confían la educación de sus hijos.

Por consejo de los propios obispos, los colegios marianistas japoneses han solicitado el reconocimiento del Estado y, como consecuencia, han tenido que aceptar la neutralidad religiosa, necesaria para no alejar a los alumnos japoneses.

Pero, entonces, preguntará más de uno, ¿el apostolado es imposible? De ningún modo.

En la masa pagana, en efecto, se realiza toda una obra de evangelización lenta, pero eficaz, por la catequesis que se hace fuera de las horas de clase y por los contactos cotidianos entre maestros religiosos y alumnos no cristianos. Veamos una muestra interesante.

En 1924, entre las saluciones de bienvenida que se dirigieron al Superior General, de visita a las escuelas del Japón, hubo una muy instructiva. Un alumno de dieciséis-diecisiete años (cursaba 5.º año de liceo), bautizado unos años antes en la escuela, saludaba en francés al visitador en nombre de sus compañeros de colegio. Era una reunión especial para católicos y catecúmenos; el portavoz exponía así los motivos de su conversión:

“Tenía continuamente- ante mis ojos a esos profesores extranjeros que durante todo el año visten traje negro, sin ningún adorno, y viven en medio de nosotros privándose de todo placer, y no podía menos de hallar todo eso muy raro. Pero esta impresión se borró de mi espíritu muy pronto para dar lugar a un sentimiento de admiración; porque a pesar de parecer privados de toda satisfacción nunca parecía faltarles .la felicidad. ¿Cómo será, me decía, que habiendo dejado su patria para venirse a un país tan lejano como el Japón y estando todo el día ocupados en una cosa tan poco atractiva como educar a niños extranjeros, sin embargo, se les ve a menudo reír alegremente? ¡Y con qué abnegación se ocupan de todos sus alumnos! ¿Podrían hacer más y mejor si estos alumnos fueran sus propios hijos? Viendo su vida sacrificada, he acabado por comprender lo que les movía: el espíritu de amor de Jesucristo hacia toda la humanidad. Y ésta es una de las razones que me ha llevado a instruirme en la religión católica, a fin de poder, también yo, practicar las virtudes de las que esa religión es fuente.”

El japonés se convierte difícilmente. Pero una vez bautizado permanece fiel y se hace apóstol. Así, por ejemplo, el primer alumno bautizado en la Escuela de la Estrella de la Mañana de Tokio, y cuyo nombre es universalmente conocido, el contraalmirante Yamamoto Shinjiro, que después de la primera guerra mundial fue el intérprete para francés e inglés del príncipe regente, más tarde emperador del Japón. Yamamoto ganó a toda su familia para Cristo, fundó a su vez

una familia numerosa y no ha cesado de poner su influencia al servicio de su fe.

Los antiguos alumnos se mantienen siempre vinculados a sus escuelas y a sus maestros. Los progresos del apostolado en el Japón hicieron pronto necesaria la creación de una obra que permitiera sostener las vocaciones y formar un clero y religiosos indígenas.

La Compañía de María se preocupó de ello desde 1907: de ahí nació la escuela apostólica de Urakami, fundada y sostenida con ayudas económicas de Europa, principalmente de Francia, y que para 1928 había dado más de 60 religiosos japoneses. El primer sacerdote indígena se ordenó precisamente ese año.

Por la misma época, el vicario apostólico del Chantong Meridional de China llamaba a la Compañía de María. La obra fundada en Yentchufu comprendía una casa de educación dirigida por tres religiosos franceses.

En México, marianistas españoles y franceses fundaron dos casas en 1904. Un seminario menor en Hermosillo y un colegio en Durango alcanzaron muy pronto buen éxito; pero la revolución política trajo consigo la expulsión de los misioneros extranjeros que tuvieron que abandonar el país en 1913.

16

En el nombre de María, llevar el amor de Jesús a muchos corazones

Fiestas centenarias, a pesar de la guerra. Generalato de los PP. Hiss y Sorret. 1905-1933.

En la primavera de 1901, una importante reunión agrupaba en torno al P. Simler a 250 religiosos. En toda la Compañía, extendida ya por todo el mundo, se celebraban las bodas de plata de su generalato. El Capítulo general, que debía reunirse en dicho año, había traído a

París representantes de todas las provincias, como cuadro vivo de lo realizado en veinticinco años.

La Compañía sostenía en ese momento cerca de 200 obras, de las cuales 30 colegios y 130 escuelas, a las que atendían más de 2.000 religiosos. Las casas de formación contaban 500 postulantes y novicios.

Semejante prosperidad dejaba entrever un nuevo impulso. Pero está escrito que las obras de Dios no deben vivir mucho tiempo sin experimentar esas pruebas que las purifican, aun cuando parezca que las dificultan. En ese mismo año de 1901 se estaba preparando en Francia una legislación sectaria, que la política llamada de laicismo dirigía contra las Ordenes religiosas y, principalmente, contra las Ordenes dedicadas a la enseñanza. Esta lúgubre historia es demasiado conocida y no necesitamos contarla aquí en detalle. En 1901 se obliga a todas las Congregaciones a pedir una nueva autorización y en 1903 se les niega la autorización; a todas en bloque. Basta releer los debates que precedieron a la votación amañada. La causa estaba ya sentenciada de antemano y ni se tomaron la pena de discutirla.

El primero de abril, Combes notifica al Superior General la condena de la Compañía y de todos sus establecimientos. Al día siguiente -no se perdía tiempo- se designaba un liquidador: Duez.

Y ya se sabe lo que fue...: un encarné de jauría tan escandaloso que el propio Combes quedó espantado. Duez lo purgó en las mazmorras de la Guayana.

En la Compañía fue un inmenso desbordamiento de la corriente de caridad hacia los hermanos de Francia. Las comunidades de España, de Bélgica, de Suiza acogieron fraternalmente a todos los exiliados, comprendidos también los jóvenes postulantes.

En Francia se salvaron la mayor parte de las obras de educación, gracias a la generosidad de los católicos, que tuvieron que rescatarlas de las garras del liquidador. La Administración General fue a establecerse por tiempo indefinido a Nivelles (Bélgica).

Todos estos sucesos quebrantaron profundamente la salud, ya precaria, del P. Simler. Tuvo, sin embargo, energías para visitar las

casas de España y de Suiza. Fue su último esfuerzo y su última alegría. Se apagó dulcemente en Nivelles el 4 de febrero de 1905.

En el verano de ese mismo año se reunió el Capítulo General, que eligió al que había sido primer asistente, el P. José Hiss, colaborador por muchos años del P. Simler. La serena gravedad del P. Hiss contrastaba con la sonriente hombría de bien de su predecesor.

El nuevo superior, muy entendido en administración, era, ante todo, hombre de regla y del deber. Modesto y reservado, poseía una sensibilidad íntima que en su nuevo cargo hubo de exteriorizar. Las penosas circunstancias que atravesaba la Compañía requerían un jefe muy penetrado por la fe y de serena firmeza. El P. Hiss fue ese jefe ideal:

“Si Dios dispone que esta prueba; caiga sobre la Compañía, ¿no deberemos admitir que tiene razón y que es lo que nos conviene?”

En los diecisiete años de su generalato conoció también, a su vez, el P. Hiss, toda clase de dificultades; tuvo también grandes alegrías.

En las pruebas no fue la menos cruel la de la Primera Guerra Mundial. Más de 200 religiosos fueron movilizados por los ejércitos; más de 50 quedaron en los campos de batalla de Europa. También ocurrió, en su tiempo, la muerte, vivamente sentida en la Compañía, del P. Klobb, nombrado asistente en 1905. Apenas posesionado de su cargo, recibió la misión de visitar las obras lejanas. Pero el “globetrotter” de María, como se había llamado a sí mismo, había confiado demasiado en sus fuerzas. Se vio obligado a regresar precipitadamente a Europa y en 1906 murió en un sanatorio.

Entre las grandes satisfacciones que tuvo el P. Hiss, fue una que todos los marianistas compartieron con él: la introducción en el Tribunal de Roma de la Causa de Beatificación del Fundador. En 1909, el superior general había designado como postulador de la Causa al P. Subiger, procurador de la Compañía ante la Santa Sede.

Casi inmediatamente después se abrieron en Burdeos y en Vitoria los tribunales diocesanos llamados de información, sobre la fama de santidad del siervo de Dios. Los resultados de estos tribunales se enviaron a Roma, donde, sucesivamente, los cardenales Vives, Ferrata,

Vico y Granito di Belmonte desempeñaron las funciones de ponentes de la causa. En diciembre de 1916, la Sagrada Congregación de Ritos decretaba que nada, en los escritos del Siervo de Dios, se oponía a la continuación del proceso. Por fin, el 8 de mayo de 1918, el Papa Benedicto XV firmaba el Decreto de Introducción de la Causa, resumen admirable de la vida y de las obras del Fundador. Comenzaba así el proceso apostólico. El primer acto de éste fue el decreto "De non cultu".

Luego se abrió en Burdeos, bajo la presidencia del cardenal Andrieu, como delegado de la Sagrada Congregación, el proceso de heroicidad de las virtudes; los debates se alargaron hasta 1922. Una copia auténtica de este proceso fue enviado a Roma en 1923. Antes, el 19 de abril de 1922, el cardenal Andrieu había procedido al reconocimiento canónico de los restos del siervo de Dios en el cementerio de la Cartuja de Burdeos.

Los huesos del Fundador se hallaron intactos, y en el frontal se habían como incrustado algunas líneas del Manual del Servidor de María, que se había puesto, abierto, en el ataúd cuando se le enterró. Desde entonces sigue el proceso su curso.

Otro acontecimiento feliz trajo al P. Hiss y a su familia religiosa un consuelo oportuno, en medio de las angustias y de los sufrimientos de la Primera Guerra Mundial. El año 1917 traía el primer centenario de la fundación de la Compañía de María. En esta ocasión el Papa Benedicto XV dirigió al Superior General una carta apostólica, documento histórico en el que se exponían admirablemente las circunstancias providenciales de la fundación, y el Soberano Pontífice se complacía en realzar los méritos excepcionales del Fundador. Esas muestras de especial benevolencia vinieron acompañadas de favores espirituales que el Santo Padre concedía para relevar el esplendor de las fiestas centenarias que se preparaban en la Compañía. Era un precioso estímulo para todos los Religiosos Marianistas.

Por eso el Centenario se celebró en todas partes con alegría, así en las trincheras como en la paz de las comunidades: las provincias de España y de América, que no habían conocido la guerra, rivalizaron en esta ocasión en entusiasmo y en esplendor.

Perseguida en Francia, sin embargo, la Compañía continuaba en Europa y en el resto del mundo su marcha progresiva. En Roma, el colegio Santa María tomaba impulso y se colocaba en el primer lugar de las casas de educación de la ciudad eterna. Austria se constituyó en provincia en 1906. España creaba sus primeras obras de enseñanza primaria y emprendía un trabajo misionero con su fundación en Tetuán (Marruecos). En Madrid, el colegio de N.^a S.^a del Pilar, inaugurado modestamente en 1907, alcanzaba en pocos años un desarrollo considerable y, en 1921, se instalaba en un vasto local, verdadera joya de arquitectura gótica. Sin embargo, ya en esta época sus 1.250 alumnos lo hacían demasiado estrecho.

Muy notables eran también los progresos de las obras marianistas en América. Numerosas fundaciones de High-schools, nombre que se da en los Estados Unidos a las escuelas que frecuentan los alumnos de catorce a dieciocho años, han realizado allí los anhelos de los primeros discípulos del P. Chaminade sobre la enseñanza media. La enseñanza superior también atrae a los religiosos: en Dayton (Ohio) se fundó en 1920 una Universidad que hoy día cuenta con once millares de estudiantes; más tarde se abrió otra Universidad en San Antonio (Texas).

La prosperidad de las obras en América hacía necesaria la creación de otra provincia. Desde 1908, la Provincia de San Luis reúne las casas del oeste del país, así como las de Texas y Canadá. En tanto que la primitiva, por esta fecha a que nos referimos, la provincia de Cincinnati agrupaba las obras del este, las de California y la misión de las islas Hawai, con Dayton como centro.

El P. Hiss murió en julio de 1922. El Capítulo general, reunido en Rèves (Bélgica) para darle un sucesor, eligió al P. Ernesto José Sorret el 31 de diciembre de ese mismo año. Nacido el 28 de septiembre de 1866 en Bougnon (Haute Saône) , el sexto Superior General de la Compañía de María fue postulante en Belfort; novicio en Courtefontaine, escolástico en Besançon; en esta misma casa fue, en un principio, profesor de historia, luego fue enviado a Roma, donde recibió el sacerdocio y terminó sus estudios teológicos con el doctorado. Vuelto a Francia en 1896, fue sucesivamente maestro de escolásticos y superior del seminario de la Compañía, cargo que ejerció durante diez años. En 1911, puesto al frente de una de las mayores

provincias de la Compañía, la gobernó con una prudencia y una bondad que le valieron la estima y el afecto de todos. Después de diez años como provincial, su salud, siempre delicada, le obligó a un relativo reposo y lo encontró en la dirección del escolasticado de Friburgo. De este punto lo sacó el Capítulo general, para hacer de él el sucesor del P. Hiss.

Una de las primeras preocupaciones del P. Sorret como Superior General fue la de conocer por sí mismo a toda su gran familia. No le arredraron las fatigas de un viaje alrededor del mundo, y uno de los eventos más salientes de ese viaje fue la audiencia que le concedió el príncipe regente de Japón, el cual le confirió el grado de comendador de la Orden del Sol Naciente: una distinción así proclamaba muy alto la importancia que los japoneses otorgaban a las obras marianistas en su Imperio.

Aparte eso, el pueblo japonés acababa de dar a los Marianistas una brillante prueba de su simpatía. El primero de septiembre de 1923, un seísmo, de extraordinaria violencia, asoló todo el sureste del archipiélago nipón: Yokohama fue aniquilada; Tokio destruido en sus tres cuartas partes por el terremoto y los incendios; víctimas innumerables vagaban sin ayuda y sin abrigo. El colegio de Yokohama fue completamente destruido, el de Tokio, solamente en parte. Los bienhechores europeos manifestaron una vez más con su generosidad la importancia que daban a las obras marianistas del Japón. El gobierno francés, que más tarde condecoraría a la mayor parte de los religiosos franceses que trabajaban en Japón, aportó una gran suma. Pero el gesto más significativo lo hizo el país mismo siniestrado: una circular firmada por los ministros de Asuntos Extranjeros, de Guerra y de Justicia, así como por el presidente de la Universidad Imperial, y acompañada por otros veinte nombres, de gentes no cristianas en su mayor parte, pertenecientes a las más ilustres familias japonesas, lanzaba un apremiante llamamiento en favor de la Estrella de la Mañana: en algunas semanas se recogieron 140.000 yens, es decir, cerca de dos millones de francos de aquella época.

El diecisiete Capítulo general de 1928 registró con júbilo el progreso de las obras marianistas en todo el mundo, al tiempo que daba en sí mismo la prueba viva de la unión y el espíritu de familia, que reinaban entre todos los hijos espirituales del P. Chaminade. Poco

después, noviembre de 1929, corroboraba esa misma impresión Pío XI, cuando en la audiencia que, con ocasión de su jubileo sacerdotal, concedió al Superior General y a los alumnos del colegio de Roma, les hizo esta declaración:

“... los Marianistas llevan, con el nombre de María, y según el deseo de la misma Virgen Inmaculada, el amor de Jesús a muchos corazones, no sólo entre vosotros, sino por todos los mares y por toda la tierra.

... A pesar del tiempo relativamente corto transcurrido desde la muerte feliz de vuestro grande y santo Fundador, formáis una de las más grandes familias religiosas que se entregan a la educación cristiana para la difusión de la fe y de la caridad...”

Dos años más tarde, el 11 de noviembre de 1931, el P. Sorret podía anunciar al Santo Padre que la Compañía de María contaba con una nueva viceprovincia: la de Italia.

Aunque el noviciado continuaban haciéndolo en Bélgica, los jóvenes religiosos italianos seguían después sus estudios en los escolasticados de Pallanza y de Roma. Este “distrito” destacado de la provincia del Franco-Condado-Alsacia contaba ya más de 80 jóvenes en formación y 40 con sus estudios terminados, distribuidos en dos casas. Poco antes, el colegio de Roma había tomado posesión de los nuevos edificios que el cardenal protector Cerretti había bendecido el 22 de marzo de 1931.

En las demás provincias los religiosos acentuaban su acción sobre la “Congregación”, Obra apostólica por excelencia, y, quizá, donde mejor se revela el ideal misionero de la pedagogía marianista. “Multiplicar los cristianos” era la única ambición del P. Chaminade. Pues bien, el mejor medio de realizarlo era formar los alumnos para el apostolado.

En Madrid, la congregación de los antiguos alumnos se encarga, por entonces, de clases nocturnas para niños pobres de la ciudad.

En Freistadt (Austria) la congregación del Studentenheim está abierta para todos los estudiantes y prepara a los jóvenes a comprender más y mejor a las personas de los medios más desfavorecidos de la ciudad.

De este modo cumplen los marianistas aquello de: “los hermanos se afanan de despertar en sus alumnos la simpatía por las necesidades y sufrimientos del prójimo, su sentido social, la caridad cristiana, a fin de llevarles a contribuir efectivamente, ya desde ahora y sobre todo más adelante, a la paz de Cristo por el reino de Cristo”.

Esta obra de las congregaciones debía producir sus frutos. Monseñor Harscouet, obispo de Chartres, lo hacía notar ya en 1928 en aquella reunión para buscar la fórmula de los congresos marianos: la Compañía de María estaba bien representada por el P. Le Conte, provincial de Paris, y, en cierto sentido, mejor todavía por sus antiguos alumnos, que habían respondido en gran número a la llamada de los organizadores.

Otro fruto de la congregación fue el impulso de las vocaciones. Del colegio de Vitoria (España) habían salido en cinco años 6 jesuitas, 5 sacerdotes diocesanos, 3 marianistas y un carmelita. Citemos también las cifras récord de la escuela primaria y de la parroquia San Miguel, que en Chicago regentaban Redentoristas y Marianistas. Cuando los hermanos inauguraron una High-school en 1929, la escuela primaria había proporcionado en cincuenta años: 73 redentoristas, 70 marianistas y 14 sacerdotes diocesanos. Aparte éstos, habían salido también de la parroquia 300 religiosas. Por fin, también en esta época son ordenados, entre nuestros antiguos alumnos, el primer sacerdote marianista de Bélgica y el primer sacerdote marianista del Japón.

Este cuadro quedaría muy incompleto, sin embargo, si no reflejara las fundaciones emprendidas en los últimos años del generalato del P. Sorret. En Estados Unidos se establece la Compañía en Sioux-City, en Brooklyn y en Los Angeles. Monseñor Willinger, antiguo alumno de Baltimore, confía a los marianistas el colegio Ponceño, en Puerto Rico. El centro comprende una escuela primaria y una High-school con dos secciones, científica una y comercial la otra. Además, cursos regulares de instrucción religiosa para los católicos y para todos los estudiantes que lo deseen.

El crecimiento no es menos importante en otros países. La provincia de España abre un escolasticado en Segovia. En Eisenstadt, al sureste de Viena, es confiada a la Compañía una nueva escuela normal de maestros. Estas fundaciones se suman a las demás obras, en que se van ampliando muy rápidamente otras de las existentes,

como la escuela San Ambrosio de Lieja (Bélgica), la escuela Provencher de San Bonifacio (Canadá), la Estrella del Mar de Nagasaki (Japón) .

En agosto de 1932, la exposición misionera de Friburgo presentaba un stand marianista, entre los de las veinte Congregaciones religiosas misioneras que tenían casas en Suiza. Y el Apóstol de María escribía con satisfacción:

“Nos ha sido muy grato comprobar en todos los stand esta doble preocupación de los misioneros: creación de escuelas y formación del clero indígena.”

En esta obra, eclesial por excelencia, la Compañía de María ocupaba un puesto de honor.

17.

He visto llegar la muerte con la mejor sonrisa de mi vida

En el corazón de la tormenta.

Generalato del P. Kieffer.

Interim del P. Jung.

1934-1945.

El P. Sorret acababa de ser reelegido Superior General, en el Capítulo de 1.933, cuando murió repentinamente en Nivelles, en diciembre de ese mismo año. Cuatro meses más tarde le sucedía el P. Kieffer.

Francisco Kieffer había nacido el 4 de octubre de 1864 en Bossendorf (Alsacia) y entró en el noviciado de Courtefontaine (Jura) en 1881.

En la Institución Santa María de Besançon hizo excelentes estudios clásicos, que prosiguió hasta licenciarse en Letras. Enviado a Roma, se hizo doctor en Teología y fue ordenado sacerdote en 1891.

Empezó a enseñar Filosofía en La Rochela y luego en Besançon, donde sucedió al P. Sorret como director del escolasticado superior.

En 1901 le vemos al frente de la Escuela San Carlos de Saint-Brieuc. Cuando la expulsión en 1903, se establece en Friburgo (Suiza), donde funda la Villa Saint-Jean. Allí es donde va a desplegar sus cualidades de educador, haciendo de su colegio un centro piloto, Rehabilita el internado, asemejándolo lo más posible a la vida de familia: ni muros, ni barreras; "educación a base de confianza, confianza a base de conciencia". Los alumnos son agrupados según las edades en pabellones separados.

En 1919, respondiendo al deseo de monseñor Ruch, obispo de Estrasburgo, abre en Colmar el colegio episcopal San Andrés, y poco después pasa a dirigir el colegio de Estrasburgo y allí permanece catorce años.

En 1928 es canónigo honorario y un año más tarde le concede el Gobierno la Cruz de la Legión de Honor.

Le debemos un libro muy conocido, premiado por la Academia francesa y traducido a varios idiomas: La autoridad en la familia y en la escuela. Un segundo libro sólo aparecerá después de su muerte; el titulado Educación y equilibrio.

En la línea de la educación se empezaba a insistir entonces sobre la formación social de los alumnos. Esta formación comprendía el estudio de la doctrina social de la Iglesia, principalmente a través de las encíclicas "Rerum Novarum" y "Quadragesimo Anno", y también la participación en los diversos movimientos juveniles.

Esta preocupación no era, en verdad, nueva. Cuarenta años antes el movimiento del "Sillon" (surco) y las "Conferencias sobre las obras sociales" habían abierto camino a la iniciación de los alumnos en los problemas de la vida económica, política y social: capitalismo y socialismo, sindicatos, huelgas, libertad de prensa, constituían ya entonces temas habituales en las reuniones.

Se comprende, pues, la preocupación del religioso, que mandaba al Capítulo de 1933 estas líneas:

"Las cuestiones sociales revisten en estos tiempos una importancia que se puede calificar de primordial. Los educadores de la

juventud no podemos permanecer extraños a estos estudios. Mucho menos si los miramos desde el punto de vista de la Acción Católica, que los jóvenes educados por nosotros deberán poder ejercer en los medios en que vivan.”

En ese mismo Capítulo salía a la luz otra orientación. Se recomendaba a las provincias que diversificaran sus obras, a fin de responder mejor a las necesidades de los tiempos y de permitir a todos los religiosos ejercer el apostolado, según sus propias aptitudes. La recomendación surtió efectos inmediatos, especialmente en América, donde se aceptó el desempeño de varias parroquias. Se pedía también a los sacerdotes y a los hermanos que se consagraran a la dirección de los jóvenes. Así se verían más intensamente realizados los votos del Fundador sobre los sacerdotes de la Compañía.

En los años 30, la historia propiamente dicha de la Compañía de María se fue haciendo muy compleja en razón misma de la extensión que las obras iban alcanzando. Las comunidades se multiplican y se subdividen. A veces un desarrollo espectacular contrasta con las dificultades inherentes a cualquier misión y que hay que vencer.

El 3 de septiembre de 1933 se cumple, en las islas Hawai, el cincuentenario de la llegada de los Marianistas. En ese momento hay 60 religiosos y la obra más importante, el colegio San Luis, cuenta con más de 1.600 alumnos. Al principio del siglo XIX no había en las islas ningún católico; cien años más tarde son más de 120.000.

En 1936, el capellán de este colegio asistía al retorno a Europa de los restos del P. Damián, el apóstol de los leprosos. Con esta ocasión, el Apóstol de María escribía: “En el muelle de embarque nuestros hermanos y sus alumnos cantaron un himno de despedida a quien había cantado la misa de acción de gracias por la llegada de los primeros religiosos a la isla y fue siempre un gran amigo de la Compañía, de sus personas y de sus obras.” Por esas mismas fechas, el P. Yung, primer asistente del Padre General, se embarcaba para visitar las dos Provincias de América y a sus religiosos.

Le impresionaron vivamente las realizaciones y la juventud del Nuevo Mundo. Igualmente le regocijaron la extensión misionera de la Compañía en el Extremo Oriente, empezando por China. La Compañía de María había puesto ya el pie en este inmenso país en 1903. A

petición del vicario apostólico del Chantong meridional, se había encargado de una escuela en Yent-chufu. Tres religiosos franceses salieron de Génova para llegar a China el 27 de noviembre de 1903. Pero a ruego de sus superiores abandonaban China en julio de 1909 para trasladarse al Japón.

Antes de morir, estos tres pioneros tuvieron la alegría de ver reanudarse su obra en Tsinanfu, en la provincia de Cantón, en que habían comenzado treinta años antes. Una segunda fundación se hizo en Hankeu, donde actuaban los misioneros franciscanos italianos. El P. José Bruder, de Cincinnati, y el hermano Darío Angarini, de Italia, fueron recibidos en audiencia por Pío XI antes de su partida. El 22 de septiembre de 1935 .. estaban al pie de su obra en edificios nuevecitos y la entrada se hizo con 85 alumnos.

Pero muy pronto las obras sufren las consecuencias de la guerra chino-japonesa, que había estallado en 1935. Las casas son invadidas por los refugiados y los religiosos siguen enseñando el catecismo y predicando el Evangelio alrededor de ellos. La época se señala por el gran movimiento de conversiones que se manifiesta en todo el país, y que sólo se parará más tarde, cuando se instaure el régimen comunista.

Al volver la calma, el impulso tomó cuerpo nuevamente. El 25 de marzo de 1939 se puso la primera piedra del colegio de Tsinanfu; en enero del año siguiente tenía el colegio 510 alumnos. A principios de marzo llegaban de refuerzo dos religiosos austriacos. El 19 de febrero había 982 alumnos -85 católicos-, que en 1941 eran ya 1.300. Así es como se desarrollaban las obras de China en tiempo de paz.

Desgraciadamente, una nueva prueba les esperaba a los apóstoles. En el momento de entrar en guerra los Estados Unidos en 1941, los religiosos americanos fueron excluidos de la enseñanza, y después de pasar un tiempo en campos de concentración, eran repatriados. Por la misma razón, también los italianos encuentran dificultades en su actividad en Hankeu. Sin embargo, uno de los hermanos logra terminar un año de estudios en Pekín y va a Tsinanfu, donde para 1.300 alumnos no quedan sino tres religiosos, uno de ellos el hermano Sandrock, uno de los pioneros de primera hora.

Por fin, en 1947, también los austriacos son obligados a salir de China. Todas las obras en este país fueron así desapareciendo poco a poco; pero habrán servido, sin duda alguna, para que la joven cristiandad supiera afrontar el régimen comunista y llegar hasta el martirio.

La viceprovincia del Japón tuvo mejor suerte que las obras del continente: a pesar de las devastaciones y las pérdidas de guerra, no conoció eclipse. En 1933 se había adquirido un nuevo noviciado en el extrarradio de Tokio. Dos años más tarde había que ampliarlo con una casa de madera comprada al hospital de la Cruz Roja. En 1935, la escuela apostólica de Urakami recibe un telegrama del cardenal Pacelli por su vigésimo quinto aniversario: la escuela ha dado 75 religiosos a la Compañía de María, sacerdotes diocesanos y religiosos de otras congregaciones.

En general, los cristianos son poco numerosos: en Osaka, de 800 alumnos sólo 20 son católicos, pero 200 siguen el catecismo; lo cual inclina a creer que el pequeño número de bautizados trabaja muy bien en su misión de fermento. Los grandes colegios están florecientes. En 1937, Tokio cuenta 1.500 alumnos y Nagasaki cerca de 1.000. Entre 1940 y 1942 se abren escuelas en Kobé y en Saporó.

La Provincia tiene 120 religiosos, de los cuales 70 son japoneses. Casi todos los puestos de responsabilidad están confiados a los japoneses: dirección de los centros y aun de la Provincia. El primer provincial japonés, P. Tagawa, fue instalado el 31 de octubre de 1943. Como consecuencia, las obras han sufrido poco por , causa del movimiento de oposición a las influencias de los extranjeros; pero sí ha sido entorpecido su desarrollo normal por la movilización de los religiosos jóvenes para la guerra.

Antes de la guerra, la Provincia editaba una revista: El pequeño misionero de María, que sacaba 6.000 ejemplares. Pero la guerra se extiende. Los hermanos americanos tienen que retirarse a su país en 1943.

En 1944 todo parece prosperar, menos la obra de Yokohama, pues, situada en un puerto militar, tiene que refugiarse en el interior. El fin de la guerra es horrible para los católicos: la bomba atómica lanzada sobre Nagasaki hace entre ellos 13.000 víctimas. La escuela

apostólica de Urakami, cedida al Gobierno, que la había requisado para el ejército, desaparece absorbida por la onda de deflagración. Para medir la importancia de este desastre, basta pensar que Nagasaki constituía la comunidad católica más fuerte, de la que habían salido la mayor parte de las vocaciones religiosas. Los resultados de la guerra se hicieron sentir por todas partes. Kobé fue enteramente destruido; los religiosos, movilizados; cinco han muerto y veinte están prisioneros; la mayor parte de las casas están dañadas por el incendio.

Para reponerse, necesita el país de todas sus energías. Los católicos aportan las suyas con generosidad. La consecuencia principal de esto es que se crea una atmósfera de simpatía en torno a sus obras. Además, la escuela cristiana ha permitido llegar a ciertos ambientes que el clero no hubiera podido alcanzar. Sirve, más que nunca, para guardar y robustecer la fe de los bautizados, para preparar los catecúmenos, para mantener entre alumnos y padres no cristianos una actitud de benevolencia y de simpatía por el catolicismo, para disipar los prejuicios contra la Iglesia, para dar una enseñanza y una educación, tan empapados de espíritu cristiano como es posible desear.

En Europa, España fue la primera Provincia que conoció los dramas de la guerra moderna. Este país, que había luchado más de setecientos años contra el Islam, se iba a enzarzar, durante esta década (1936- 1939) en la lucha fratricida más terrible de su historia. En 1931, con la proclamación de la segunda República, empezaron las leyes que impedían la actividad de las congregaciones religiosas. Aprovechando la experiencia francesa de 1903, la Administración Provincial hizo inmediatamente la secularización legal de los establecimientos; gracias a esto pudieron continuar dando clase. Estaba la Provincia de España en ese momento en pleno florecimiento tenía 263 religiosos y 16 centros.

El 17 de julio de 1936, el general Franco se subleva contra el Gobierno del Frente Popular, que ha decomisado la República para hacerla servir a sus fines revolucionarios. Varios gobernadores militares siguen en seguida su ejemplo. La crisis se presenta ardua, pero es bastante corta para la mayor parte del país, pues a las seis semanas de combates encarnizados, 32 provincias sobre las 49 de la nación

estarán liberadas. Sin embargo, en Madrid y en la zona mediterránea serán tres años de guerra.

Los hermanos tendrán que salvarse de los comunistas y tratar de mantener las obras. Algunos colegios serán transformados en hospitales, otros en orfanatos. El mobiliario y material escolar, otros efectos de administración o de capilla serán expoliados; el interior de los edificios destruido; pero ningún establecimiento será destruido. Los religiosos de Madrid, Valencia y Ciudad Real se verán muy especialmente probados y su liberación sólo tendrá lugar poco antes del final de la guerra civil, el 1 de abril de 1939, cuando se entregue la capital.

El 6 de agosto de 1936, se recibía en la Administración general este telegrama: "Familia dispersada. Amigo Leibar, muerto." El primer mártir de la Compañía acababa de ser sacrificado a causa de su fe en Dios y de su pertenencia a la Iglesia. La ejecución tuvo lugar el 28 de julio de 1936; la escena se repetirá, por los mismos motivos y en casi la misma forma, para otros catorce Marianistas.

Miguel Leibar, marianista y sacerdote, hacía magnífica realidad lo que escribía en 1925: "Desde que me consagué a Dios y a María, ya no me inquieta lo más mínimo morir joven o en la fuerza de la edad, o al declinar de mis fuerzas. Estén todos tranquilos sobre esto; y si cualquier día, cuando menos lo piensen, reciben la noticia de mi muerte, sabrán, así lo espero, que la he visto llegar con la mejor sonrisa de mi vida."

El 30 de abril de 1961 se abrió en Madrid el proceso informativo sobre estos nuevos "testigos de Cristo". Con el P. Miguel Leibar iban asociados en el proceso otros tres marianistas y 38 dominicos.

El noviciado de Elorrio fue también alcanzado en sus miembros; el 19 de diciembre de 1938, el padre maestro y los religiosos fueron conducidos presos a la cárcel de Bilbao, desde donde escribían: "Estamos en perfecta salud, de buen humor y con mucho ánimo, a pesar de las dificultades y de las privaciones." Tres hermanos se vieron libres y se pudieron ocupar de los novicios, que se repartieron entre las familias de la región y trabajaban en los caseríos para poder subsistir.

El primero de mayo de 1937 el noviciado se rehace; las casas del norte se ven, a veces, cogidas entre dos fuegos: el de los nacionalistas

vascos, que han hecho causa común con los elementos del Frente Popular, y el de los "nacionales" de Franco. Por otra parte, la dispersión es total: hay 115 hermanos movilizados y 38 prisioneros. En tales condiciones se hace muy difícil mantener las obras. Los escolásticos de Segovia están casi todos en el ejército de Franco. Uno de ellos escribe: "El Señor nos ha dispersado entre las multitudes para que podamos extender el conocimiento de su santo nombre."

En Madrid se sigue viviendo refugiados en familias amigas. Los que están más libres visitan a los que están presos. Uno de ellos escribe: "Quiero, ante todo, que sepáis y que lo digáis a toda la familia: aquí nadie flaquea; el ánimo sigue firme como en los mejores tiempos. Nos acordamos mucho de vosotros." Estas sencillas palabras cobran tonos de testimonio cuando se tiene en cuenta que seis hermanos de Madrid morirían asesinados...

La comunidad de Ciudad Real sería más duramente probada todavía. Pero el estado de ánimo era de emulación por el martirio. "Las ocho víctimas de la ferocidad de los comunistas, leemos en El Apóstol de María, son casi envidiados por algunos de sus hermanos que se hallan fuera de todo peligro." "El Señor, escribe uno de ellos, no me ha creído digno de la gracia singular de acompañar a mis hermanos y de caer, yo también, bajo los golpes de los perseguidores." Esta generosidad ante el sacrificio, como una semilla, dará a su tiempo mucho fruto. Tan pronto como pasó la tormenta, la Provincia alcanzó un extraordinario desarrollo, y tres o cuatro años después, las vocaciones serán más numerosas que antes.

En 1939 tenía la Provincia 309 religiosos; en 1943 tendrá 362 y 41 novicios. Madrid se liberó en abril de 1939; en 1943, el colegio del Pilar llegará a los 2.000 alumnos. Por lo demás, estos frutos de la sangre vertida no hacían sino acentuar una vitalidad que ya existía antes de la guerra.

Viendo venir el huracán, los superiores habían enviado a un marianista a la Argentina en 1932, para ir explorando un posible campo de acción en caso de exilio. Como la situación parecía favorable, pronto le siguieron otros cinco. En el mes de marzo siguiente los hermanos abrían una escuela gratuita en Buenos Aires. En diciembre de 1934, otros seis religiosos partían de España para una nueva fundación en la misma capital.

En 1936 se inauguraba el nuevo edificio del colegio de Tetuán (Marruecos), y dos años más tarde, en plena guerra civil, fundaba la Provincia otra escuela en Tánger. De este modo, el plan de Dios escapaba una vez más al cálculo de los hombres y se desarrollaba a pesar de ellos.

Este recuerdo, doloroso y glorioso a la vez, de la historia de la Compañía en España, nos pone en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Esta nueva prueba, sufrida en más o en menos por muchas Provincias, será desastrosa para Austria y Japón.

Hacia 1935, Italia contaba con 75 religiosos y con dos obras de importancia: los colegios de Roma y de Pallanza. En 1936, el colegio de Roma es "homologado", es decir, goza de las mismas prerrogativas que los liceos del Estado en materia de exámenes. Poco antes de comenzar la guerra construye una gran capilla de tipo basílica. La Provincia, poco afectada directamente por la guerra, ve crecer rápidamente el número de sus religiosos. Como no tiene misión propia, acude en ayuda de otras misiones, especialmente en China y más tarde en Africa.

En Austria, la Compañía de María sostenía, principalmente, Escuelas Normales. El 22 de septiembre de 1934, el cardenal Innitzer, arzobispo de Viena, bendecía la de Mattersburg. Dos años más tarde se abría en Linz un internado para los alumnos de la Escuela Normal Católica.

En ese mismo año, los Marianistas se hacían cargo de la Escuela Normal de Viena. Desde 1936 se va preparando la implantación de la Compañía en Hungría: dos religiosos húngaros son ordenados sacerdotes en dicho año, y en 1939, con otro hermano también húngaro, fundarán la obra de Budapest. Pero en 1937 cambia el clima político. El Superior General, de visita en Austria, se cerciora del desarrollo de las obras, pero tiene que acortar su estancia porque la situación es amenazadora. El 12 de marzo siguiente se proclama el Anschluss. Luego vendría la Segunda Guerra Mundial y la ruina para Austria: con la movilización de 70 religiosos, la dislocación de las comunidades y la clausura de la mayor parte de las casas.

La Provincia, que en 1939 tenía casi 120 religiosos, al final del conflicto tendrá apenas 40. La recluta y formación de vocaciones no

podrá asegurarse durante todo ese período; pero la dispersión de los religiosos dará origen a nuevas fundaciones en Constantinopla, en Budapest y en China. Los que permanecen en el país serán curas en parroquias, capellanes, predicadores de misiones y de retiros, profesores o granjeros.

Cuando en 1945 acabe la guerra, será difícil levantar tantas ruinas, porque, aparte una veintena de muertos, muchos prisioneros no han sido todavía liberados, y otros varios hermanos se expatriaron hace tiempo. La guerra empezó por dificultar la marcha del seminario internacional, establecido en Friburgo (Suiza). La mayor parte de los seminaristas no pueden acudir a Friburgo. Algunos de los que ya se encontraban allí deben abandonarlo por haber sido movilizados: los franceses, los austriacos, los alemanes. En el verano de 1941 reciben los americanos recomendación de su Gobierno para que regresen a los Estados Unidos.

Las Provincias organizan entonces los estudios teológicos en sus propios países. El grupo más numeroso es el de los americanos. Tras un año en la Universidad Católica de Washington, se establecerán por otros cuatro en el monasterio benedictino de Saint-Meinrad, a 200 kilómetros de Dayton. Se encarga de la dirección y de la formación propiamente marianista el P. Roesch.

En 1933 hay, nominalmente, tres Provincias francesas. De hecho, sólo una es estrictamente francesa, la del Midi; la Provincia de París comprende también a Bélgica, y la llamada del Franco-Condado abarca también Suiza. Los 790 religiosos que componen estas tres Provincias sostienen 60 establecimientos u obras diversas.

La dispersión de 1903 y la guerra de 1914-1918 habían afectado muy seriamente a las tres Provincias; pero entre las dos guerras los marianistas franceses conocen una época de recuperación y de dinamismo. No son ya los 1.100 religiosos de principios de siglo. Pero los que aspiran a una vida consagrada a Dios se presentan en bastante número. Los superiores abren nuevos postulados -equivalentes a los seminarios menores- en Lorena y en el Franco-Condado en 1934, luego en Lovaina, en 1936, con la esperanza de recoger las vocaciones del país flamenco.

Así mismo, por esta época conoció la espiritualidad marianista un auge de vitalidad y una difusión más amplia en el pueblo cristiano. Señalemos en particular el libro del P. Neubert *Mi ideal, Jesús, Hijo de María*, publicado en 1933, traducido después en veinte idiomas y varias veces reeditado.

En la Segunda Guerra Mundial, todas las obras se vieron más o menos afectadas y movilizados muchos religiosos. Bélgica fue invadida en mayo de 1940. Los novicios y los religiosos que desde 1903 venían formándose en ese país, vuelven a Francia; cerca de Mons vieron su tren cortado en dos por una bomba, que fuera de eso no hizo ninguna víctima. Los seminaristas prosiguen sus estudios como pueden: en Friburgo o en París... o en los campos de prisioneros. En febrero de 1940 varios colegios son transformados en hospitales. Las casas de formación quedan vacías. Sin embargo, en las escuelas los cursos se reanudan en otoño.

En Túnez, a causa de los bombardeos y de las continuas alarmas, se despide a los alumnos en 1943; la casa es ocupada por refugiados. Colmar recogerá también a 200 refugiados, llegados de los pueblos vecinos totalmente destruidos. Dos escuelas serán prácticamente destruidas: las de Bresse y de Saint-Dié, en los Vosgos. Las clases se trasladan a barracones.

La Administración general tiene que hacer frente en este periodo a dificultades excepcionales. Al morir el P. Kieffer, 19 de marzo de 1940, en Nivelles, no es posible reunir el Capítulo general para la nueva elección: varios electores no pueden ejercer su derecho puesto que hay 300 religiosos movilizados. Roma autoriza, el 23 de abril, el aplazamiento de las elecciones, con la siguiente cláusula: "Et interim regant qui regunt" (que entre tanto sigan los jefes actuales).

El P. Jung, primer asistente, gobernará a la Compañía durante seis años, a título de vicario general. El 4 de enero de 1941, un indulto le concederá poderes extraordinarios por todo el tiempo que duren las circunstancias. Los Provinciales gozan también, en sus demarcaciones, de facultades especiales.

Fue la figura del P. Jung una figura interesante. Nació el 27 de abril de 1874 en Leutenheim (Alsacia), e hizo su noviciado en Courfontaine en 1891-1892. Ocho años después fue enviado al

seminario de Anthony y ordenado sacerdote el 14 de abril de 1903, justo antes de tomar el camino del destierro. Cruza su Alsacia y va a Graz, en Austria. Allí permanecerá veintiún años.

En 1925 será nombrado provincial de la Provincia y el 5 de agosto de 1933 será escogido asistente del superior general.

A la muerte del P. Sorret queda por primera vez como vicario general de la Compañía de María, y lo será por segunda vez a la muerte del P. Kieffer por toda la duración de la guerra. Durante este largo período mantendrá la trabazón de todas las obras del mundo entero. En 1951 dejará el puesto de primer asistente al P. Angulo, completando así dieciocho años de entrega al servicio de la Administración general de la Compañía de María. Morirá en Castelgandolfo el 11 de abril de 1960. Con él desaparece un testigo de los tiempos más revueltos de la Compañía de María en Europa.

En 1946 termina el interregno. Restaurada la paz se puede, por fin, reunir un nuevo Capítulo general y elegir un sucesor del P. Kieffer.

18

En la fidelidad, saber adaptarse

La postguerra y el postconcilio.

Generalato del P. Juergens y del P. Hoffer.

1946-1971.

El primero de agosto de 1946 inició sus trabajos el 21 Capítulo general en Friburgo (Suiza). Los cuarenta y cinco capitulares que lo componían debían, ante todo, elegir un superior general. La elección recayó en el P. Silvestre Juergens, que era, por entonces, superior de la provincia americana de San Luis.

El P. Juergens había nacido el 27 de marzo de 1894 en Dubuque (Iowa). Entró en el postulante de Dayton en 1907, hizo su noviciado en Ferguson (Missouri) y su primera profesión el 17 de septiembre de 1911. Después de su escolasticado, enseñó durante varios años en San

Antonio (Texas), luego en San Luis, y de allí salió para el seminario en 1922.

Al término de sus estudios de teología, hizo un doctorado sobre la psicología de la fe en Newman. Ordenado sacerdote el 3 de abril de 1927, vuelve a los Estados Unidos y es nombrado capellán de Maryhurst-Kirkwood (Missouri). En 1931 aparece como presidente del colegio Chaminade de Clayton.

Se especializa, diríamos, en la predicación de retiros a los jóvenes. La manera franca que tiene de tratar sus problemas, le conquista una gran aceptación en los colegios de las dos provincias marianistas y en otras muchas instituciones. Nombrado provincial en 1936, mejora el estado financiero de la provincia, intensifica en ella el espíritu religioso y envía los primeros hermanos a Perú en 1938, al mismo tiempo que crea las primeras obras marianistas en el Quebec (Canadá). Acababa su segundo mandato cuando fue elegido Superior General de la Compañía.

Una de las primeras tareas que se presentaba al Capítulo y al Superior General era la de hacer frente a la situación creada por la guerra. Las provincias de Europa y la del Japón eran las que más habían sufrido. Un provincial francés presentaba al Capítulo el siguiente informe:

“«En el momento en que se promulgaban los estatutos del Capítulo de 1939, ciento doce religiosos estaban en el servicio militar; en abril de 1940, ciento veintitrés, más de la tercera parte del personal de la provincia, hubieron de tomar las armas.

Había que resistir y se resistió, pero a costa de un esfuerzo agotador, de un sacrificio muy superior al normal, lo cual no favorecía una vida religiosa intensa ni un serio trabajo escolar.

En junio de 1940 vino el desastre con todas sus consecuencias: la mayor parte de nuestras casas ocupadas, leyes y decretos de toda clase: sobre alistamiento de los jóvenes reclutas, servicio del trabajo agrícola, servicio del trabajo obligatorio, situación de alsacianos y loreneses, y todo ello creaba y alimentaba en todos un estado penoso de inquietud y de angustia, agravado todavía con la preocupación e inseguridad del pan de cada día.”

Austria estaba dividida en cuatro zonas de ocupación y la burocracia en cada una era de tal índole que los delegados al Capítulo no habían podido obtener visados; sólo el superior provincial logró llegar a Friburgo antes de la clausura del Capítulo. La mayor parte de los edificios estaban todavía requisados o, en parte destruidos. Todas las casas de formación habían sido cerradas.

En el Japón, la escuela de Urakami, de donde salían la mayor parte de los religiosos, había sido cerrada hacía tiempo por orden del Gobierno. Novicios y escolásticos habían tenido que hacer servicio de fábricas antes de ser alistados en el ejército. Es fácil de comprender que en tales situaciones la misión de los religiosos había sido extremadamente difícil de cumplir.

Sin embargo, el cuadro que presentaba la Compañía de María también tenía luces en medio de tantas sombras. El colegio de Roma había pasado de 800 alumnos en 1930 a 1.200. En Pallanza, a orillas del lago Mayor, el colegio reanudaba sus trabajos independientemente del postulantado y, por otra parte, se abrían otras dos casas de formación, una en Brusasco, a cincuenta kilómetros de Turín, y otra en Giove, cerca de Qrvieto. Dos años más tarde, la viceprovincia de Italia será erigida en Provincia. Más adelante tomará a su Cargo otros dos centros de educación, además de una parroquia y un centro universitario.

Pero es, sobre todo, en España y en América donde la Compañía de María conocerá un impulso extraordinario.

España, tan duramente probada diez años antes, muestra en 1946 una vitalidad cristiana y religiosa asombrosas. El incremento de vocaciones fue tal que el número de religiosos se duplicó entre 1940 y 1956; Y en 1950 la única provincia de España se desdobló para dar lugar a las dos provincias de Madrid y de Zaragoza.

Circunstancia muy; digna de notar; gran parte de las vocaciones proviene de los colegios. De San Sebastián a Barcelona y de Zaragoza a Cádiz se escalonan una docena de obras importantes, entre ellas las de Escoriaza, Vitoria, Valladolid, Zaragoza, Valencia, Ciudad Real, Segovia, Jerez, Salamanca y Madrid. En esta última capital, al lado del colegio del Pilar, abrieron los marianistas en 1955 el colegio de Santa María, que muy pronto adquirió gran desarrollo.

No es esta expansión escolar el único signo de la vitalidad de las provincias españolas. Fundaciones de un nuevo tipo dan testimonio de una actividad multiforme, muy en la línea del P. Chaminade.

Hemos de citar aquí, a modo de ejemplo y sin agotar la lista ni mucho menos, obras como la parroquia de San Cristóbal en Barcelona y la escuela para los hijos de los obreros de la SEAT (Sociedad Española de Automóviles de Turismo); las obras de los suburbios de Madrid, en que los hermanos, que viven la vida de los pobres entre los obreros de barrios populosos, sirven tres parroquias y dan cursos nocturnos a los aprendices y adultos; por fin, mencionaremos la Editorial S. M., centro de ediciones que publica, principalmente, una serie de textos escolares, muy apreciados por su valor pedagógico y por su presentación.

El esfuerzo misionero de los marianistas españoles merece mención aparte. Se desarrolla, sobre todo, en servicio de América del Sur.

El postulantedo de Segovia en España y el escolasticado de Brandsen en Argentina se dividían, en un principio, la tarea de preparar a los jóvenes misioneros².

Desde 1934 funciona en Buenos Aires el Colegio Marianista que hace años ha rebasado los 1.000 alumnos y acaba de desdoblarse en una segunda fundación, el colegio San Agustín, en Nueve de Julio.

En Chile, las dos fundaciones de Linares y de Santiago se remontan a 1949-1951. La erección de las obras de Argentina y Chile en Provincia autónoma, el primero de enero de 1965, es como la coronación de esta expansión, que partió de la Provincia de Madrid. Por su parte, la joven Provincia de Zaragoza orienta su esfuerzo hacia otros países de América Latina, en que se hacen sentir también muchas necesidades. Religiosos ya formados están allí -de momento principalmente en Colombia, con alguna colaboración a las obras de Perú- enfrentados a los problemas que plantea la pastoral de los jóvenes y de los universitarios, así como la evangelización de los

² NOTA DEL TRADUCTOR.-Hoy, erigida canónicamente la Provincia de los Andes, con ámbito en el cono sur de América Latina, todo este asunto tiene que ser tratado con otros datos y nuevas perspectivas que rebasan las atribuciones de un traductor.

Baste señalar y a modo de información que los Marianistas de la Provincia de los Andes dirigen seis colegios, dos parroquias y dos residencias de estudiantes entre Argentina y Chile.

medios obreros y rurales. Esta misma vitalidad se acusa también en América del Norte, donde llegaron los primeros religiosos marianistas en 1849. Desde entonces las obras no han cesado de progresar; pero a partir de 1946, su ritmo de crecimiento se ha hecho, por decirlo así, explosivo. En 1946 sólo había en América del Norte dos provincias marianistas; quince años después, en 1961, eran cuatro. En ese mismo tiempo, el número de religiosos ha pasado de 862 a 1.500, entre ellos 200 sacerdotes.

La mayor parte de las vocaciones provienen de los colegios y universidades marianistas. En estos últimos años se ha intensificado la preocupación por la formación espiritual de los religiosos, lo que ha dado lugar a la fundación del centro apostólico de Glencoe, en la Provincia de San Luis. También se hace un esfuerzo notable para formar especialistas, lo cual permite equipar convenientemente a profesores para las Universidades de Dayton y de San Antonio de Texas, que cuentan, respectivamente, 8.000 y 2.500 estudiantes. También ha permitido esto a la Provincia de Cincinnati aceptar la administración de la Universidad Católica de Puerto Rico, en Ponce, con 4.500 estudiantes.

La Compañía de María tiene, además, una treintena de high-schools escalonadas entre la costa atlántica y las islas Hawai; en Baltimore, Brooklyn, Hollywood, Mineola, Cincinnati, Cleveland, Dayton, Pittsburgh, Chicago, Saint-Louis, San Francisco, Honolulu.

En Honolulu, como en las ciudades del Continente, hubo que abandonar la mayor parte de las escuelas elementales para dedicar los religiosos a fundar nuevas high-schools, por disposición general del Episcopado.

Por fin, las Provincias americanas llevan también un orfelinato, casas de retiros y varias parroquias. Esta larga enumeración no da, sin embargo, sino una idea muy importante de la participación activa de los Marianistas en la evangelización del continente americano.

Allí, mejor quizá que en otras partes, la "unión sin confusión" de sacerdotes y laicos responde adecuadamente a las necesidades apostólicas de la hora presente. Así, por ejemplo, la mayor parte de las high-schools está en manos de los hermanos. Estos, como también en España y en las demás Provincias, aseguran, en todo o en parte, la

enseñanza religiosa. Una docena de ellos ha confeccionado o colaborado en la publicación de obras de catequesis. Los sacerdotes son, más especialmente, directores espirituales o capellanes.

Aun entre los hermanos obreros existe el afán de enseñar las materias técnicas y ejercer así este apostolado personal y directo, tan en la línea del ideal marianista.

Las provincias americanas ensanchan también su acción publicando numerosos libros y revistas. La Universidad de Dayton ha abierto una sección especial consagrada a la mariología. La "Marian Library" cuenta con más de 30.000 libros y otorga cada año un premio mariano. Entre los premiados últimamente anotamos con gusto los nombres de Frank Duff, fundador de la Legión de María, y el del abate Laurentin.

Los religiosos americanos toman también gran parte en el esfuerzo de evangelización de los países vecinos y en misiones lejanas. En Perú y en Canadá, la Provincia de San Luis ha fundado una serie de obras que constituyen ya núcleos de futuras provincias.

La fundación del colegio Santa María de Lima se remonta a 1939. Poco después, en 1944, abrió un colegio en Callao, puerto de la capital, que tiene hoy más de 1.600 alumnos, niños de los medios menos favorecidos de la ciudad. Después de 1953 se ha creado una parroquia, así como otro colegio y una Universidad en Arequipa.

En cuanto a Canadá, se erigió en provincia autónoma en 1964. La escuela Provencher, de San Bonifacio (Manitoba), da educación a un millar de alumnos. En San Anselmo, cerca de San Lorenzo (Quebec, los Marianistas canadienses han abierto en 1938 un postulanteado, al que se ha unido en 1961 la Provencher School.

Así se han convertido en realidad los deseos de monseñor Taché, que llamó a la Compañía de María a la región de los Grandes Lagos.

"El desarrollo de la Compañía de María en América, escribe el P. Juergens, ha ido al aire de la extensión de la Iglesia en los Estados Unidos. Y todo el mundo se da cuenta de que la expansión y el éxito de la Iglesia son fruto de la escuela católica."

Los países de Europa, devastados por la guerra, se han repuesto lentamente de su ruina. En Austria, la Compañía de María conservó la

propiedad de la mayor parte de sus obras, pero tuvo que proceder a numerosas reparaciones y arreglos. La Provincia se ha dedicado a crear hogares para estudiantes, que frecuentan otras escuelas o siguen los cursos que, en nuestras casas propias, imparten algunos laicos; tal es el caso, por ejemplo, en Graz o en el Alberto Magno de Viena. Después de la guerra se adquirieron otras dos propiedades más: una en Fulda (Alemania), donde se levantan los edificios del Marianum; la otra en Salzburgo (Austria), donde se estableció el Vicentinum. En la patria de Mozart, el P. Prohaska dirige un instituto de pedagogía comparada incorporado a la Universidad. Ha publicado, en Herder, numerosas obras de psicología y pedagogía que gozan de autoridad.

En Linz, los Marianistas dirigen la academia pedagógica de la diócesis y una escuela de aplicación. De los dos sacerdotes que fundaron la obra en Budapest, sólo uno pudo continuar en su ministerio por algún tiempo; el otro tuvo que irse a Austria.

La Provincia de Japón se repuso, después de la guerra, con mayor rapidez. En 1956 tenía ya el mismo número de religiosos que en 1940; presentado de otro modo, se había vuelto a alcanzar los cien religiosos, y, en 1963, los 135, de los cuales 109 eran nativos. Cifra muy notable si tenemos en cuenta que en Japón apenas había 300.000 católicos.

La Compañía de María, con este número imponente de religiosos indígenas, está a la cabeza de las Ordenes y Congregaciones que trabajan en Japón.

El Delegado Apostólico, futuro cardenal Marella, podía escribir en su informe a la Santa Sede en 1946: "La Compañía de María ocupa un primerísimo lugar en el trabajo de misión. Está establecida en el país entero, desde Saporó, en el extremo norte, hasta Nagasaki, en el extremo sur. Cuenta con un buen número de religiosos indígenas, bien formados y bien ejercitados, concretamente un religioso por cada 1.500 católicos del país; todos los directores de sus escuelas, el provincial y el inspector son nativos; las escuelas están superpobladas de alumnos y en todas ellas hay una lista de aspirantes esperando. Los antiguos alumnos se mantienen fieles a sus maestros y se convierten en buen número, una vez que ya no sienten pesar sobre sus cabezas, el temor de sus padres o la hostilidad del Gobierno."

Después de reconstruir los edificios destruidos por la guerra en Tokio y en Osaka, hubo que ampliar varias escuelas, como en Nagasaki y en Saporó, para poder atender al número, siempre creciente, de peticiones. La cifra de conversiones, entre los alumnos, es de unas 50 anuales, por término medio; pero la proporción de los alumnos católicos permanece siempre muy baja: uno sobre veinte, para el conjunto de los centros.

Por otra parte, como la enseñanza religiosa sigue: siendo facultativa, se comprueba que ya no es tan solicitada como en los primeros años, a raíz de terminar de la guerra. Como en todas partes, en el Japón también se deja sentir la necesidad de cierta actualización en la forma de transmitir el mensaje, aunque éste siga siendo el mismo hoy como ayer.

El colegio internacional de Yokohama, en fin, sigue teniendo gran éxito. La enseñanza de idiomas se da por religiosos americanos, franceses, italianos y suizos.

En los primeros años de postguerra, se trabaja en Francia en un doble reajuste de las tres antiguas provincias. En 1946 se separan de la Provincia del Franco-Condado los 84 religiosos suizos para constituir con ellos una provincia autónoma. Siguen dirigiendo las escuelas de Altdorf, Brigue y Monthey. En Sion continúan con la formación de los maestros del cantón del Valais en su Escuela Normal. Además se hacen cargo, en esa misma ciudad, de la dirección de la escuela secundaria regional.

En Martigny, el colegio Santa María ha remozado sus edificios y es actualmente la escuela secundaria oficial de la región, donde se imparten los cursos de secundaria y la formación comercial. Finalmente, desde 1949 dirigen los Marianistas una escuela secundaria en Zurich, la ciudad más grande de Suiza, que ha dado varias vocaciones a la Compañía.

El segundo reajuste data de 1952. En esta fecha, las tres provincias francesas se redujeron canónicamente a una, para facilitar el intercambio necesario de personal calificado, sobre todo entre centros de secundaria, escuelas de agricultura y de misiones. Esta unificación trajo consigo el cierre de varias escuelas y colegios, para los cuales era imposible encontrar profesorado seglar que supliese la

escasez de religiosos. Con ello se produjo una concentración de las fuerzas en los centros más importantes; la mayor parte de las casas cerradas fueron escuelas primarias, aunque también lo fueron las secundarias de Besançon, La Rochelle, Villa Saint-Jean de Friburgo y Cannes.

La Provincia francesa unificada cuenta, en 1972, nueve colegios de secundaria: Antony, Belfort, Burdeos, Colmar, Saint-Dié, Estrasburgo, Rèves (Bélgica), Túnez y Abidjan (Africa). Todas estas casas han visto aumentar considerablemente su número de alumnos; en varios sitios ha habido que construir para ampliaciones. Con los religiosos y muchos seculares calificados ha sido posible cubrir el numeroso personal que la nueva legislación sobre contratos escolares exige para estos centros.

La acción educadora de este personal se amplía mediante obras de Acción Católica y una organización mejor concebida de los capellanes. Esa acción está basada, cada vez más, sobre el respeto a las personas. Se desarrolla en un espíritu de familia que favorece la realización de cada personalidad y permite establecer una verdadera comunidad educativa. Al salir del colegio, los antiguos alumnos son impulsados a tomar sus responsabilidades en las comunidades cristianas de estudiantes, así como en las de las profesiones para que se hayan preparado.

Otras obras merecen citarse especialmente. La Escuela de Agricultura de Sainte-Maure, próxima a Troyes, constituye desde su fundación, en 1948, un acto de fe en la Providencia.

Instalada en el centro de una zona descristianizada, esta Escuela, única en su género, no ha cesado de prosperar; más de 400 jóvenes campesinos de la región reciben en ella hoy una sólida formación profesional dentro de un marco cristiano. Estudios de verano, o cursillos de una semana, prolongan o renuevan la acción de los religiosos educadores. Estos llevan, además, la responsabilidad de varias parroquias alrededor de la escuela.

Anotemos igualmente la obra apostólica que se realiza mediante cursos complementarios en Bretaña, los Vosgos, el Aveyron y los Pirineos, y en las regiones industriales de Carmaux y de Joeuf.

En 1962 el obispo de Metz confiaba a los cuidados de la Compañía de María la parroquia de Farébersviller, que cuenta más de 10.000 mineros. Sacerdotes marianistas trabajan en este campo difícil, donde conviven emigrados de muchas nacionalidades.

En 1968 se estableció una comunidad marianista en Behren, cerca de Forbach; con sacerdotes diocesanos, religiosas y laicos promueve la animación espiritual de este sector obrero.

En 1969 entraba un sacerdote marianista en el equipo de capellanes de los grandes liceos parisienses, Luis el Grande y Fénelon. Señalemos, finalmente, que el noviciado, que antes estaba en Tour-de-Scay y fue trasladado a Art-sur-Meurthe, cerca de Nancy, recibía, hasta 1969, a los jóvenes que deseaban entrar en la vida religiosa.

Esta expansión de la Compañía de María tuvo lugar durante los generalatos de los PP. Juergens y Hoffer.

El P. Hoffer fue elegido en 1956, habiendo ocupado durante los diez años anteriores el puesto de segundo asistente, jefe de Instrucción. Nacido en Brindernheim (Alsacia) el 13 de febrero de 1906, el P. Hoffer, noveno Superior General de la Compañía de María, pasó por el postulante de Saint-Hippolyte e hizo sus primeros votos en el noviciado de Saint-Remy el 14 de septiembre de 1922. Poco después fue enviado a París, donde sacó la licenciatura en Letras. Ingresado en el seminario de Friburgo en 1932, salió de él en 1937, con el doctorado en Teología, tras presentar una tesis muy notable sobre La devoción a María a fines del Siglo XVII, publicada en las Ediciones del Ciervo de París.

Profesor de Filosofía primero y luego subdirector del colegio de La Rochela, fue designado en 1942 como director del Santa María, de Monceau (París). Durante este período publicó un curso de instrucción religiosa sobre la Revelación, para los cursos de mayores de bachillerato. El libro apareció en Ediciones Lanore (París) con el título Mi fe en mi vida.

Como asistente general, escribió dos directorios para uso de los postulantes y de los directores, y la Pedagogía Marianista. Todos estos escritos tuvieron mucha aceptación, tanto dentro de la Compañía de María como en otras muchas órdenes y congregaciones religiosas.

Al comienzo de su período de mando se agrandó el seminario internacional de Friburgo, con un nuevo edificio, capaz para 130 seminaristas, que ofrece más espacio y un marco más moderno a esa Institución. Allí se formaron hasta 1967 todos los sacerdotes marianistas, pero a partir de esta fecha los americanos y japoneses se fueron quedando en sus países y sólo acuden los europeos. Estos continúan asistiendo a los cursos de la Universidad y se van preparando a su función de futuros animadores espirituales en ese ambiente internacional tan enriquecedor por el contacto con diversas culturas y personalidades.

En el aspecto misionero, este período inicia una serie de fundaciones en Africa. Desde hacía tiempo, tenía la Compañía de María obras educativas en el Marruecos español y en Túnez. y en 1938 llegaba a Nivelles monseñor Biechy, vicario apostólico de Brazzaville, a solicitar de la Administración general hermanos que se encargasen de dirigir tres escuelas en su ciudad episcopal. A causa de la guerra, esta petición no pudo ser atendida sino en 1946, fecha en la que religiosos franceses fueron a fundar la Escuela Normal de Brazzaville, que asegurase la formación de los maestros católicos de la gaba. Al mismo tiempo abría un colegio de secundaria; estas obras tuvieron que cerrar sus puertas al decretarse la nacionalización de las escuelas. Otra fundación semejante, iniciada en Bangui, en la República Centroafricana. y el postulante de San Juan del Youé, en la República del Congo, tampoco han podido ser conservadas. La mayor parte de los religiosos abandonaron el país.

Algunos de ellos se quedaron, como responsables de los movimientos juveniles del Africa negra francófona, o como monitores de la promoción rural en el Congo, o como responsables de la catequesis en los servicios diocesanos.

En cambio, desde 1957 se va produciendo una serie de inauguraciones de casas de educación en Asaba (Nigeria). en Lama-Kara (Togo) , en Nkatabay y en Karonga (Naysalandia) , en Abidjan (Costa de Marfil), en Mangu y en Nairobi (Kenya). De todas estas obras se encargan las Provincias de Canadá, de Suiza, de Cincinnati y de Francia.

Esta expansión de la Compañía de María obedece al deseo formulado por Pío XII de que se llevara el Evangelio al joven

continente africano, antes de que el Islam o el comunismo esterilizaran, en gran parte, la obra misionera, hasta ahora en vías de realización.

En estos últimos años, finalmente, fundaciones en el Líbano, en Corea y en Australia han permitido poner al servicio de iglesias más necesitadas la vitalidad, sobre todo, de las jóvenes Provincias americanas.

Antes de cerrar este capítulo querríamos decir unas palabras sobre las hermanas marianistas, las Hijas de María Inmaculada. En varios países y regiones coinciden con los religiosos. Pero también tienen obras en otros países, donde no ha entrado la Compañía de María. Por ejemplo, en Córcega, donde tienen casas en Ajaccio y en Vico.

En la región de París tienen, además de los colegios de Sucy-en-Brie y de Chelles, cerca de la capital, una casa de retiros en Yerres y un hogar de señoritas estudiantes en París mismo.

En el sur de Francia y en el Jura tienen las hermanas marianistas varios colegios de señoritas, siendo los principales los de Agen, Lons-le-Saunier y Arbois.

En España su número aumenta constantemente. Se hallan ya establecidas en las ciudades más populosas: Madrid, Barcelona, Valencia, San Sebastián.

En Roma han abierto las hermanas italianas una residencia universitaria.

En los Estados Unidos trabajan en San Antonio (Texas) y en Dayton, aliado de las Universidades marianistas.

En Togo (Africa) llevan una escuela de niñas, paralela a la escuela de niños que llevan los religiosos.

En Japón, donde hay más de cuarenta hermanas japonesas actualmente, su desarrollo y éxito corre parejo al de los religiosos.

En 1965 contaba la Compañía de María unos 3.200 religiosos distribuidos en 13 Provincias. Su Superior General, P. Hoffer, formaba parte del Consejo de Superiores de Ordenes Religiosas y participaba en

el Concilio como miembro de la Comisión conciliar de Seminarios y Universidades, directamente nombrado por Pablo VI.

En esta misma línea de servicio directo a la Iglesia, universal, recordemos también al P. Humbertclaude, antiguo profesor de la Universidad Imperial de Tokio, luego procurador general de la Compañía de María, a quien se ha confiado el Secretariado para los no cristianos que presidía el cardenal Marella; y al hermano señor Kessler, de origen suizo y antiguo inspector general, que fue nombrado en 1968 secretario del cardenal Garrone en la Sagrada Congregación de la Enseñanza Católica.

El Capítulo general de julio de 1971, reunido por primera vez en los Estados Unidos (San Antonio de Texas), contaba 79 capitulares, con predominio del elemento joven: 18 no llegaban a los cuarenta años, y 24 estaban entre los cuarenta y los cincuenta.

Fue precedido por una encuesta, extendida a toda la Compañía, y prolongado por una comisión de cinco miembros, que trabajó durante todo el año posterior. Este método de trabajo, que puso en actividad el concurso de todos los religiosos, se demostró muy eficaz. Pero su apoyo principal fueron, sin duda, las oraciones de todos los Marianistas y de todos los amigos de la Compañía de María del mundo entero. Todo ello explica el éxito de este Capítulo: su espíritu de oración, su unión y caridad, junto a un sano realismo y a la decisión de entregarse a fondo en las labores capitulares.

La revisión de las Constituciones, requerida por el Concilio y realizada en el Capítulo anterior, fue evaluada y proseguida, a la luz de las experiencias vividas en las comunidades religiosas de todo el mundo.

Tras seis semanas de intenso trabajo, publicó el Capítulo un documento de gran valor, en que queda determinado el sentido de la vida religiosa y de la misión apostólica que debe animar al corazón marianista.

Las crisis que algunas Provincias han atravesado últimamente, el envejecimiento de otras, el problema de las vocaciones, son otras tantas causas de preocupación; pero no impiden el que se dedique más atención todavía a los signos de renacimiento que se observan en la mayor parte de los países.

La elección de Superior General recayó en el P. Esteban-José Tutas, nacido en California, muy conocido por su espíritu de fe, su entusiasmo, su comprensión de los hombres y su aprecio del trabajo en equipo.

Para colaborar directamente con él, los capitulares eligieron como asistentes: para la vida religiosa, al P. Noel le Mire, antiguo provincial de Francia; para la educación, al hermano Pietro Monti; para la acción apostólica, al P. Juan Ramón Urquía, y para los asuntos temporales, al hermano Gerald Schnepp.

El nuevo Superior General y sus asistentes están decididos a trabajar unidos para lograr la renovación de la Compañía de María, en la línea trazada por el Capítulo general de 1971.

19

Jesús, Hijo de María, único cimiento de todo el edificio

En los comienzos de su libro sobre los Precursores, Jorge Goyau, subyugado por la personalidad del P. Chaminade, describe la misión del Fundador con palabras que hacen resaltar su originalidad y, a veces, su actualidad para el día de hoy. La Compañía de María se ha mantenido fiel a esa misión durante siglo y medio de su existencia; y el último Capítulo general ha impulsado la fe y el dinamismo de quienes, siguiendo la línea del P. Chaminade, quieren participar intensamente en la misión de la Iglesia de hoy.

Ahora bien, esta Iglesia hinca sus raíces y está implicada en una historia que no es nada trivial, por decir de ella lo menos que pueda decirse. Esta época en que vivimos es, sin duda, de las que marcan una etapa nueva en la marcha de la humanidad. Por un lado, las democracias occidentales evolucionan y buscan su camino, bajo la presión conjugada del socialismo y del comunismo. Por otro lado, las nuevas nacionalidades, que constituyen más de la mitad de la humanidad y que han vivido durante siglos al margen de las grandes

corrientes internacionales, van entrando resueltamente en el concierto de los pueblos y tienden a modificar su equilibrio.

Y, como siempre ha ocurrido en la Historia, la Iglesia aparece como "un signo entre las naciones". Por sus normas y directrices, inspiradas por Dios, traza a las sociedades humanas el camino de salvación. Más aún, para alcanzar a los medios descristianizados, la Iglesia "se pone en estado de misión" y, de cara al mundo pagano, inicia en el Vaticano II un reajuste que le permita llevar el mensaje de paz de Jesucristo a todos los hombres de buena voluntad.

En este renacimiento, el papel asignado a los laicos es cada vez mayor. Es, además, un papel irremplazable en el plan de la Redención, lo cual los consagra a tareas específicas, en que den testimonio de la universal presencia de Cristo y de la eficacia de la salvación que nos mereció en la cruz.

Pues bien, este papel de los laicos lo ha comprendido siempre la Compañía de María, como lo atestigua el apostolado que ha practicado desde sus orígenes. Los laicos son numerosos en escuelas y universidades y, unidos a los religiosos, comparten con ellos su misión y su preocupación de evangelizar. En varias casas se ha hecho un esfuerzo para formar estos laicos y darles más responsabilidades en todos los planos.

Esta tarea se ve facilitada en la Compañía de María por la composición misma de las comunidades, constituidas por sacerdotes y hermanos. Sacerdotes y hermanos íntimamente unidos en la obra de evangelización; no de sacerdotes dedicados al apostolado y secundados por simples coadjutores legos, sino de sacerdotes y de laicos que participan por igual, aunque cada cual en su ministerio, en la gran misión; sin duda, es éste uno de los rasgos más característicos de la Compañía de María.

En la Iglesia católica se ha ensayado varias veces y de diversas formas el estrechar esta unión en asociaciones, cofradías o congregaciones religiosas; pero, quizá, en ninguna otra parte se ha logrado una realización más completa y más sólida que en la Compañía de María, con su especial constitución, aprobada expresamente por la Iglesia y confirmada por la experiencia de siglo y medio de existencia.

La adaptación de la Compañía de María a los diversos tipos de apostolado no tiene otra explicación. Una actividad "misionera" de dimensiones universales le permitió, en el pasado, emprender obras muy diversas y le abre para el futuro nuevas perspectivas, todavía más ricas, en el apostolado. Sin embargo, en sus varios campos de actividad, el objetivo esencial ha sido la educación de la fe: por eso se dedicó desde su origen a la educación cristiana de la juventud. Y si, desde un principio, la Providencia orientó a la Compañía en ese sentido, parece que su designio es mantenerla, por mucho tiempo todavía, en ese mismo camino.

Así, en 1971, un religioso marianista, el P. Sánchez Vega, provincial de Madrid, fue elegido para la presidencia de la Oficina Internacional de la Enseñanza Católica. Así, los obispos siguen solicitando constantemente a los superiores la fundación de escuelas y colegios, tanto en países cristianos como en países de misión.

Por todas partes se cumple aquello de "la mies es mucha y los obreros pocos"; pero, quizá, en los países de misión es donde el futuro de la Iglesia depende más de la escuela y donde a la hora presente se ofrece una ocasión preciosa, única, de transmitir la Buena Nueva por medio de la educación.

En efecto, en estos tiempos en que tanto se habla de formación continua, de escuelas para todos, incluso para adultos, es un deber para la Iglesia el estar presente allí donde gentes de todos los ambientes y condiciones irán, con regularidad, a reponerse en sus conocimientos y a repensar su vida bajo una nueva luz en donde no debe estar ausente la luz del Evangelio.

Aun suponiendo que la evolución de las sociedades y de las legislaciones obliguen a la Iglesia, en ciertos países, a modificar su estatuto de la escuela cristiana, la escuela, como tal, y cualquiera que sea su forma futura, tendrá siempre un papel de primera importancia en el esfuerzo pastoral.

Es orden del divino Maestro la de llevar el Evangelio a todas las naciones y a todos los pueblos; esto exige apóstoles que se hagan presentes en el mundo intelectual, en la enseñanza, en la formación continuada, lo mismo que en el corazón del mundo obrero o del rural.

Los maestros, religiosos o laicos, no serán fieles a su vocación si no realizan, por su trabajo y su testimonio, esta educación de la fe, que ningún otro medio podrá garantizar tan eficazmente como la enseñanza, sea de jóvenes, sea de adultos. Por eso, la Compañía de María, al propio tiempo que prosigue en su misión de siempre, se adapta a las condiciones del mundo actual, dentro de estas perspectivas apostólicas.

Por lo demás, la vocación misionera de la Compañías de María no se limita a la enseñanza. El Fundador defendió el principio de la universalidad de las obras, y el P. Lalanne, su primer discípulo, tenía miedo a que la Congregación se redujera a una misión de enseñanza. Pero ni fue así, ni es así. Sacerdotes y hermanos desempeñan hoy en la Iglesia funciones muy diversas.

Los varios movimientos de Acción Católica han sido ya objeto de su solicitud. Así, por ejemplo, últimamente, el puesto de responsable de la Acción Católica Infantil en Africa de habla francesa, ha sido encomendado a un hermano marianista.

Así, otro ejemplo, en la Provincia de Madrid, un hermano fundó y dirige la CEMI: Congregación Universitaria de María Inmaculada, que cuenta actualmente 17 centros. Es una agrupación abierta a cuantos en el ejercicio de su profesión quieran profundizar en su fe y participar en el apostolado de la Iglesia. Acoge lo mismo a sacerdotes que a laicos. Sus compromisos se formulan: en una promesa de vida, acordada al reglamento de la CEMI, y en una promesa de apostolado.

Junto a estos dos tipos de obras, dirigidas por religiosos laicos, habría que citar aquí todas las obras que dependen del ministerio sacerdotal y, por consiguiente, incumbe a los sacerdotes marianistas: predicación, ejercicios, capellanías de estudiantes, Pax Romana, parroquias, misiones, asistencia espiritual de movimientos de Acción Católica, de movimientos espirituales, de fraternidades.

Estas últimas, las fraternidades, son cada vez más numerosas y atraviesan una época de renaciente vitalidad. A ellas vienen laicos que buscan una espiritualidad para alimentar su oración y para motivar más sólidamente su participación en la misión evangelizadora de la Iglesia. Las fraternidades son de corte muy diverso, pero todas tienen de común el compromiso de desarrollar en sus miembros el espíritu de

fe, el amor filial a la Virgen, el sentido apostólico y la mutua ayuda entre los hermanos.

De esta manera, la Compañía de María, con sus religiosos y con todos los laicos que viven de su espiritualidad, abarca, en la medida de sus medios, toda clase de apostolado. Pero con un único objetivo: trabajar en la Iglesia, donde quiera que sea necesario, en la educación de la fe. Ahora bien, los hijos del P. Chaminade entienden que esta educación de la fe, tan necesaria, sobre todo, en ciertos períodos turbulentos de la Iglesia, es la prolongación de la acción maternal, educadora de María, tal y como Dios la ha querido en su plan de salvación. No es por nada, que la Compañía lleva el nombre de María, que "constituye toda su gloria y toda su fuerza". No es por nada, que la Compañía ha recibido de Dios, como "su don propio", esa "piedad del todo filial hacia María", que fue desde un principio, y ha permanecido siempre, la misma piedad filial de Jesús para con su Madre. Si la Compañía está del todo "consagrada" a María es que tiene por misión, lo mismo que todas las Asociaciones dedicadas al servicio de la Virgen, la de "hacerla conocer, amar y servir por toda la tierra". En el Calvario, la Iglesia entera fue encomendada a María en la persona de San Juan, por voluntad expresa de Jesús moribundo. Desde entonces, María ha venido prodigando al Cuerpo místico los cuidados y el amor con que siempre había rodeado a Jesús en persona. María tiene en la Iglesia una misión enteramente maternal, y pide a sus hijos, que somos nosotros, que la asistan en esa misión de salvar y santificar a todos los hombres.

Tal es, en resumen, el modo de pensar del P. Chaminade sobre el apostolado mariano, y éste es, también, su carisma personal en la Iglesia. Hay en el testamento de Jesús otra insistencia que al P. Chaminade le impresionó vivamente: es su preocupación por la unidad, que, hoy también, constituye el gran deseo y la pasión de toda la Iglesia. Conocida esta preocupación de Jesús, nada tiene de extraño que en el Calvario, en el momento en que nacía la Iglesia, Cristo mismo nos haga saber que la quiere unida y enteramente confiada a su Madre, como El mismo se había confiado a Ella para la realización de su misión salvadora.

“En este lugar del Evangelio, nos enseña el P. Chaminade, no se cita el nombre del discípulo, porque llevaba la representación de todos los hombres.” Y en otro sitio nos dice: “María comprendió entonces su oficio en esta consumación de unidad para que su Hijo con todos sus discípulos no formasen sino un mismo y único Hijo, así como Ella, su Hijo y todos los discípulos, consumados en unidad, no hacen sino un solo Hijo de Dios.” Al genio del P. Chaminade revierte la gloria de haber despertado la conciencia cristiana en una doctrina tan de actualidad.

Hoy como ayer, la Compañía de María cumple su misión de Iglesia, multiplicando en el mundo las comunidades de hermanos y sacerdotes y los grupos de laicos que en el nombre de María quieren llevar el mensaje amoroso de Jesucristo hasta el corazón mismo de las realidades humanas.

En su actividad, todo se hace en nombre de María, bajo el amparo de María, para honor de María. “Si nuestra obra es grande, proclamaba el Fundador, si es magnífica, todo proviene de que somos los misioneros de María.”

De esta convicción, seriamente vivida, nace, en el corazón de todos los que la comparten, una inmensa esperanza.

20

Atención a una espiritualidad

Diversos textos:

- Del P. Chaminade.
- De algunos marianistas.
- Del Capítulo general de 1971.

INTRODUCCIÓN

La obra escrita del P. Chaminade es bastante extensa. No en forma de libros, si se exceptúa “Manual del servidor de María”, pero sí

en forma de cartas, muy numerosas (5 tomos), y en forma de notas o apuntes manuscritos, también muy numerosos: escritos de dirección, guiones minuciosos de conferencias, de sermones de retiros, escritos de oración, etc.

En estos escritos de muy diversa índole se explicita y se desenvuelve durante casi cincuenta años el modo de pensar de un Fundador de Ordenes, con la continuidad que caracteriza su vida interior y su acción externa. Los textos que aquí presentamos no pretenden exponer todo el pensamiento del P. Chaminade, ni, menos todavía, pretenden ofrecer una síntesis de él. Han sido seleccionados y yuxtapuestos a otros textos de religiosos marianistas o del Capítulo general de 1971, como más especialmente indicativos del espíritu con que un hombre de Dios y su posteridad espiritual han querido y entienden todavía seguir respondiendo a las llamadas de Dios y de los hombres de su época.

PLAN DE LOS TEXTOS

1. EL CORAZÓN DE LA ESPIRITUALIDAD MARIANISTA: JESÚS. HIJO DE MARÍA.

Extractos del Capítulo general de los religiosos marianistas 1971.

2. MARÍA.

Textos sobre la Virgen.

Extractos de los escritos del P. Chaminade.

3. FE Y ESPÍRITU DE FE.

Extractos de los escritos del P. Chaminade.

4 APOSTOLADO.

Extractos de los escritos del P. Chaminade.

5. LA ENSEÑANZA AL SERVICIO DE LA MISIÓN APÓSTOLICA.

Extractos de los escritos del P. Chaminade y de algunos marianistas.

6 PASTORAL DE ADULTOS.

Extractos del Capítulo general de 1971.

7. FIDELIDAD DE LOS MARIANISTAS A SU VOCACIÓN PROPIA EN LA IGLESIA.

Textos del P. Hoffer, 9.º Superior general y del Capítulo general de 1971.

1. EL CORAZÓN DE LA ESPIRITUALIDAD MARIANISTA: JESÚS, HIJO DE MARÍA.

1-1. El hombre de hoy anhela la libertad dentro de una auténtica comunidad humana; busca la liberación del mal, de la ignorancia, de la pobreza, de la opresión, de las desuniones y de todas las formas de odio.

Está a la espera de algo o de alguien que lo libere del desasosiego que le causa el presente y de sus temores sobre el porvenir Y que lo reúna en comunidad. Quiere ser libre para comprender, amar y actuar; en una palabra, quiere vivir, Y vivir con mayor abundancia (Jn., 10, 10).

1-2. En medio de la confusión Y discordias de este mundo, la comunidad cristiana proclama a Cristo, camino, verdad y vida, Y lo presenta como la realización de los anhelos del hombre (Jn., 14, 6).

En Cristo, la Iglesia une a los hombres en comunión fraterna, abierta a todos. Cristo reúne en sí todas las cosas, porque es el Hijo de Dios hecho hombre; no una idea ni una abstracción.

1-3. Verdadero Dios, se hizo por medio de María verdadero hombre; único salvador, libertador y mediador de los hombres. María

aceptó por la fe el mensaje divino; sin entorpecimiento de pecado, abrazó con todo su ser la voluntad salvífica de Dios Y se consagró plenamente, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo. Con la gracia de Dios omnipotente, se puso al servicio de la salvación bajo la dependencia de su Hijo (Lumen Gentium, 8, 56).

1-4. La participación de María en la historia de la salvación; su estilo de vida, tan sugestivo por su íntima unión con los misterios centrales de Cristo Y de su Iglesia, encantaron de tal manera al P. Chaminade, nuestro Fundador, que el misterio de la Encarnación, con todas sus implicaciones, ha llegado a ser el corazón mismo de la espiritualidad marianista.

(Extractos del Documento 2, Cap. general 1971.)

2. MARÍA.

“Por la grande misericordia de Dios para conmigo y con los demás, yo no vivo ni respiro, desde hace mucho tiempo, sino para propagar el culto de esta augusta Virgen, y lograr así que todos los días crezca y se multiplique su familia.”

(Chaminade, 1825: A los seminaristas de Auch.)

2-1. Papel de María en el designio de Dios.

Nacidos de María...

María es realmente la Madre de los cristianos, la Madre de los predestinados, la Madre de los discípulos de Cristo.

Así como Jesucristo fue concebido, según la naturaleza, por obra del Espíritu Santo, en el seno virginal de María, así todos los elegidos son concebidos por obra y gracia de ese mismo Espíritu, por la fe y el bautismo, en las entrañas de la tierna caridad de María.

Todo cuanto María lleva en su seno, no puede ser sino Jesús mismo, o sólo puede vivir de la vida de Jesús. Los cristianos son los miembros del Cuerpo Místico de Jesús; no son sino un solo Jesús, y de cada cristiano se puede decir: “Nació de Santa María Virgen.”

Entonces, ¡qué medio tan portentoso de llegar a la semejanza con Jesucristo, el tener por Madre a la misma Madre de Jesucristo!

(P. Chaminade: Escritos de dirección sobre el Instituto de la Compañía de María.)

Mujer, he ahí a tu hijo.

“Por consiguiente, con estas palabras tan dignas de meditación: 'Mujer, he ahí a tu hijo', Jesucristo no hizo sino revelar al mundo, desde lo alto de la cruz, una verdad que importa muchísimo a la salvación: se reservó esta revelación hasta el último momento de su vida, para que, a nuestros ojos, tuviera la santidad del testamento de un Dios moribundo.

¿No podría también decirse que quiso esperar, para darnos a conocer la maternidad de María, a que Ella misma, al pie de la cruz se mostrase tan claramente Madre nuestra, al sacrificar por nuestra salvación al Dios que era su Hijo primogénito?

Este es el sentido claro, al menos así nos parece, de las hermosas palabras de Jesucristo. Cuando dice al discípulo: 'He ahí a tu Madre', quería decir: he ahí la que os engendró espiritualmente a la fe, cuando me engendró corporalmente en su seno virginal; es vuestra madre, como lo es la mía; no en la misma forma, sin duda, pero sí a título de generación.

Así mismo, con las palabras que dirige a María: 'Mujer, he ahí a tu hijo', parecía decirle: 'Nueva Eva, tu Hijo Primogénito, después de cumplir su misión, va a volver a su Padre. Pero estos hijos de tu fe y de tu amor no han cumplido todavía la suya; mujer augusta, compañera de tu Primogénito en la obra de la regeneración, yo te los confío’

(P. Chaminade: "Manual del servidor de María", 1844, cap. 5.º)

Para María, la gloria de salvar la fe...

“Una gran victoria está reservada a María en nuestros días; a Ella corresponde la gloria de salvar la fe del naufragio que, en nuestro tiempo, la amenaza. Pues bien, nosotros hemos comprendido este designio del Cielo...; por eso nos hemos apresurado a ofrecer a María.

nuestros flacos servicios, para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado. Nos hemos alistado bajo su bandera, como soldados y servidores suyos, y nos hemos comprometido con voto especial, el de estabilidad, a secundaria. con todas nuestras fuerzas y hasta el fin de nuestros días en su noble lucha contra el infierno.

(P. Chaminade: Carta a los predicadores de retiro, 1839.)

“Creemos que a la augusta Madre de Dios, a quien la Iglesia misma aclama como única vencedora de todas las herejías, está reservada, en nuestro tiempo, una gran gloria y un bello triunfo sobre los embates coordinados del filosofismo moderno, de la indiferencia religiosa que él engendra y del infierno que los ha vomitado sobre el mundo.

(P. Chaminade: Carta de 1839 al Canónigo Valentini. Burdeos.)

2-2. Confianza en María.

María está a nuestro lado, velando solícita.

-De la cuna al sepulcro, en la infancia y en la vejez, en los días de gozo y en las noches de duelo, el hombre cristiano lo debe todo a María: gracia del bautismo y de la educación religiosa; gracia de la conversión o de la perseverancia; gracia de la fuerza y del valor en el combate; gracia de protección y de defensa en los ataques; gracia del asilo y del consuelo en la desgracia; gracia de consejo y de prudencia en la elección de estado o en los asuntos de la vida; gracia para hacer el bien y para huir del mal; todo cuanto es conducente a mantener o a reanimar la vida de Jesucristo en nosotros nos viene de su ternura maternal.

Si las ilusiones de la naturaleza y de los sentidos amenazan con oscurecer en el alma los vivos resplandores de la fe; si la concupiscencia se encrespa y se inflama; si el gusto de las cosas espirituales se embota; si el pan de vida, o las prácticas piadosas, o los ejercicios de religión sólo nos producen náuseas; si el viento de la tribulación nos azota; si la desventura vierte su copa amarga, María está a nuestro lado, velando solícita, haciéndose toda a todos, variando los auxilios según las necesidades. Ella es la fuerza del débil, el pie del cojo, el ojo del ciego, el oído del sordo; Ella enriquece al

pobre, ampara al tímido, calma al furioso, conmueve al ingrato y no abandona a nadie.

Ciertamente, la virtud es objeto de sus divinas complacencias; pero el pecador también encuentra en Ella abrigo y refugio ante la cólera divina."

(P. Chaminade: "Manual del servidor de María", 1844, cap. 6.º)

2-3. María y los nuevos tiempos.

¡Si llegásemos a comprender las invenciones de la ternura de María para la salvación de los hombres!

"De todo esto se sigue que más que nunca María debe ser el objeto de nuestros homenajes y la razón de nuestra esperanza. Honrémosla, recurramos a su valiosa mediación; pero, para que nuestros corazones sientan más amor, aprendamos a estimarla estudiándola. Si la conociésemos, si comprendiésemos su solicitud maternal por los hijos que Jesús le ha confiado, si nos fuese dado leer en su inmaculado Corazón todas las invenciones de su ternura para salvar el mundo del naufragio universal que amenaza a la fe y a las costumbres, nos aficionaríamos más a su culto.

Su nombre estaría más frecuentemente y con más confianza en nuestros labios y encontraríamos mayores delicias en los efectos preciosos del poder que ha sido depositado en sus manos."

(P. Chaminade: -Manual del servidor de María", 1844, cap. 1.º)

"Os hablo, mis queridos hijos, como un anciano padre de familia numerosa, que prevé próxima su muerte y no querría morir sin veros a todos caminar muy unidos y a grandes pasos hacia los fines que el Verbo humanado tuvo presentes al instituir la Compañía de María.

Esos fines son grandes y muy apropiados para aumentar el culto de su augusta Madre, por cuya mediación quiere sostener la fe y la religión en los últimos siglos de la Iglesia católica."

(P. Chaminade: Alocución a religiosos marianistas, octubre 1844.)

2-4. La Consagración a María de los Marianistas: al servicio de una misión. Instrumentos de María en la educación de la fe.

“Este es, propiamente, el carácter distintivo y como el atributo de familia de nuestras dos Ordenes: somos, especialmente, los auxiliares e instrumentos de la Santísima Virgen en la gran obra de reformar las costumbres, de sostener y acrecentar la fe y, por el mismo hecho, de santificar al prójimo. Depositarios de las artes y de las invenciones de que se sirve su amor casi infinito para lograrlo, hacemos profesión de servirla fielmente hasta el fin de nuestros días, de ejecutar puntualmente cuanto Ella nos diga, felices de poder gastar a su servicio una vida y unas fuerzas que le están consagradas. Y tanta es nuestra convicción de que esto es lo que hay de más perfecto para nosotros, que renunciamos formalmente, por nuestro voto de estabilidad, al derecho de elegir y abrazar alguna vez otra Regla.”

(P. Chaminade: Carta a los predicadores de los retiros de 1839.)

“Nosotros, los últimos de todos; nosotros, que nos creemos llamados por María misma para secundaria con todos nuestros posibles en su lucha contra la gran herejía de la época, hemos tomado como divisa, y así lo proclamamos en nuestras Constituciones (art. 6.º), aquellas palabras de la Santísima Virgen a los sirvientes de Caná: 'Haced todo cuanto El os diga' (Jn., 2, 5).

(P. Chaminade: Idem.)

Todos misioneros.

“Nuestra obra es grande, es magnífica. y si se hace universal, es porque somos los misioneros de María, que nos ha dicho: 'Haced cuanto El os diga.' Sí, todos Somos misioneros. A cada cual de nosotros ha confiado la Santísima Virgen un mandato para trabajar en la salvación de nuestros hermanos en el mundo.”

(P. Chaminade: Carta arriba citada.)

¿Dónde está nuestra fe?

“Parece que se os caen los brazos al ver que la juventud que os rodea y que, como vos, ha recibido la misma misión, está llena de buena voluntad, pero -decís- carece de experiencia. ¿ y dónde habéis sacado que los Apóstoles y los 72 Discípulos tuviesen alguna

experiencia antes de trabajar en la gran obra que se les encomendó? Tenían buena voluntad, es verdad; pero eso era todo.

Los discípulos del Señor no tenían más aptitudes que los Apóstoles; como ellos, eran conscientes de su insuficiencia; pero, como ellos también, tenían plena confianza en Cristo respecto a la misión que les había confiado.

¡Cómo hemos degenerado! ¿Dónde está nuestra fe, nuestra fe en Jesucristo? Mi querido hijo, no tengo, al decirle esto, la menor intención de humillarle ni de humillar a sus colaboradores, sino de despertarles a todos de esa especie de modorra en que parecen haber caído y recordarles lo que todos son por el hecho de haber profesado en la Compañía de María.

Son todos verdaderos misioneros. La enseñanza de la juventud, cualquiera que esa enseñanza sea, no es, ciertamente, el fin que se han debido proponer al consagrarse por entero a Dios, bajo la especial protección de la augusta María.

La enseñanza no es más que un medio de que nos servimos para el cumplimiento de nuestra misión, para meter por todas partes el espíritu de fe y de religión y para multiplicar los cristianos."

(P. Chaminade: Carta al P. Chevaux, 1834.)

Enviados a pregonar el Nombre de María...

"Nos hemos comprometido con María, ¿pero a qué? A todo lo que un hijo debe sentir y hacer por una madre buena: a amarla, a respetarla, a obedecerla, a asistirle. Sobre todo nos hemos obligado a esto último, como compromiso del amor filial: a la asistencia, a la benevolencia activa, a publicar el Nombre de María y a hacerlo honrar en todas partes."

(P. Chaminade: Retiros de 1819.)

La vida religiosa abrazada en su Nombre, carácter propio de nuestras Ordenes.

"Se presenta aquí una dificultad que, aunque sólo es aparente, me vais a permitir resolverla con vosotros.

Todas las Ordenes religiosas, me dirá tal vez alguno, han honrado a María de modo particular y se glorían de ser su pertenencia.

A esto responderé que estamos muy lejos de pretender que el culto a la Santísima Virgen sea de nuestra exclusiva pertenencia. Sería ésa una pretensión muy tonta ciertamente. Porque ¿quién puede amar al Hijo sin amar a la Madre y quién osará tender a la perfección evangélica, excluyendo de su consagración a Jesús, el culto especial a María?

Pero lo que yo considero como carácter peculiar de nuestras Ordenes y lo que me parece que no tiene igual en las otras Ordenes conocidas es, repitámoslo, que en su Nombre y para gloria suya abrazamos el estado religioso; que lo abrazamos para entregarnos a Ella en cuerpo y bienes; para hacerla conocer, amar y servir; plenamente convencidos de que no llevaremos los hombres a Jesús, si no es por medio de su santa Madre; porque creemos, con los santos Doctores de la Iglesia, que es Ella toda nuestra esperanza, nuestra Madre, nuestro refugio, nuestro auxilio, nuestra fuerza y nuestra vida. 'Tota ratio spei nostrae.'

(P. Chaminade: Carta a los predicadores, 24 de agosto de 1839.)

Servidores de María.

“Por el voto de estabilidad, el religioso entiende constituirse de manera permanente e irrevocable en el estado de servidor de María. Es, con toda propiedad, una dedicación a la Santísima Virgen, con el piadoso designio de propagar su conocimiento y de perpetuar su amor y su culto, en todo cuanto pueda, por sí mismo y por los demás, en cualquiera circunstancia de vida en que se encuentre.”-

(Constituciones de la Compañía de María, 1839.)

3. FE Y ESPIRITU DE FE.

3-1 Confianza en la Palabra de Dios.

“La fe es esa luz que ha surgido en medio de las tinieblas: 'La luz luce en las tinieblas' (Jn., 1, 5).

Verdadera luz es una participación de la luz de la Divinidad, aunque siempre rodeada de una espesa nube que aminora la vivacidad de su esplendor. Tinieblas y oscuridad de la fe, que el pecado ha hecho necesarias.

El hombre no quiso, en efecto, tender hacia su último fin, mientras el espléndido sol de la justicia lucía para él: se mereció por ello el ser sepultado en las eternas tinieblas.

Pero igracias te sean dadas, Padre de las misericordias!, porque hiciste brotar la luz de la fe, bastante viva para que pudiera el hombre salir del camino del error y encaminarse hacia su destino, bastante oscura, al mismo tiempo, para que el hombre pudiera expiar habitualmente el pecado de su orgullosa curiosidad.

Se perdió por abusar de su razón; sólo se salvará por su fidelidad en la sumisión. Dio fe a la promesa del demonio, sin sospechar siquiera de su maligna envidia; es preciso que ponga toda su confianza en la palabra de Dios, aunque no llegue a comprender toda su profundidad. Pudo , llegar al conocimiento de Dios por su cordura; ahora habrá de llegar por la locura de la cruz. Pero ¡ cuán sabiamente están dispuestas las tinieblas que rodean a cada una de las verdades de fe, a cada uno de los objetivos de la Revelación!. Todo nos aconseja, todo nos impulsa, todo nos fuerza, incluso, a creerlas, si queremos, al menos, servimos de nuestra razón, no para examinar lo que esas verdades son en sí mismas, sino para conocer lo que de ellas se nos ha revelado.

La oscuridad del misterio no impide distinguir el misterio, sino su esclarecimiento en profundidad. En una palabra, las tinieblas que envuelven a la fe no perjudican, de ningún modo, a la certidumbre de la fe.

En efecto, para estar ciertos de los misterios de nuestra religión, ¿qué necesidad tenemos de comprender esos misterios? ¿No nos bastan los testimonios, tan auténticos, que Dios nos ha dado de ellos?"

(P. Chaminade: Conferencia a las Hijas de María sobre la fe.)

3-2. La fe que hace los Santos.

"Para el conocimiento de las cosas, sobre todo de cuanto se refiere a la salvación, puede nuestro entendimiento aplicar diversas clases de luz: existe la luz de la razón, que es una luz natural; existe la luz de la fe, que es sobrenatural, pero ordinaria, y existe otra luz extraordinaria, como la de las revelaciones. De estas tres, la que más

debemos apreciar, pedir y procurar es, sin discusión, la luz de la fe, porque es la más necesaria, la más duradera y la más excelente.

Esta fe de que hablamos no es sólo la fe humana, que procede de la razón, iluminada por los datos de la fe: viene de Dios, la 'fe de Dios' de que habla la Escritura. No hay que confundir la una y la otra: son muy diferentes, sea por su naturaleza, sea por sus efectos. La primera no es más que una operación de la inteligencia que, mediante el razonamiento, saca consecuencias verdaderas partiendo de principios ciertos; la segunda es como una visión, una fruición de las cosas visibles y futuras, que, en cierto modo, se hacen sensibles y actuales en virtud de la certeza de que existen.

La primera deja dudas, está amasada con oscuridad: produce en la voluntad inacción e indiferencia; la segunda desecha toda incertidumbre y mueve la voluntad. La primera se adquiere por el estudio; la segunda, por la humildad y la oración. La primera es la fe de muchos cristianos cobardes y desgovernados que hay por el mundo; la segunda es la fe que hace los Santos, la que pocos cristianos se esfuerzan en adquirir, la que muy pocos poseen."

(Resumen de las conferencias de retiros en 1818, según notas del señor Lalanne.)

3-3. Dios no combate a la manera de los hombres.

"Nova bella elegit Dominus: el Señor ha escogido otra manera de combatir. A más de uno le parecerá quizá que contra el mundo, especialmente cuando los enemigos de Dios son tantos y tan poderosos, el arma de la fe es un arma bien endeble; pero sepan que Dios no combate a la manera de los hombres. El Señor se complace en vencer a sus enemigos sirviéndose de los medios que a los enemigos les parecen más flojos y más despreciables, mientras ellos movilizan contra El todo el aparato de su poder. Así lo vemos confirmado en las victorias de la Iglesia, prefiguradas ya, en las victorias del Pueblo escogido."

3-4. Una fe que surge del corazón y del entendimiento a la vez.

“La fe de sólo el entendimiento no santifica. A ella se refiere el Apóstol Santiago cuando escribe: '¿ Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien. También los demonios lo creen, y tiemblan' (Jc., 2, 19).

En cambio, de la fe que nace al mismo tiempo en el entendimiento y en el corazón, dice el santo Concilio de Trento, que es 'la raíz de nuestra justificación', como antes San Pablo había dicho que es 'el alimento de la vida del justo. Justus ex fide vivit' (Rom., 1, 17).

Si esto es válido para todas las verdades de fe, y todas las debemos creer de corazón, incluso las que más temor puedan infundirnos, con qué afecto, y hasta tierno afecto, deberemos creer aquellas verdades que nos dan por Madre a la misma Madre de Jesús.”

(P. Chaminade: "Manual de dirección para la vida y las virtudes religiosas de la Compañía de María", 1829.)

3-5. Vivir de la fe.

“Obrar por fe, practicar la fe, vivir de la fe, es mirar todos los objetos, naturales o sobrenaturales, que se presenten a nuestra consideración, según el conocimiento que Dios tiene de ellos, y que nos comunica por la fe, y examinarlos y juzgarlos luego a esta luz para conformar con ellos nuestra vida.”

(P. Chaminade: Conferencias a las Hijas de María sobre la fe.)

4. EL APOSTOLADO.

4-1. El P. Chaminade (y los Marianistas). “Misioneros apostólicos” confiados por la Santa Sede, encargados de misión por Jesús y María.

“Os admirará, más que nada, el privilegio insigne otorgado a todos los superiores generales que me sucedan.

El título y la cualidad de Misionero apostólico, de los que me honro en estar yo mismo investido, les recordará por siempre, así como a vosotros, que nuestra Obra es una Misión, como un desbordamiento o una participación del apostolado de Jesucristo.

Somos todos misioneros: los hermanos laicos, y las religiosas Hijas de María, son también misioneras; todos misioneros católicos, reconocidos por la Santa Sede. Era conveniente, pues, que el superior general, de quien, en este aspecto, sacerdotes y laicos, religiosos y religiosas, no son sino vicarios y delegados, fuese reconocido, de modo especial, por el Sumo Pontífice, y recibiese de él el carácter sagrado de la misión que ejerce por delegación, sea por sí mismo, sea por sus hijos, en la Iglesia de Dios.

Estas son las razones por las que solicité ese favor, y ésta es la significación del favor conseguido, según el sentido del Breve pontificio."

(P. Chaminade: Circular a los sacerdotes, 1840.)

"Tan pronto como un religioso recibe el encargo de una clase o de una casa, se representa a Jesús y a María, que, al confiársela, le dicen: 'Es voluntad de vuestro Padre celestial que ninguno de estos niños se pierda. Se penetra para con ellos de todos los sentimientos del Salvador y de toda la ternura de María; por muy numerosos que sean, dilata su corazón para acogerlos a todos y guardarlos allí sin cesar. En sus oraciones, en sus comuniones, en todas sus buenas obras, suple lo que la pequeñez y la ignorancia de ellos no alcanzan y se considera como el buen pastor de todos ellos."

(Constituciones de la S. M., 1839.)

4-2. Auxiliares e instrumentos de María.

"Tal es, pues, el carácter distintivo y como el blasón de familia de nuestras dos Ordenes; somos, de modo especial, los auxiliares y los instrumentos de la Santísima Virgen en la gran tarea de transformar las costumbres, de sostener e incrementar la fe y, por lo mismo, de santificar al prójimo."

(P. Chaminade: Carta a los predicadores de retiros, 1839.)

"Ved en qué tiempos ha suscitado Dios el establecimiento del Instituto de María. Echad una mirada sobre el mundo: ¡Dios mío!, qué tinieblas tan espantosas, qué horrible depravación, qué desoladora indiferencia por la salvación. En los siglos anteriores, la corrupción sólo anidaba en los corazones, pero hoy están gangrenados los

corazones y los espíritus, y el mal del espíritu es infinitamente más peligroso y más incurable que el mal del corazón. En estos o tiempos de desolación, cuando sobre la generación que acaba de nacer, y sobre todas las que le sucedan, se cierne la amenaza de ser devoradas por la irreligión y la impiedad, funda Dios el Instituto de María. Por consiguiente, Dios nos llama no sólo a santificarnos, sino a contribuir a que la fe se avive en Francia, en Europa, en todo el mundo.

¡La empresa es grande, es santa y generosa!

¡Qué de atractivos para una alma enamorada de la gloria de Dios y de la salvación de sus semejantes!

¡Y entre tantos otros, Dios nos ha escogido precisamente, para eso!”

(P. Chaminade: Retiros de los religiosos, 1821.)

5. LA ENSEÑANZA EN FUNCIÓN DE LA MISIÓN APOSTÓLICA.

5-1. No es el fin; es sólo un medio.

“Sois verdaderos misioneros. La enseñanza, cualquiera enseñanza, de la juventud, no es ciertamente el fin que os habéis debido proponer al consagraros enteramente a Dios, bajo la especial protección de la augusta María. La enseñanza sólo es un medio del que nos servimos para cumplir nuestra misión, es decir, para meter por todas partes el espíritu de fe y de religión, para multiplicar los cristianos.”

(P. Chaminade: Carta al P. Chevaux, 1834.)

5-2. Universalidad del apostolado marianista.

“Jesús quiere que todos los hombres se salven; quiere reinar en todos los corazones; pero este reinado se establecerá por María. Por esta razón quiere también María que no se pierda ninguno de aquellos por quienes ha muerto su Hijo; por esta razón, su solicitud es universal.

Inspirándose en este ejemplo, el P. Chaminade no se dedicó en principio a una obra especial y exclusiva, a ningún apostolado limitado; se puso a la disposición de su Madre, para estar siempre listo a asistirle en su solicitud universal y acudir adonde ella le llamara, haciendo todo lo que ella le dijese.”

(Simler, Cuarto Superior General. Circular número 71, 1896.)

5-3. El espíritu de familia en la escuela.

“Los maestros no podrán ejercer su acción moral sobre los niños, sino en la medida en que establezcan con ellos las relaciones en que esos mismos niños se encuentran con su padre y con su madre en la familia. Dicho de otro modo, para educar a los niños hay que vivir con ellos, y (una escuela) no será nunca una casa de educación, sino a condición de ser una segunda familia...”

Podréis sembrar en las inteligencias, podréis incluso grabar en la memoria las máximas más santas; pero esas máximas no penetrarán hasta el corazón si no van envueltas en una voz amiga y familiar. La vigilancia más activa y más minuciosa sólo evitará el acto; pero tal vez no haga más que irritar los deseos y fomentar las nacientes pasiones si se presenta bajo un aspecto que no sea de preocupada ternura.”

(Lalanne, Stanislas: discurso premios, 1855.)

5-4. El colegio, una familia.

“El colegio, dice el P. de Lagarde, es una familia; los alumnos son los hijos de esta familia; el director es el padre en ella, y comparte este honor y esta carga con sus colaboradores... Si rompéis este vínculo; si el colegio deja de ser la extensión de la familia doméstica, forzosamente tiene alguna semejanza con un cuartel o con una cárcel, y, desgraciadamente, así es como lo llaman a veces: desde ese momento se seguirá que los alumnos serán encuadrados y numerados, distribuidos en secciones y formados por instructores; pero no habrá ya familia ni espíritu de familia; no habrá ya discípulos propiamente dichos, sino amaestrados en el sentido menos noble de la palabra.”

(Simler: Vida del P. de Lagarde, 1887.)

5-5. "Tened en vosotros las mismas disposiciones de ánimo que tiene María."

"Cuando en lo sucesivo estudiéis vuestros deberes para con los niños; cuando examinéis vuestra conciencia sobre este punto, no dejéis de preguntaros qué haría una madre, qué haría María, la más tierna, la más abnegada, la más generosa de las madres si estuviera en vuestro lugar. ¿No estaré yo autorizado, no estaré incluso en la obligación de deciros: Tened en vosotros las mismas disposiciones de ánimo que tiene María?"

Tened, pues, el mismo celo por la salvación de las almas que hay en María; tened el celo de una madre, un celo verdaderamente maternal.

Sed padres, se dice a menudo a los maestros, que tienen el honor de trabajar en la educación de la juventud; sed madres, decimos nosotros a los obreros evangélicos de la Compañía de Mana. Para vosotros debe ser éste uno de los caracteres distintivos, consecuencia de vuestra insigne piedad filial (hacia María)."

(Simler: Instrucción sobre los rasgos característicos de la Compañía de Mana, 1894.)

5-6. ¿Industriales de la enseñanza?

"A vosotros toca hacer sentir, a aquellos y aquellas que están directamente dedicados a la enseñanza, cuán equivocados estarían si limitasen su esfuerzo a instruir en las disciplinas humanas, si todos sus cuidados y toda su gloria estuviesen puestos en hacer sabios y no cristianos, o en ganarse una reputación mundana. Al olvidar de este modo que son misioneros de María y rebajarse al rango envilecido de los industriales de la enseñanza en nuestro siglo, se despeñan desde la altura de su sublime apostolado."

(P. Chaminade: Carta a los predicadores de retiros, 1839.)

5-7. Ministros y cooperadores de Jesucristo.

“Ciertamente, estamos en la obligación de emplear, lo mejor que podamos, todos los recursos humanos que la ciencia y la experiencia pongan a nuestro alcance. Pero jamás perdamos de vista el principio fundamental del apostolado cristiano, de que todo bien serio y durable es obra de Dios, y que nosotros no somos sino sus ministros y agentes subalternos; que sin El nada podemos en el orden sobrenatural, y que toda la eficacia de nuestra acción proviene de El. De donde se sigue, para nosotros, la necesidad de una íntima unión con El; de la vida de oración y del espíritu interior; en una palabra, la necesidad de la oración en toda la amplitud del concepto, ya que, como dice San Bernardo, la oración está por encima de la palabra y del ejemplo, y es el mayor medio de apostolado.”

(Sorret: Sexto Superior General. Circular número 22, 1931.)

5-8. El medio más poderoso para mover los corazones.

“Cuando hayáis hecho cuanto de vosotros dependa para mover los corazones de vuestros alumnos, os queda todavía un medio más poderoso que todos los demás: el medio de la oración.

Convencidos por la fe de que el corazón del hombre está en las manos de Dios, quien puede ablandar las almas más duras, persuadir a las más indóciles, doblegar a las más rebeldes y convertir a las más obstinadas en el mal, recurriréis a menudo a El por medio de oraciones fervorosas, conjurándole a que El mismo se atraiga los corazones de quienes han sido puestos bajo vuestra custodia, pero sobre quienes apenas tenéis acción, porque esa acción será impotente mientras no sea fecundada por la suya.”

(Simler: Circular núm. 9, 1878.)

5-9. El espíritu de sacrificio en la educación.

“Todos los hombres apostólicos han estado convencidos de que para multiplicar los hijos de Dios es preciso unir al apostolado de la enseñanza el espíritu de reparación y la práctica de la penitencia.

El sacrificio de sí mismo en el sufrimiento es un apostolado invisible, que da al apostolado visible su verdadera fecundidad.

Todos los Apóstoles, como su Maestro, sufrieron martirio. ¿Os habéis parado a pensar alguna vez en si la causa ordinaria y principal de vuestro poco éxito en el apostolado de la educación sería la ausencia en vosotros del espíritu de sacrificio?"

(Simler: Circular núm. 62, 1894.)

5-10. La paciencia en la educación.

"Lo primero que Dios pide al corazón apostólico es la caridad que se sacrifica, y cuyo primer carácter es la paciencia. Dios es paciente; llama muchas veces y no se desalienta por las negativas; espera la hora de la gracia; distribuye sus dones sobre los que le ofenden y los que le aman. Lo mismo hace el religioso educador: sabe que no todos reciben la misma medida de gracias, y que le basta a cada uno ser como Dios lo quiere; evita, pues, rechazar como malo lo que no es absolutamente bueno, y no pierde de vista que para él de lo que se trata es de sembrar y no de recoger."

(Constituciones, arto 267, 1922.)

5-11. Convicción y firmeza.

"Son condenables las claudicaciones (en lo prescrito), sea por efecto de un golpe de mal humor, sea para evitar una escena de llanto. Porque en el niño el estar convencido de que nada nos hará transigir tiene una eficacia calmante mucho mayor que la idea que pudiera forjarse de que a fuerza de irritación lograría vencer nuestra rigidez."

"Son también condenables las concesiones que denoten en quien manda falta de convicciones, falta de principios fijos o falta de continuidad en la exigencia. El oportunismo en educación, como el escepticismo en filosofía, es desastroso. Porque en el oportunista todo quedará a merced de las circunstancias y de las impresiones, y en este terreno movedizo unas órdenes atropellarán a otras órdenes con tal

incoherencia, que sólo producen en el niño o la indiferencia hacia todo, o la falta de respeto total, o la inclinación a la anarquía.”

(Kieffer: Séptimo General de la S. M. .La autoridad en la familia y en la escuela.” Beauchesne, 1916.)

5-12. ... Sin caer en el autoritarismo.

“El autoritarismo inhibe la espontaneidad del niño y acaba por asfixiarla. Así como hay padres y educadores que no tienen autoridad sobre los niños, también hay quien la tiene en exceso. El temor paraliza el impulso del niño: éste sabe de antemano que todo cuanto provenga de él será desaprobado; cada vez se afianzará más en él la convicción de que no sabe nada, de que nada puede por si mismo; por consiguiente, cada vez esperará con mayor apatía a que todo le sea indicado o mandado por alguien desde fuera

Se le tendrá por dócil, pero en realidad es un alma fajada y que a fuerza de vivir con vendas terminará completamente anquilosada, o bien toda esa iniciativa reprimida se tuerce hacia el mal, y así la perversión puede ser el efecto de una educación mal entendida.

En efecto, al no poder el niño dar nunca libre curso a su espontaneidad en el sentido del bien, con la aprobación de quienes le dirigen, acabará por creer que la espontaneidad sólo puede ejercerse en el sentido del mal y en contra de quienes le dirigen; y como la espontaneidad es algo con natural y que está muy en el fondo del ser, tenderá a manifestarse, al principio, al lado de la regla y de la autoridad -manifestación en travesuras y trampas-, más tarde de frente a la regla y a la autoridad, manifestación de rebeldía y anarquismo.”

(Kieffer: "La autoridad en la familia y en la escuela", 1916)

5-13. Creer en los recursos del niño.

“Debemos ser razonablemente optimistas, pero decididamente optimistas; creamos en la vida del niño, como el cultivador cree en la vida del germen; creamos en los recursos vitales del niño, en una armonía preestablecida por Dios, entre los resortes vitales, las

aspiraciones y las aptitudes del niño con las funciones variadas que más tarde deberá cumplir en el orden físico, en el orden intelectual y en el orden moral.

Guiemos, corrijamos, apoyemos el impulso interior; pero no lo sofoquemos. En una palabra, pongámonos del lado bueno de La Fontaine contra el 'estoico necio'."

(Kieffer: "La autoridad en la familia y en la escuela")

5-14. Iniciarlos en la doctrina social de la Iglesia.

"Nuestros alumnos mayores no deben abandonar nuestros colegios, sin haber conocido los principios sociales del catolicismo, siendo así que muchos de ellos se van a encontrar, casi inmediatamente, frente a doctrinas adversas, enseñadas en ambientes neutros u hostiles, presentadas con el prestigio de una ciencia positiva; pero, con demasiada frecuencia, presentando los hechos reales a la luz de una ideología completamente materialista o agnóstica.

¿Cómo podrán esas jóvenes inteligencias defenderse contra el error si no se tuvo cuidado de inmunizarlos previamente, no sólo por una crítica razonable de los sistemas en vigor, sino también y, sobre todo, por el esplendor de la verdad que irradia de los documentos pontificios, en los que sobre la base de la justicia y de la caridad evangélicas, se levanta el edificio armónico de una sociedad renovada en Cristo?"

(Kieffer: Circular núm. 3, 1934.)

5-15. El prestigio del valor moral.

"En nuestros días, mucho más que antes, y cualquiera que sea el medio ambiente, ya no subyugan tanto la función o el hábito cuanto el prestigio de la persona misma.

¿Quién no ha observado que las almas se muestran cada vez más altivas, que tienen muy vivo el sentimiento de su libertad y que, por instinto, se resisten a toda sumisión, a cualquier dependencia? Para que acepten de buen grado la influencia que pretendéis ejercer sobre ellas es preciso que vean en vosotros una superior valía a la cual

juzguen conveniente y razonable someterse. Y es precisamente vuestra superioridad moral la que les merecerá esa estima, sobre todo si se les manifiesta como sobrehumana, como fruto de una virtud sobrenatural auténtica y sólida. Por el contrario, la sola apariencia de una pasión humana, egoísta y mezquina, en el que manda, aun cuando vaya acompañada de una clara superioridad de inteligencia o de energía de voluntad, irrita y subleva a los inferiores.

Si se ven forzados a obedecer lo harán por miedo y sólo exteriormente, pero será por puro automatismo de su parte. No podéis confundir esta disciplina exterior, administrativa, con la obediencia cristiana, que obra por conciencia y de buen grado. Y las almas, sobre todo las más nobles y mejor capacitadas para una elevación moral, admiten de buen grado la influencia y la dirección, solamente de aquellos en quienes comprueban que la parte superior de la naturaleza impera sobre los instintos inferiores.”

(P. Hiss: Quinto Superior General. Circular número 35, 1917.)

5-16. Confiar en el niño.

“De modo habitual hay que creer en la rectitud de intención y en las buenas disposiciones de los niños. El bien se supone, el mal hay que probarlo. Si esas buenas disposiciones existen, se verán reforzadas por la confianza que en ellas se muestra, y el niño se sentirá como obligado a corresponder dignamente a esa confianza.

La confianza obra a manera de sugestión; sólo que en vez de actuar con el determinismo fatal de la sugestión hipnótica, se da la aceptación consciente y voluntaria de la sugestión; se me cree bueno, luego algo bueno debe haber en mí, luego yo puedo ser totalmente bueno...

Por el contrario, presuponer el mal es provocar al niño a obrar mal: 'Me sentía dispuesto -diche Chateaubriand a hacer todo el mal que de mí parecían esperar'. (“Memorias de ultratumba”).)

Cuando las buenas disposiciones son débiles, o cuando faltan realmente esa confianza otorgada y no merecida, inquieta al niño, y el temor a producir una decepción le hace esforzarse por comportarse dignamente.

Añadamos que es necesario creer con sinceridad en esas disposiciones y buenas intenciones. Hay que desconfiar de esa especie de doblez, erigida, a veces, en principio de pedagogía, que consiste en aparentar una confianza plena y, sin embargo, vigilar al niño como si no nos mereciera confianza alguna. La mejor manera de tener éxito es tener crédito. Es muy peligroso eso de jugar al personaje doble: lo primero, porque se corre el riesgo de aficionarse al juego sucio, y, poco a poco, puede uno encontrarse con cierta habilidad, pero con muy poca dignidad; lo segundo, porque los niños, y más aún los jóvenes, son muy perspicaces, y no tardarán mucho en descubrir el doble juego a que se les quiere someter.

Que nadie se engañe acerca del alcance verdadero de estas reflexiones sobre la desconfianza en el desconfiar; el reglamento de todas las casas prevé una vigilancia normal, que los maestros deben ejercer concienzudamente y que a los alumnos no les extraña en lo más mínimo el que la ejerzan.

Pero hay que distinguir, muy claramente, entre una vigilancia normal y una actitud suspicaz, que inspiraría toda clase de tretas inconfesables, propias de los procedimientos policíacos, para coger a los alumnos por sorpresa. Lo que en un comisario de policía se tendría por habilidad consumada, constituiría en un educador el 'non plus ultra' de la zafiedad, porque para realizar la obra educativa lo que se necesita es provocar la confianza inspirando confianza."

(Kieffer: "La autoridad en la familia y en la escuela".)

5-17. Darse, sin cálculos y sin reservas.

"Entre las familias y el centro de educación existe un cuasi contrato que obliga en justicia, y todos los maestros, en aquello que a cada uno concierne, deben actuar de tal modo que esta justicia no quede lesionada.

Ahora bien, ¿qué debo yo a mis alumnos en estricta justicia? ¿Es sólo mi presencia? Desde luego que no, porque soy maestro.

¿Es sólo una enseñanza fastidiosa y monótona? Tampoco, porque soy espolador de almas.

¿Es sólo la instrucción y la preparación para obtener un diploma?
No es sólo eso, porque soy educador.

¿Es sólo una educación impuesta desde fuera, a modo de envoltura o chapeado? No, porque soy apóstol; por todo esto les debo amor, un amor que supone entrega total, y que anhela prepararlos para su porvenir temporal y espiritual...

Ni debemos atenemos a la estricta justicia. La caridad, el amor, va mucho más allá de los límites de la justicia, y nuestros alumnos, así como sus padres, en razón del alto aprecio en que tienen, o debieran tener, el apostolado de la educación, adquieren .cierto derecho a que nos demos a ellos sin cálculos y sin reservas."

(Kieffer: Séptimo Superior General. Circular número 12, 1937.)

6. PASTORAL DE ADULTOS.

(Extracto del Capítulo general de 1971, Doc. 7)

6-1. La escuela, comunidad educativa.

"La finalidad escolar de una escuela marianista es mucho más amplia que la simple realización de un programa académico. La juventud de hoy día exige, con tanta insistencia como razón, relaciones más personales con todos sus educadores, y a la vez, una participación activa, junto a los padres y a los profesores, en la marcha del centro y en la adaptación de sus métodos; con ello seguirán de cerca los resultados de las decisiones en las que han participado.

Es importante, pues, que nuestras escuelas se transformen en auténticas comunidades. Educadores, padres y alumnos deben trabajar juntos, enriquecerse mutuamente mediante confiadas tomas de contacto, ayudarse unos a otros en su crecimiento humano y cristiano. Esta colaboración no viene impuesta por el oportunismo, sino inspirada por un verdadero deseo de crear un ambiente educativo, tan próximo a la vida real como sea posible. Ni debe interrumpirse al salir de la escuela, sino continuarse a lo largo de toda la vida y extender su acción sobre todo el medio en que la escuela está enclavada.

6-2. La escuela, obra eclesial.

La Iglesia sigue viendo en la escuela cristiana un medio eficacísimo para la educación de la fe en los jóvenes. Por su parte, los responsables de la escuela deben interrogarse con regularidad si la institución escolar cumple su función específica en la Iglesia local, y si, por su validez cristiana, ocupa, bien ocupado, el sitio que le corresponde en la pastoral de conjunto.

La escuela, por sus instalaciones, por su dinamismo y por su apertura a las inquietudes de la educación, puede constituir un medio privilegiado de colaboración variada, al servicio de un pueblo, y así puede dar concretamente el testimonio de que la Iglesia está al servicio de este mundo.

La escuela trabaja además en la formación de grupos selectos entre las gentes con quienes está relacionada: apóstoles laicos, personas preparadas para la acción social o política, sacerdotes y religiosos.

La escuela, como obra de Iglesia, pone especial cuidado en la pastoral juvenil: será su instrumento excepcional, si acierta a abrir a los jóvenes hacia una auténtica libertad, al sentido de la responsabilidad, a una fe personal vivida a su nivel. Todo esto exige una constante adaptación de los métodos de catequesis, y sobre todo la preparación de catequistas especializados.

6-3. Pastoral de adultos.

Las circunstancias han conducido a la Compañía de María a dedicarse, cada vez más, a diversos sectores de la pastoral de adultos: asociaciones marianistas, parroquias, retiros, apostolado universitario y profesional. Estas actividades son plenamente conformes con nuestros principios de acción apostólica y con el modo de pensar de nuestro Fundador. Y en la medida de las necesidades de cada país y de nuestras disponibilidades de personal, debemos destinar algunos religiosos bien preparados a estas obras apostólicas con plena dedicación.

6-4. La familia marianista.

La Compañía de María desea contribuir al desarrollo del apostolado de los laicos en el sentido de la misión de la Iglesia, prestando su colaboración a cualquier obra que se proponga la constitución del Reino de Dios en este mundo. Para ello, la Compañía está especialmente interesada en la buena marcha de los grupos que forman la familia marianista.

Entre estas comunidades que siguen la inspiración común del espíritu marianista mencionaremos: la Compañía de María, el Instituto de las Hijas de María, los Institutos seculares marianistas, el "Estado", las congregaciones de adultos, los varios grupos de afiliados y de fraternidades marianistas. A todos estos grupos, tan variados en sus formas y en su espíritu, damos el nombre genérico de familia marianista.

Para que los grupos así integrados en esta denominación cumplan una misión común, deben apretar más los lazos que los unen entre sí, esforzarse todos en tomar mayor conciencia de la misión particular de cada grupo, colaborar entre sí y con los movimientos de Iglesia y extender a otros el conocimiento del espíritu apostólico del P. Chaminade.

6-5. Las parroquias.

En varias Provincias llevan los Marianistas la responsabilidad de parroquias. Este género de apostolado es eminentemente eficaz para ayudar al Pueblo de Dios, y sólo exige un número reducido de religiosos. En este sector del apostolado parroquial encuentra excelente campo de aplicación la composición mixta de la Compañía de María.

El equipo parroquial marianista, ayudado por los otros miembros de la Familia marianista, se esmerará en animar todos los sectores de la actividad parroquial: liturgia, acción social, educación, movimiento de Acción Católica, catequesis, etc.

6-6. Pastoral universitaria.

El Capítulo general reconoce la creciente importancia de la Universidad: el número de estudiantes crece sin cesar, y cada vez se diversifican más los medios sociales de donde proceden. Por tanto, es normal que, como consecuencia de la evolución del mundo y de nuestras obras, nos veamos cada vez más comprometidos en este sector. Durante muchos años, algunas Provincias han dedicado parte importante de su personal y de sus recursos a las Universidades dirigidas por la Compañía de María. Estas Universidades nos han ofrecido posibilidades extraordinarias de responder a las necesidades locales. Sin dejar de reconocer este meritorio esfuerzo de algunas Provincias, el Capítulo general subraya la importancia que para todas reviste la animación espiritual del mundo universitario: por medio de agrupaciones universitarias, de residencias, de colegios mayores; por la regencia de parroquias y de capellanías universitarias, y por la incorporación de algunos religiosos a las cátedras de Universidad.

6-7. Presencia apostólica en otros sectores.

Sensible a las necesidades y aspiraciones de los hombres, la Compañía de María se esfuerza en hacer más actuante su presencia en aquellos sectores en que están en juego los valores y el porvenir del hombre: organismos de promoción cultural y social, medios de comunicación, educación de las masas obreras, investigación científica, programas de educación continua.

Al investigar sobre sus posibles actividades apostólicas, las Administraciones Provinciales considerarán con simpatía la idea de dar a algunos de sus religiosos una formación especial para trabajar en esos sectores, de acuerdo con las facultades de los mismos. Los que sean destinados a esos sectores tomen conciencia del valor cristiano que pueden aportar a una institución en que trabajarán como fermento en una masa. Al propio tiempo colaboren en el logro de los objetivos peculiares a la institución en que actúan. Donde quiera que el marianista trabaje debe tener siempre conciencia de sus responsabilidades y de sus compromisos como religioso, como ciudadano y como hombre; obra con sumisión a las exigencias cívicas

y profesionales, pero sin comprometer a la comunidad religiosa de la que es miembro.

6-8. Apostolado misionero y ayuda al desarrollo.

Desde los orígenes entreveía el P. Chaminade una acción extendida a todo el mundo, y la Compañía de María ha realizado ampliamente esa misión a medida que las condiciones de tiempos, lugares y personas se lo han permitido.

El Capítulo general expresa su estima y su gratitud a los numerosos marianistas que a lo largo del tiempo abandonaron voluntariamente su cultura propia y todas sus comodidades personales para ir a llevar la fe al mundo no cristiano. Para hacer, hoy en día, una seria planificación misionera hay que tener presente las tendencias siguientes,

- El deseo de respetar las culturas indígenas.
- La búsqueda ecuménica de todos los valores dondequiera que se encuentren.
- La ambigüedad de ciertas teologías del esfuerzo misionero.
- La disminución de vocaciones misioneras; la creciente atención hacia aspectos de la vida personal que pueden disuadir a los jóvenes del ideal misionero.
- La cada vez más exigente necesidad de una preparación cultural y profesional para promover el cambio de culturas.
- Las dificultades que ciertas naciones ponen a la entrada de misioneros.

Por todo esto debemos repensar nuestros objetivos y nuestros métodos misioneros para ponemos en condiciones de aprovechar las posibilidades que en este terreno se ofrecen.

He aquí algunas orientaciones concretas:

- Hemos de prestar atención a las grandes diferencias que se dan en los continentes en los que trabajamos:

América Latina, Africa, el Oriente, las Islas. Incluso entre los distintos países de un mismo continente se dan notables diferencias, que requieren tácticas misioneras diferentes.

- Las circunstancias pueden exigimos, por ejemplo, el ir cambiando gradualmente el concepto de instalación fija de una obra misionera, por el concepto de equipos de vanguardia, que establezcan instituciones más someras al frente de las cuales queden, lo antes posible, indígenas (convenientemente preparados), mientras los misioneros reemprenden en otro sitio ese mismo trabajo de creación (y cuidan de la instrucción y formación continua de los indígenas responsables que van dejando encargados).

- Si lo deseable parece ser el establecer bases permanentes de acción, será ventajoso instalarlas en sectores que exijan continuidad en el nivel cultural o religioso, como profesorado, capellanes...

- La propiedad de nuestras misiones debería ser transferida a grupos católicos indígenas, de preferencia diocesanos. Debemos solicitar, con decisión, fondos de los organismos públicos y de los internacionales.

Es preciso no descuidar ningún esfuerzo para suscitar y formar vocaciones indígenas, a pesar de las grandes dificultades y de las decepciones que en este trabajo se presentan. A medida que los religiosos indígenas sean formados y entren en acción, se podrán crear bases permanentes misioneras y confiarles su animación. Así se logrará la presencia definitiva (de la cultura cristiana en esas culturas autóctonas).

6-9. El Tercer Mundo.

El desarrollo del Tercer Mundo será, por los años venideros, uno de los mayores problemas de nuestra civilización y una grave preocupación para la Iglesia. Como la Compañía de María pretende trabajar "con los medios adecuados a las necesidades y al espíritu de los tiempos", debe también hacer de esto su preocupación.

Al realizar esta obra, la Compañía de María puede sacar todo el provecho de su composición mixta y de su capacidad de constituir

equipos de muy diversas aptitudes, propios para hacer frente a los problemas con más amplitud.

No olvide, para ello, -su método de siempre: multiplicar, para formar líderes indígenas, sobre todo en los medios más necesitados. Los religiosos deben ser sensibles y estar abiertos a las necesidades del pueblo mismo y preocuparse más por ganar su confianza que por resolver problemas institucionales.

La participación en programas gubernamentales, intergubernamentales e internacionales, de desarrollo, bien fundados sobre bases realmente competentes, es el único camino eficaz de adaptar nuestros recursos a las necesidades del desarrollo. En esta participación es de desear cualquier colaboración con las obras misionales.

6-10. Los pobres.

La ayuda al desarrollo debe extenderse a los barrios pobres de nuestras ciudades y a nuestras zonas rurales, en los cuales la pobreza es endémica. Nuestras escuelas, por ejemplo, deben preocuparse sistemáticamente de multiplicar las becas para niños pobres de la vecindad.

En los países en que los gobiernos tienen programas contra la pobreza y solicitan la colaboración de agrupaciones, sin fines de lucro, para ejecutarlos, nuestras Provincias deberían considerar esa colaboración como un deber y preparar algunos religiosos para que se dediquen a ella con la debida competencia. Si son las diócesis las que asumen esos programas, podríamos ofrecerles nuestra colaboración. Habría ventajas en que aceptásemos parroquias pobres, en las que el clero diocesano encontraría demasiado penoso su trabajo. En torno a estas parroquias podrían formarse equipos de desarrollo, con los cuales trataríamos de hacer frente a los problemas que encuentran los verdaderos pobres.”

7. FIDELIDAD DE LOS MARIANISTAS A SU VOCACIÓN PROPIA EN LA IGLESIA.

7-1. "Desde el origen, nuestras obras han sido, sobre todo, escolares. Dentro de esta línea, han ido evolucionando a lo largo de los años, para adaptarse a las necesidades más perentorias en cada época y en cada lugar. Así, aun cuando en los comienzos nos dedicamos principalmente a las escuelas primarias, la fuerza de los acontecimientos y las exigencias del apostolado nos indujeron a consagrarnos a la enseñanza secundaria e incluso a la universitaria.

¿Cuál será el sentido de nuestra evolución en los próximos cincuenta años? Es esto tanto más difícil de prever con precisión cuanto más acelerada es la evolución, casi diríamos la mutación, de la época que estamos viviendo, y que puede obligarnos a emprender otras formas de apostolado al lado de las obras tradicionales, que, por lo demás, siguen siendo tan válidas como hasta ahora, a pesar de que, a veces, su eficacia sea puesta en tela de juicio. Sin embargo, bien podríamos vernos en esa necesidad de cambio, sea por imposiciones de las legislaciones nacionales, sea por la instauración de nuevas formas más eficaces en el apostolado de los jóvenes.

De todos modos, el porvenir no nos asusta. El dinamismo característico de nuestra fundación nos impedirá quedarnos atascados en lo blando o anquilosados en lo ineficaz.

Para ello lo más importante de todo es que permanezcamos decididos a ser en las manos de la Santísima Virgen, instrumentos competentes y dóciles para su obra de multiplicar los cristianos. Sin esta disposición fundamental las iniciativas y los reglamentos del propio Capítulo general no servirían de nada, por muy perfectos que objetivamente puedan ser."

(Boffer, Noveno Superior General. Circular, 8 diciembre 1966.)

7-2. "En un mundo que está viviendo en profundidad la experiencia de su falta de raigambre y de orientación fija, la experiencia del pluralismo en la vida, tenemos que desarrollar nosotros, hoy, los medios de mantener y de reforzar el sentido de la vocación de cada uno de nosotros, así como nuestra fidelidad en el camino que hemos aceptado seguir en la Iglesia y en la Compañía de María.

Para caminar en el sentido de esta fidelidad deben los religiosos:

- Hallar su fuente de -inspiración, su modelo y su guía en María, tal y como nos la presentan la Sagrada Escritura y la Iglesia.

- Tener conciencia práctica de que la humanidad es la fraternidad de los hombres y captar la dimensión de comunidad mundial en la Compañía de María.

- Estar sensibilizados y abiertos al problema de desarrollo, especialmente en su dimensión misionera.

Uno de los medios más eficaces de asegurar estos valores es la experiencia personal que se adquiere viviendo un género de vida distinto del suyo propio. Nuestros religiosos jóvenes pueden vivir y enriquecerse con estos valores, trabajando un año en una comunidad marianista establecida en un país de cultura netamente distinta de la suya, especialmente en un país del Tercer Mundo; estos religiosos deberán recibir previamente una adecuada preparación y ser debidamente atendidos mientras dure la experiencia...

De este modo el apostolado marianista, abierto a las inspiraciones del Espíritu Santo, trata de responder a las necesidades más palmarias y urgentes del Pueblo de Dios en cada momento de la historia."

(Capítulo general de 1971: Documento núm. 1: objetivos marianistas.)

CARTA DEL PAPA JUAN XXIII

A nuestro querido hijo Pablo José HOFFER. Superior General de la Compañía de María, Salud y Bendición Apostólica:

Hemos sabido que la Congregación religiosa de la que eres Superior iba a celebrar próximamente su Capítulo general, y es para Nos un placer aprovechar esta ocasión para dar público testimonio de Nuestra benevolencia y de Nuestra alta estima hacia la Compañía de María, y para desear a la santa asamblea que se prepara un éxito esplendoroso y frutos fecundos, ya que Nos esperamos cosas grandes de este Instituto religioso fundado por Guillermo-José Chaminade.

En el curso de Nuestra carrera de representante de la Santa Sede, Nos hemos tenido ocasión, varias veces, de encontrarnos con

vuestros religiosos, e incluso de compartir su vida. De este modo, Nos hemos podido observar su celo por la fe, su profunda piedad, así como su competencia en las obras de su apostolado; y Nos hemos sentido llenos de tierno afecto hacia ellos. Esta dilección, profundamente grabada en Nuestra alma, Nos dicta las exhortaciones y Nos inspira los votos que tenemos el gusto de poderte expresar en las presentes letras. Al día siguiente de la Revolución que señaló el fin del siglo XVIII, cuando la religión se encontraba en Francia en estado deplorable, vuestro Padre y legislador, «cual incienso sobre brasa viva» (Eclesiást. 50, 9) se prodigó sin medida, con otras personas de gran mérito, para poner remedio a tantos males.

Dotado de una inteligencia que intuía el porvenir, supo, a la vez, adaptarse a las circunstancias del momento y prever, con ojo seguro, las del futuro, guardando siempre esa prudencia que es garantía de fuerza y de duración. Supo introducir, en el dominio social y en el escolar, felices innovaciones, que contribuyeron no poco, particularmente en el Mediodía de Francia, a reavivar la práctica del catolicismo y a hacer reverdecer la esperanza en las almas, que tras las tempestades y huracanes se sentían sumidas en la desesperación.

Con toda justicia se le considera como un pionero y un precursor. En efecto, comprobada la falta de sacerdotes en su región, supo comprender la considerable ayuda que al apostolado jerárquico aportaría el concurso de los laicos de cualquier edad y condición, agrupados en diversas asociaciones.

Los resultados, tan abundantes y tan notables, producidos por la forma de piedad que inspiró a los suyos por su ejemplo, y que les inculcó con sus enseñanzas; los frutos que esa piedad ha dado ya en provecho y honor de la Iglesia, prueban lo adecuadamente que respondía a las necesidades y a las aspiraciones de nuestra época.

Ponía como fundamento y esencia de la vía que lleva a la santidad el cumplir, con fidelidad y celo, la voluntad de Dios manifestada por su Providencia, ya sea por medio de los signos, ya sea por medio de los acontecimientos.

Y todo ello debía realizarse bajo la capitanía de la Virgen María, Madre de Dios, la guía más segura y el auxilio más eficaz para llegar a Cristo su Hijo y para vivir en El y con El. Y ciertamente que esta

confianza en la muy venerada y gloriosa Virgen no puede decepcionar: porque es prenda segura de victoria la que aplastó, y sigue siempre aplastando la cabeza de la serpiente enemiga.

¡Que estos principios que puso en la base de vuestra contemplación de las cosas divinas y de todos vuestros esfuerzos en la adquisición de las virtudes iluminen todas vuestras empresas y dirijan cada una de vuestras acciones!

¡Que vuestro más insigne título de gloria sea el privilegio de ser llamados siervos de Cristo e Hijos de María; de entrar, María Duce, en el campo del apostolado para dedicar vuestras luces y gastar vuestras fuerzas en la restauración de todas las cosas de este mundo en Cristo!

Si el camino de la virtud es muy escarpado, también os hace alcanzar cimas resplandecientes de luz y os enriquece en méritos. El constante incremento de vuestro Instituto religioso demuestra hasta la evidencia que este árbol lozana en el jardín de la Iglesia, que Dios lo bendice abundantemente con su savia vivificante y fértil en virtudes. En las dos Américas, en el Japón, y todavía más especialmente en Africa, rivalizáis en esfuerzos metódicos para servir la causa del Evangelio de Cristo por medio de las escuelas por vosotros fundadas. Nos formulamos votos por su progreso todavía más rápido, y por sus todavía más abundantes frutos. En Nuestras oraciones imploramos el auxilio del cielo, para la feliz realización de estos deseos que en Nuestro corazón paternal acabamos de formar. Nos concedemos a ti, querido hijo, y al ya muy próximo Capítulo general, Nuestra Bendición Apostólica, prenda de las luces del Espíritu Santo.

Y muy complacidos, Nos hacemos extensiva esta Bendición a todos vuestros religiosos, a las Hijas de María Inmaculada, a vuestros Afiliados, a los alumnos de vuestras escuelas y a sus padres, a todos, en fin, cuantos cooperan en vuestros trabajos y contribuyen a su éxito.

Dado en San Pedro de Roma a 25 de febrero de 1961, año tercero de Nuestro Pontificado.

(Firma autógrafa.)

JUAN XXIII

PAPA

APÉNDICE

DECRETO PONTIFICIO SOBRE LA HEROICIDAD DE LAS VIRTUDES DEL P. GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE

La presencia de María en la vida del Fundador

La maternidad de la Bienaventurada Virgen en la economía de la gracia “perdura sin cesar, desde el momento que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación”. Por su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la Patria feliz.” (Const. Lumen Gentium, núm. 62.)

Esta consoladora doctrina que a través de los siglos ha expuesto sin vacilar la Iglesia, y el Concilio Vaticano II declaró abiertamente, tuvo entre otros en el SIERVO DE DIOS GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE, Fundador de la Compañía de María y del Instituto de Hijas de María Inmaculada, UN APÓSTOL INSIGNE, que, esclarecido con eximias virtudes, emprendió obras excelentes por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Sus primeros años. La vocación sacerdotal

Nace en la ciudad de Perigueux, en Francia, el día 8 de abril de 1761, de padres muy cristianos. Al último de sus trece hijos le imponen el nombre de GUILLERMO y al recibir la confirmación añade el de José por su devoción al Esposo de la Santísima Virgen.

Iniciados los estudios clásicos, comenzó a sentir los primeros gérmenes de una vocación al sacerdocio, de manera que a los catorce años se consagró a Dios por los votos privados de Religión e ingresó en la Congregación de San Carlos, dedicándose durante unos quince años, y en su seno, a las obras de caridad.

Fidelidad a la Iglesia, persecución y destierro

En el año 1785 es ordenado sacerdote en Burdeos. Desempeña los cargos de maestro y luego Administrador en el Seminario Menor de Mussidan (Diócesis de Perigueux). Poco después surge en Francia la grave perturbación de la Revolución Francesa.

Rehusó valientemente adherirse a la Constitución civil del Clero, impuesta por el gobierno revolucionario, refutándola y repartiendo folletos contra la misma. Así hasta 1795, se vio envuelto en persecuciones y riesgos, con peligro frecuente de su propia vida.

Después de una breve pausa de respiro, se levantó una nueva persecución, que le obligó a salir de su Patria, yendo a Zaragoza (España). Allí alentó a sacerdotes, desterrados como él, les ayudó con su auxilio material y sus consejos, siendo confortado, como él mismo narra, junto al altar de la Virgen del Pilar, con una fuerte experiencia divina.

Misionero apostólico

Vuelto a su patria en 1800 y nombrado Misionero Apostólico, administró la diócesis de Bazas como Vicario General durante dos años.

Entre tanto prestó ayuda a la sierva de Dios María Teresa de Lamourous para la fundación de las Hermanas de la Misericordia y para preparar sus estatutos.

La Congregación mariana

Prosigue su labor apostólica con espíritu emprendedor y organiza una Congregación mariana, que la concibe como "UNA MILICIA SANTA", que avanza en nombre de María para combatir las potencias infernales. Todo bajo la guía y protección de la Bienaventurada Virgen Inmaculado, a quien le fue dado el aplastar la cabeza de la Serpiente.

Precursor de los Institutos seculares

En el seno de esta Congregación estimuló mucho y sobre todo lanzó a los laicos a una participación activa en las obras de apostolado con la perspectiva abierta de unirse a Dios con votos privados.

Con razón se le considera como precursor de los actuales Institutos seculares, tan florecientes hoy en la Iglesia.

Las Hijas de María Inmaculada y la Compañía de María

Además de la Congregación mariana ya citada, funda en 1815 un Instituto para mujeres, LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA, y, ayudado por los miembros más comprometidos de la Congregación, organizó en 1817 una verdadera Familia Religiosa, compuesta por laicos y sacerdotes, la COMPAÑÍA DE MARÍA.

Le dio a este Instituto las Constituciones, adaptadas a su trabajo apostólico, y que fueron aprobadas más tarde por la Santa Sede.

“Todos sois misioneros. Cumplid vuestra misión”

De esta manera, este ESFORZADO ATLETA DE CRISTO, apoyado en el auxilio de la Virgen Inmaculada, supo agrupar a hombres de muy diversas profesiones y aunar sus esfuerzos para edificar la Iglesia y restaurar la sociedad civil.

Con energía y entusiasmo los comprometió principalmente en la enseñanza y formación religiosa de la juventud, en el servicio a los pobres, cuidado de los débiles y enfermos, defensa y atención al obrero cristiano y publicación y propaganda de los buenos libros.

Realmente dedicó su larga vida, sin descanso, a estas obras. Sin ahorrar trabajo fue buscando el modo de reparar los graves males causados a la fe cristiana. Hasta donde llegaban sus fuerzas intentaba atraer al camino de la salvación a las mentes ofuscadas por el error, ofreciéndoles los principios de una doctrina cierta. Su ilusión fue una Iglesia de Cristo, que, como signo de salvación, brillase cada día con luz más viva.

Hombre de fe intrépida y celo por la gloria de Dios

Este hombre de Dios, recorriendo con paso firme el camino de la perfección, adornó su alma con brillantes virtudes que todos han admirado.

SU FE INTREPIDA, sobre todo en los momentos de mayor persecución religiosa en Francia, cuando mayores eran las penalidades y tristezas del destierro. Supo siempre guardar una inquebrantable fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

Persiguió el error. Con decidida energía y sin debilidad desarraigó los abusos.

SU CELO POR LA CAUSA DE DIOS FUE ARDIENTE. Dedicó su vida entera al servicio del prójimo, de la Iglesia, haciéndose útil a sus hermanos en las diócesis de Perigueux y Burdeos. Promovió obras apostólicas, sabiéndolas adaptar a las necesidades de su tiempo, y nunca dejó de alimentar y fomentar la doctrina sólida y la piedad sincera entre el pueblo de Dios.

Eucaristía y piedad filial a María

Su ferviente piedad, sobre todo por el culto y la devoción a la Eucaristía y su devoción filial a la Inmaculada Virgen, le destacó de un modo particular, y siempre tuvo a la Virgen como fuerte defensa para alcanzar su propia perfección, y así lo transmitió como rasgo distintivo a sus discípulos.

Los últimos años. Grandeza de alma

En los últimos años de su vida brilló, de modo particular, su fortaleza de alma, al permitir la Divina Providencia que fuese sometido a una inaudita serie de pruebas.

Cuando, debido a la edad, declinaban ya sus fuerzas, cayeron sobre él amargas situaciones, toda clase de sufrimientos en su espíritu y decepciones ocasionadas por la desconfianza y malevolencia de algunos de sus discípulos.

Cuando, abrumado por tantas pruebas, se vio prácticamente abandonado, solamente se sostuvo por su confianza inquebrantable en Dios, el testimonio de su buena conciencia, dando admirables ejemplos de paciencia, tolerancia, humildad y GRANDEZA DE ALMA.

Finalmente, el 22 de enero de 1850, a los noventa años de edad, en Burdeos, rodeado por sus discípulos, en señal de fraterno reconciliación, quebrantadas sus fuerzas, aunque no su espíritu, se durmió en el Señor.

Historia de la causa del Fundador

La fama de santidad de que gozaba el siervo de Dios en vida, no hizo sino aumentar después de su muerte, lo que permitió a la Compañía de María incoar el proceso canónico en las Curias eclesiásticas de Burdeos, en Francia, y de Vitoria, en España, en 1909. El proceso acabó en 1912. Los tribunales de París y de Malinas, a petición de la Curia de Burdeos, examinaron algunos testimonios. Cumplimentados todos los documentos en buena y debida forma, fueron enviados a Roma.

No se vio en los escritos de! Siervo de Dios nada que impidiese el proceso, y la Causa fue introducida, con la aprobación del Papa Benedicto XV, el 8 de mayo de 1919. El proceso apostólico sobre las virtudes del Siervo de Dios se tuvo en Burdeos de 1920 a 1923.

Un Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, de 22 de junio de 1926, reconoció la validez de todas las Actas del Proceso Ordinario, y el primer debate sobre la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios se celebró el 21 de julio de 1931; fue la Asamblea antepreparatoria, que se continuó con la preparatoria el 14 de mayo de 1935. El 24 de noviembre de 1936, en otra preparatoria, se decidió detener la Causa, hasta completar las Actas con el Votum Histórico-Teológico ex officio. La sesión histórica de la Sagrada Congregación cumplió ampliamente con esta condición, por medio de un estudio histórico exhaustivo, redactado ex officio y publicado en el año 1970. Se volvió a estudiar las virtudes del Siervo de Dios el 6 de febrero de 1973 en una asamblea especial. la reunión plenaria de los Cardenales se tuvo el 5 de junio, con el Cardenal Luis Traglia como ponente. El

voto fue afirmativo, por unanimidad, declarando que el Siervo de Dios practicó en grado heroico las virtudes cristianas.

Su Santidad Pablo VI, puesto al corriente de todo por el Cardenal Luis Raimondi, el 23 de agosto de 1973, ratificó el veredicto de los Cardenales y ordenó se redactase el Decreto sobre la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios.

Después de todo esto, el Sumo Pontífice convocó hoy, 18 de octubre, en el Palacio Vaticano, al Cardenal Prefecto de la Congregación, al Cardenal Luis Traglia, Ponente de la Causa, al suscrito Secretario de la Congregación, así como a los habitualmente convocados, y en presencia de todos declaró SER DE TODA EVIDENCIA QUE EL SIERVO DE DIOS GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE PRÁCTICO EN GRADO HERÓICO LAS VIRTUDES TEOLOGALES DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD PARA CON DIOS Y CON EL PRÓJIMO, ASÍ COMO LAS VIRTUDES CARDINALES DE PRUDENCIA, JUSTICIA, TEMPLANZA Y FORTALEZA.

Ordenó se publicase este Decreto y se insertase en las Actas de la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos.

Dado en Roma, el 18 de octubre de 1973.

Locus sugilli

Aloysius Cardinal Raimondi
José Casoria Arz. Tit. Farona-
van a secretis.

BIBLIOGRAFÍA

Entre las numerosas publicaciones de marianistas sobre el P. Chaminade y sus escritos, sobre la Madre Adele de Trenquelléon y sobre asuntos de espiritualidad o de pedagogía, sólo señalamos aquí los más importantes o los más recientes.

J. SIMLER, S. M.: Guillaume-Joseph Chaminade, Fondateur de la Société de Marie et de l'Institut des Filles de Marie. París, 1902. (Esta biografía sigue siendo la más completa, pese a sus deficiencias en lo concerniente a 106 últimos años del Fundador.)

V. VASEY, S. M.: Dernières années du Père Chaminade. Roma, 1969.

H. ROUSEAU, S. M.: Adèle de Trenquelléon. Beauchesne, 1921.

G. J. CHAMINADE: Petit traité de la connaissance de Marie. (Extrait du « Manuel du Serviteur de Marie », avec une sélection de quelques écrits marials du Père Chaminade. Existe en español.)

E. NEUBERT, S. M.: La doctrine mariale de M. Chaminade. (Cerf.)

P. J. HOFFER, S. M.: La vie spirituelle d'après les écrits du P. Chaminade. 1969. Existe en español.

J. B. ARMBRUSTER, S. M.: Ecrits marials (du Père Chaminade), 2 tomes. Fribourg, 1966. Existe en español.

J. B. ARMBRUSTER, S. M.: Marie dans la vie et les enseignements du Père Chaminade. Fribourg, 1969.

P. J. HOFFER, S. M.: Rôle pastoral de l'Ecole Chrétienne. (Ligel, 1967.)

A. KESSLER, S. M.: La valeur éducative et apostolique de l'enseignement. Roma, 1967.

E. NEUBERT, S. M.: Mon idéal, Jésus Fils de Marie. (Salvator, 1963.) Existe en español.

F. J. KIEFFER, S. M.: L'autorité dans la famille et d l'Ecole. (Beauchesne, 1925.) Existe en español.

ÍNDICE

Prólogo

Prefacio

1. ¡Eso es lo que yo estaba esperando desde hace tiempo!
2. No rehusar nada a Dios
3. Deseo de una vida oculta y penitente
4. La misión recibida del cielo
5. Cada congregación, una misión permanente
6. Multiplicar los cristianos
7. ¿Qué "empeño" dar a los religiosos?
8. El gozo reinaba en los corazones
9. No deber nada al poder político
10. Contramarca: La contradicción
11. Últimos años del Fundador
12. Id, enseñad a todos los pueblos
13. Sacerdotes y laicos al servicio de la Iglesia
14. Religiosos, antes que nada
15. Ir hasta el fin del mundo, si Dios lo pide
16. En el nombre de Maria, llevar el amor de Jesús a muchos corazones
17. He visto llegar la muerte con la mejor sonrisa de mi vida
18. En la fidelidad, saber adaptarse
19. Jesús, Hijo de María, único cimiento de todo el edificio
20. Atención a una espiritualidad
 - 1) El corazón de la espiritualidad marianista: Jesús, Hijo de María
 - 2) María

- 3) Fe y espíritu de fe
- 4) El apostolado
- 5) La enseñanza en función de la misión apostólica
- 6) Pastoral de adultos
- 7) Fidelidad de los Marianistas a su vocación propia en la Iglesia

Carta del Papa Juan XXIII

APÉNDICE: Decreto pontificio sobre la heroicidad de las virtudes del P. Guillermo José Chaminade

Bibliografía